

LA ESPAÑA MODERNA



AÑO 21.

NUM. 241.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1909

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS

Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

PERTENECIENDO A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONES

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

PERTENECER A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONES

## LOS JARDINES DE GRANADA

---

¿Qué es lo que queda de la vida mora en la vida nacional española? ¿Lo que ha quedado ha sido como se puede entender por la civilización y las costumbres del pueblo, parte íntegra de la suya? ¿O fué más bien, como la feroz contienda religiosa y política entre moros y cristianos hace creer, un elemento ajeno y hostil? Pregunta es ésta á la cual, aun hoy en España y fuera de España más aún, hay gente dispuesta á suscribir, y no sin energía.

Para los que hayan seguido la lectura de mis artículos, no habrá duda, en mi opinión, de que es casi imposible comprender á España si no se considera que los moros, no obstante sus divergencias religiosas y políticas, entran por mucho en la constitución de lo que entendemos por España. Los puntos de contacto en sus orígenes de raza, así como de la cultura, fueron grandes. La religión fué la única que pudo borrarlas, porque la religión siempre ha sido cuchillo de los hombres. Calderón y otros poetas españoles representan al caballero moro en todos los respectos, como al caballero español, salvo el nombrar á Alá en vez de Cristo. Y esto, más que licencia poética, debe estimarse conclusión legítima. El moro tomó del español, y el español del moro. Durante los períodos más vigorosos del desenvolvimiento nacional, moros y españoles fueron los dos jugadores que en todos los terrenos de la vida y del arte, y aun de la religión perpetua y sucesivamente, se de-

volvían el juego uno á otro. El moro era, á la verdad, más despierto y delicado jugador por muchos conceptos, porque pertenecía á una raza que, aunque afín, era inmigrante, y la inmigración á un país nuevo tiende generalmente á evocar cualidades de inteligencia más perfectas que las que los primitivos pobladores del suelo poseen. Pero aun cuando moros y cristianos en cierto modo se mantuvieron separados, y aun cuando los moros no siempre podían competir con los cristianos en energías, ni los cristianos con los moros en vida refinada, unos y otros contribuyeron á la misma obra de civilización nacional; vencidos los moros y expulsados los judíos, aún sigue jugando su influencia en el siglo de oro de España.

Prueba interesante de la fusión é influencia recíproca de moros y cristianos la proporcionan las mujeres de la España mahometana. Estas mujeres gozaban de una libertad más grande que las islamitas del Africa y del Oriente, y se distinguían por su cultura literaria y otras prendas. Atribúyese esto por Simonet, eminente cultivador de los estudios de árabe (en su estudio interesante *La mujer arábigo-hispana*), á la influencia penetrante de las cristianas naturales de España, que fueron preferidas por los moros para esposas á las mujeres de su raza, y fueron de este modo poderosas á recabar condiciones muy favorables para ellas en el matrimonio. Muchas de las mujeres moras más ilustres eran de abolengo cristiano. Pero sus hermanas cristianas, alejadas de la influencia morisca, representaban por lo común papel menos brillante en la vida.

Así como en religión los moros aprovecharon de los cristianos y los cristianos á su vez de los moros —pues que el neoplatonismo cristiano pasa á ser sufismo, y el sufismo se convierte por intermedio de Lulio en misticismo,—así también en las artes, sobre todo en arquitectura, todas las ideas de los moros eran prestadas, dicen algunos, y su obra era siempre falsa. Otros, por el contrario, dicen que los moros eran consumados obreros, sin cuya ayuda nada hubieran podido hacer los cristianos. Algo de verdad existe en ambas afirmaciones. La historia del arco

de herradura, por ejemplo, muestra cuán íntimamente se contribuyó por ambas partes á un mismo efecto. El arco de herradura, en su forma elemental, no era moro, pues existía en Oriente antes de la aparición del Islamismo; fué introducido en España por los visigodos, cuya civilización interesante y poco conocida era de origen bizantino, como la de los moros. Cuando éstos llegaron á España, encontraron ya en ella el arco de herradura y lo adoptaron, exagerando y retorciéndolo en formas elegantes y caprichosas. Cuando los cristianos lo utilizaron, debieronlo á su vez á los moros, sin dejar de seguir sus tradiciones antiguas (1).

Cuando nos encontramos de esta suerte con lo que recíprocamente se deben, resulta frívolo mostrar disidencia alguna de opinión en semejante asunto. Obrar de esta manera es ignorar, no sólo sus orígenes comunes, sino las semejanzas fundamentales de la obra morisca y la cristiana. La labor plateresca cristiana es, á veces, casi tan delicada como la morisca; la churrigueresca cristiana también es casi igualmente caprichosa, mientras que, á su vez, con todos sus antojos desenfrenados y pomposos, el arte moro supo resultar sencillo, dignificado y armonioso. Hay personas dedicadas al estudio de la arquitectura morisca, que han puesto de bulto su bajeza, inestabilidad y su desconfianza en las leyes de la construcción arquitectónica (2). Mas, sin embargo, los grandes y sólidos edificios góticos, como sabemos por antiguas crónicas, amenazaban á cada paso derrumbarse; vez hubo que tuvieron que ser reedificados, mientras que la Alhambra, á pesar de la timidez de sus principios

---

(1) Gómez Moreno («Excursión á través del arco de herradura», *Cultura española*, vol. III, 1906, pág. 285) tiene un interesante artículo ilustrado sobre la antigua historia del arco de herradura. Véase también L. Higgin, «Arte visigótico», *Fortnightly Review*, Mayo, 1907.

(2) Esta apreciación del carácter fundamentalmente débil y caprichoso de la arquitectura morisca y sus afines, aparece muy bien ilustrada en un estudio interesante, aunque parcial, de L. March Phillips, «El arábigo en la Arquitectura», *Contemporary Review*, Mayo, 1907.

constructivos, continúa en pie siempre, victoriosa de las continuas injurias y del prolongado abandono, que ha reducido á ruinas el palacio de Carlos V, con todas sus obras de defensa. Ni es verdad tampoco que los moros sacrificasen todo en la arquitectura al detalle trivial y caprichoso. Para probar su firme y bien educado sentido de la dignidad, armonía y proporción, basta con indicar la sala de Embajadores, en Granada, donde los detalles más exquisitos están siempre subordinados al efecto del conjunto. La sinagoga del Tránsito, en Toledo, estancia grande y hermosa, tan convenientemente proporcionada, tan perfectamente iluminada por sus preciosas ventanas, abiertas junto á la bóveda, aunque sus pormenores no son tan exquisitos, muestran también la tradición morisca persistente, y prueban que la sala de Embajadores no es en esto una excepción. Moros y cristianos se continúan en la manifestación de cualidades que eran comunes á ambos.

Mas, á pesar de esto, la individualidad del uno y del otro se destaca vigorosa, aislada é independiente. En la catedral de Toledo no se advierte nada de morisco; en los aposentos más típicos de la Alhambra, nada de cristiano.

## II

El aficionado á España, siempre que visite á Granada lo ha de hacer con mezcla de emociones. La Granada de la imaginación es la patria principal de lo español romancesco. ¡Para cuántos de nosotros ha sido también Granada nombre mágico! El Cid, la puerta Elvira, la plaza de Bibarrambla; el infortunado Boabdil, arrojado para siempre de aquel refugio último y querido de la civilización mora; todas estas cosas hacen que desde niño se imagine uno á esta ciudad como simpar en el mundo.

Pero ha sido efecto inevitable de esta belleza y poderío de Granada, evocar esas fuerzas reaccionarias que devastaron por



igual su belleza y su fuerza. En tres cosas principalmente se ha manifestado esta reacción inevitable: la primera, en la prolongada duración de su conquista por los cristianos, merced á su fuerza y á su posición. Mallorca, Córdoba y Sevilla, grandes poblaciones moriscas las tres, fueron tomadas en rápida sucesión muy pronto en el siglo XIII. Fué su conquista en tiempos en que, lo mismo por parte de los moros que por parte de los cristianos, se desplegaban sentimientos caballerescos de tolerancia y mutua consideración. En ninguno de estos lugares se mostró espíritu feroz de destrucción, y en todos tres, aun hoy sobrevive el espíritu morisco. Pero al fin del siglo XV se exacerbó por ambas partes el encono; en los moros fué cuestión de vida ó muerte, y en los cristianos tuvo lugar un afán furioso de completar la reconquista que tantos siglos había necesitado para consumarse. A más de esto, el arma terrible de la Inquisición fué inventada entonces, ó más bien, aguzada de nuevo, y el despreocupado Fernando, é Isabel, que, á pesar de sus grandes dotes era exaltada en sus sentimientos religiosos, todo esto junto contribuyó á la devastación de Granada, tan rigurosa, que desde entonces no ha vuelto á reponearse del golpe. Los vencedores cristianos trataron de reedificar lo que habían destruído; pero el arte cristiano entraba entonces en un período de extravagante decadencia. Desde el punto de vista cristiano, á pesar de las grandes figuras que se asocian á su historia, ha sido Granada de las ciudades más insignificantes de España; sólo la iglesia de San Jerónimo, donde está enterrado el Gran Capitán, puede dar alguna idea de la grandeza que España poseyó algún tiempo.

Ha sido asolada esta ciudad por otra invasión también. En tiempo de la guerra de la Independencia fijó la atención de los ingleses que vinieron á la península en auxilio de los españoles contra Francia. Llegó el duque de Wéllington, plantó árboles, y arregló la Alhambra al gusto inglés, convirtiéndola en una enramada poblada de ruiseñores, y sin duda todo ello es delicioso, pero de ninguna manera español ni menos mo-

risko. Vino después Wáshington Irving, Wéllington espiritual, y conquistó Granada para la literatura, como Reynault después, á su paso por ella, la consagró á su arte. En tanto, los españoles empezaron á percatarse del tesoro que en la Alhambra tenían, desalojaron á los vagabundos y lavanderas que gozaban de su posesión, y gradualmente emprendieron la obra de restauración que aun hoy continúa. En la actualidad, una corriente continua de turistas ingleses, americanos, franceses, alemanes, se desparrama por Granada. El inflexible temperamento español se ha ido adaptando poco á poco á este estado de cosas. Granada es casi la única ciudad española que ha convertido la explotación del forastero en industria más ó menos modesta. Hasta los chicos han aprendido á pedir cuartos á los extranjeros; indignidad de que por lo común no adolecen los chicos de otras poblaciones españolas (1). La Alhambra, perla soberana del arte morisco, se ha convertido en un lugar de espectáculo, en un museo bien atendido. De año en año se remoja, y aunque su restauración se lleva á cabo con el más respetuoso cuidado, nunca gusta mirar en el viejo las señales de una juventud postiza.

Una tercera y última fase de la vida de Granada ha completado su destrucción. De ciudad muerta que era, apenas existente para algún que otro turista, ha adquirido durante los últimos años cierta suma de vida industrial como población fabril, con su correspondiente explosión de energía municipal. Cierta actividad burguesa, que parece alterar singularmente sus tradiciones, anima ahora sus calles, respetando todavía el antiguo y pintoresco barrio del Albaicín, mientras que en otros puntos de la población tienden á modernizar la vida tentativas repentinas y singulares. Ha sido destruída gran parte de la ciudad, por cuyo centro se ha trazado un monótono é in-

---

(1) El pordiosear en las calles ha sido prohibido recientemente por el ayuntamiento de Granada (como mucho antes en Sevilla); se ha establecido un sistema de socorrer á los verdaderos indigentes.

terminable boulevard futuro. No se puede menos de pensar que esta actividad industrial de Granada es parasitaria, y así, en efecto, sucede. La población granadina actual es en gran parte procedente de inmigrantes gallegos y catalanes, y, como Olóriz ha demostrado, no es andaluza típica.

Por todas estas razones, resulta que el aficionado á las cosas de España, difícilmente encuentra en Granada donde posar á sus anchas. Puede trepar á la sierra—á no ser que esté terminada la instalación del tranvía eléctrico, — é ir al viejo alcázar morisco, y refugiarse en la Alhambra. Nada es capaz de aminorar la exquisita belleza de sus patios y estancias. Con ser lo más delicado y frágil que en materia de construcción arquitectónica se ha realizado por hombres, ha sobrevivido á todos los cataclismos revolucionarios ocurridos en España.

Siempre causa deleite recorrer esos patios y estancias y sus innumerables recodos y pasillos, porque dondequiera se percibe un vislumbre semiapagado de una de las civilizaciones más selectas que el mundo ha contemplado. Todos encuentran allí algo que les es particularmente sugestivo. Por mi parte, he gustado especialmente de contemplar los leones bizantinos que están en corro en el medio del patio á que dan nombre. Ningún fotógrafo ha hecho la debida justicia á estos animales tan preciosos. Son ejemplares de un arte reflexivamente convencional, y á pesar de ello, no resultan extravagantes ni grotescos. Son absolutamente fantásticos, y, sin embargo, poseen cierta vida real *sui generis*. Sus cabezas son redondeadas y chatas, sus ventanas de la nariz forman semicírculos. Sus ojos consisten en dos hendiduras concéntricas oculares; las orejas son armoniosamente semicirculares; las melenas forman ondas simétricas; las patas son escuadradas, y los cuerpos se van adelgazando hacia la cola que lleva cada una de estas fieras entre las patas traseras, y ajusta en curva cerrada contra el ijar izquierdo. Son, en conjunto, deliberadamente convencionales á extremo exagerado, y son, con todo, criaturas robustas, vigorosas, admirablemente propias para llenar su objeto

de soportar el gran pilón y de despedir un gran chorro de agua de sus bocas. Y siendo bizantina originalmente su idea, no ha podido darse cosa más bellamente estudiada en armonía con la manera arquitectónica morisca.

### III

Así que aprendemos á conocer mejor á Granada, vamos encontrando ciertos detalles de la localidad distintos de estas joyas de la arquitectura morisca que empieza á dejar en el ánimo gratísima impresión. Lo que exige algún esfuerzo para ser comprendido queda en segundo plano, y al fin Granada viene á ser para nosotros, ante todo y sobre todo, la ciudad de los jardines y de las fuentes. Como la Alhambra, son también estas cosas reminiscencia de los moros. Los jardines y fuentes son gratísimos dondequiera que los moros han impreso su planta. En Córdoba no hay sitio tan constantemente visitado como el espléndido patio al que se sale por la catedral: el Patio de los Naranjos, al que van las mujeres á buscar agua (1). Los cristianos, que se apresuraron á barrer por completo la aborrecida civilización de los moros en Granada, respetaron, sin em-

---

(1) Cuando el edificio tuvo amplia salida por esta parte hacia el mencionado patio, debió mostrar, así dentro como fuera, un aspecto lindísimo. Y me fijó en este aspecto de la hermosura de la mezquita, porque, á mi juicio, gran parte de la admiración entusiasta que se rinde al monumento no es cosa bien fundamentada. Sucede que los turistas vienen provistos de cierta exaltación retórica que en presencia de la mezquita no quieren desperdiciar. Córdoba es ciertamente ciudad muy notable, con una historia gloriosa y magnífica, y la mezquita objeto interesante de estudio, porque permite comprender la educación del arte morisco, impulsado en la sazón en que se edificó por ideas cristianas, percibiéndose en ella la filiación de fuentes visigóticas, si bien se dejó de utilizar gran parte del material que los godos abandonaron; pero á pesar de la belleza de las partes, el conjunto no es muy considerable. Es digno de notar que Valera, gran apreciador de la antigüedad morisca, y cordobés por añadidura, no expresa gran admiración por la mezquita.

bargo, sus jardines y fuentes, aunque no cuidándose mucho de ellos. Así que, al pasar por las calles de la ciudad, fundada en las márgenes de dos ríos, rara vez se deja de percibir el murmurio de las aguas corrientes ni la vista de los surtidores y el fluir de los arroyos, habiendo también pocas ciudades que cuenten con número tan considerable de jardines delicados y vistosos. En Málaga, situada no muy lejos, país de perpetuo estío, casi no se puede decir que haya un jardín público, si bien abundan los de particulares, extremadamente hermosos, y en la misma morisca Córdoba no hay muchos. Pero en Granada ha persistido la influencia morisca, y, finalmente, triunfado. La lozana Alameda de la Alhambra, trazada á manera de parque inglés, y el espléndido paseo á las orillas del Genil, al estilo español, son relativamente modernos, y ambos, cada cual por su estilo, admirables. En el jardín de los Adarves, meseta que se alza en la sierra de la Alhambra, tenemos un verdadero jardín morisco antiguo y típico. Aquel paseo cubierto, en donde se entra por una puerta guarnecida de conchas de hierro, recatado y oculto—como muchos otros jardines de Granada—con una amplia y deliciosa perspectiva hacia la vega, y las bellas colinas cubiertas de nieve que se distinguen en lontananza, sugieren el recuerdo del *Sufi* árabe, sitio ideal para meditaciones religiosas ó filosóficas sobre los problemas del mundo.

Por dondequiera, se encuentran en Granada diseminados fragmentos de jardines en que se conserva la tradición morisca, á veces sin alteración ninguna. Pero los jardines moriscos más admirables y típicos de Granada son los del Generalife—palacio de verano de los príncipes moros, en la pendiente que se dirige hacia la Silla del Moro,—jardines que en definitiva resultan el más grato lugar de contemplación para el viajero, porque en este lugar selvático y desamparado se sustrae uno á la opresión de espectáculo, que le fatiga y marea en los patios de la Alhambra.

Los edificios del Generalife son, sin duda, de muy menor

extensión que los de la Alhambra, y han padecido en lo antiguo muchos daños, aunque el sitio en conjunto se conserva por un espíritu salvador de grata indiferencia. Subiendo la riente senda que conduce de la Alhambra, que se ve extendida á nuestros pies, llégase al Generalife, encaramado en las terrazas de una ladera, y que ocupa á la verdad muy poco espacio, lleno, sin embargo, de atractivos que no se examinan en breve tiempo. El moro—contrario en esto al español cristiano, que buscaba ante todo la anchura del horizonte, el misterio, la majestad—amaba lo reducido y delicado. Pudiera decir con Cowley, «amo la pequeñez en todo casi: una posición modesta, una casa pequeña y alegre, número reducido de amigos y fiesta no muy grande». En esto significaron los moros, sin duda ninguna, su concepto del arte del vivir. El Generalife nos ofrece, así que en él entramos, un patio lindísimo, lleno de árboles y flores, reproducción modesta y abreviada del patio de los Mirtos de la Alhambra. Una escalinata nos conduce á otro patio aún más pequeño, que recuerda el de la Reja, también de la Alhambra. En él se ve un antiguo ciprés grandísimo. Por cima de este patio, y comunicando por una escalera de piedra y ladrillo, hay cinco altozanos, cada uno de los cuales contiene uno ó más jardincitos de variada labor, con fuentes las más veces y con muros que parecen aumentar el desarrollo de su superficie; mas no entorpecen nunca el camino y se hallan sombreadas por lozana vegetación. La senda que encamina de la terraza inferior á la cima es morisca, casi en su total pureza; viene á ser una rampa de escalones de ladrillo, de forma circular, con balaustradas semicirculares, y su suelo, empedrado de guijas figurando mosaicos conforme á la manera tan general en Granada, con una fuente en medio, de donde el agua corre por un canal de tejas dispuesto á lo largo de las balaustradas. Los jardines adoptan comúnmente la disposición ideal del arte de jardinería de muchos países, con macizos de flores simétricamente formados y altos setos de boj, aplanados por encima y aligerados por los lados. Dondequiera se oye el rumor del

---

agua; y los domingos, no sólo de las fuentes, que siempre están corriendo, sino de los pequeños surtidores que saltan á cada paso de sus sombreros cauces en todas las direcciones. Aquí, aún mejor que en la Alhambra, se comprende el modesto encanto de la vida morisca y sus ensueños, el gusto por el aire puro y por el agua en todas partes, de los cuadros de flores pequeñitos, pero esmerados, teniendo todo ello enfrente amplia y dilatada perspectiva.

Aquí, y con las grandes torres encarnadas de la Alhambra á nuestros pies, nos olvidamos de esa Granada que representa la victoria del cristianismo en sus más gloriosos días sobre el islamismo en su época de más refinamiento. Estamos en medio de las reliquias de una de las civilizaciones más hermosas que el mundo ha conocido, civilización que sólo puede comprenderse bien leyendo las páginas de *Las mil y una noches*.

HAVELOCK ELLIS

# LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

---

## LA TRANSICIÓN

La resistencia del romanticismo: Víctor Hugo.

De naturaleza equilibrada y robusta; egoísta por carácter; hombre sin vicios y casi puede decirse que sin pasiones, aunque no sin penas, que fuera maravilla; trabajador metódico y constante, Víctor Hugo sobrevivió á su época, quedó en pie cuando el romanticismo se desplomaba, atravesó cercado de ruido y de aureola, no sólo el período de transición, sino el naturalista, y mientras él vivió, pareció como si el romanticismo continuase vivo también, con esa vida tenaz de los viejos duros, como el Silva de *Hernani*, que entierran á los jóvenes y se quedan riendo.

No era Víctor Hugo, del año 40 al año 60, el único superviviente famoso de la gloriosa generación romántica; pero era seguramente el visible en Europa y el que no había adjurado ni modificado sus procedimientos, sino que continuaba por los mismos caminos de la juventud, siendo los frutos de su otoño desarrollo natural de las flores de su primavera. He dicho que no cambió sus procedimientos; no he dicho que sus fines. Sus fines fueron, pues, otros: renunció definitivamente á ser el «poeta pensativo», el «sagrado soñador», para convertirse en el vidente y profeta político, en el Isaías jacobino, que truena



y relampaguea desde su escollo contra la tiranía, en favor del pueblo, de los humildes, de los miserables—como su héroe, *el hombre que ríe*, tronaba en la Cámara de los Lores, ó Ruy Blas ante el Consejo de los Reyes de España. Este avatar de la musa de Víctor Hugo fué hábil; le permitió situar estratégicamente la resistencia del romanticismo; y conviene añadir que, si Zola, por ejemplo, al realizar un avatar parecido en los últimos años de su vida, perdió las características cualidades de su talento, Víctor Hugo las conservó y las desenvolvió plenamente en la tempestuosa región donde le plugo morar. He aquí por qué la supervivencia romántica va unida estrechamente á la supervivencia del genio de Víctor Hugo. Nótese que no pretendo asegurar que á la conducta de Víctor Hugo presidiese un cálculo, ni aun el cálculo semi-inconsciente del artista, para mantenerse dentro de la actualidad. Digo sólo que el romanticismo, nacido con el primer Imperio, se defendió bajo el segundo desde el destierro y por la oposición al régimen.

No hay más recurso que referirse á la biografía; ella explicará en breves renglones lo que largos párrafos de comentario crítico tal vez no esclarecieran. Víctor Hugo, que en sus albores había sido legitimista hasta llegar al «vendeanismo» de su madre, se convirtió, durante un período en que no escribía, ó por lo menos no publicaba mucho, hacia 1843, en el más celoso y adicto palaciego de Luis Felipe Orleans. El rey burgués y su familia halagaban al poeta, le recibían cordialmente y además le hacían vizconde y par de Francia, cosa que ligaba perfectamente con la personalidad académica de que iba revistiéndose el antes melenudo autor de *Lucrecia Borgia*, burador de las «pelucas». En tiempos anteriores á la regia merced, el poeta ya se hacía llamar vizconde, satisfaciendo así su antigua y del todo gratuita aspiración á la sangre azul ó *gentilhomme*,—y envidiaba esta prez á otro vizconde de cepa vieja, el bretón Châteaubriand.—Todo ello sería una leve vanidad humana muy común, que no merecería la pena de recordarse, si no contrastase demasiado con actitudes é intransigen-

cias posteriores, con diatribas en que los míseros nobles y palatinos salen que no hay por donde cogerles. Antes de contemplarle fulgurando apocalipsis desde los islotes de Jersey y Guernesey, conviene que nos le figuremos de calzón corto, en la más cortesana y palaciega de las actitudes.

La política, que va á ser su inspiradora, le lanza entonces á la tribuna, donde aparece como orador ministerial, monárquico y dinástico ferviente. Cuando cae Luis Felipe, en 1848, y sobreviene la República, Víctor Hugo se encuentra con dos graves desazones: en primer término, le falta su amparador, el bondadoso rey; en segundo, Lamartine, otro poeta, su rival, sube al puesto más alto de popularidad y poder, mientras el autor de *Hernani*, á pesar de un manifiesto electoral suplicante, no sale diputado en la asamblea constituyente hasta elecciones complementarias. Cuando publicó sus discursos de aquel período, los corrigió, no sólo en la forma, sino en el fondo. Hízolo porque había militado (sin destaque) entre los adversarios de la República, abogando por la dictadura, la ley marcial y los consejos de guerra—cosas que después estigmatizó y maldijo.—Poco después creó el *Evénement*, que puso al servicio de Luis Bonaparte, aspirante á príncipe Presidente, ya próximo á ser Napoleón tercero, ¡y más tarde, por obra de Víctor Hugo, *Napoleón el chico!*

La decepción de que Bonaparte no le diese la anhelada cartera de Instrucción pública, produjo en Hugo el rencor personal, exhalado después en *Los castigos*. Hay que reconocer que Napoleón anduvo torpe en hacerse enemigo tal. Por claro y por inferior que sea el origen de la actitud de Hugo; por evidente que aparezca, en su conducta, en sus variaciones, el móvil de interés egoísta, su genio es superior á todo ello, y sus campañas levantaron roncha, hicieron al segundo Imperio tanto daño como la expedición de Méjico, y tuvieron su parte en el desastre de Sedán.

Su sátira terrible fué ariete contra un régimen mal arraigado y combatido sorda y abiertamente por muchas partes, y

sus versos fustigadores y su prosa violenta corrieron de edición en edición y de boca en boca, por lo mismo que no contenían ningún programa político definido, sino la vaga y declamatoria aspiración á la libertad, en la cual todas las oposiciones coinciden.

*Los castigos* es un libelo, pero un libelo de excelso poeta. De su virulencia no pueden darnos idea otras poesías políticas: ni los *Yambos*, ni los *Gritos del combate*, acaso porque ni Barbier ni Núñez de Arce rimaron bajo el estímulo de un odio intenso, ó acaso porque no todos pueden odiar así. Y el odio es lo que brota en chorros furiosos de hiel y de bilis en *Los castigos*, con repulsiva belleza de Medusa, hacinando metáforas sobre metáforas, imágenes sobre imágenes, símiles sobre símiles, insultos sobre insultos, maldiciones sobre maldiciones. Su retórica es ya enfática, ya populachera, callejera, y hasta podríamos decir encanallada, si no la salvase la magnificencia del verbo, la misma impetuosidad iracunda de la forma, y algunas estrofas espléndidas, como la dedicada á las viejas banderas del Imperio, rotas y cubiertas de glorioso polvo. Para el objeto transitorio de amarrar á la picota á Napoleón III y sus gobernantes, *Los castigos* eran lo que se proponían ser. Literariamente, aparte del interés de curiosidad que encierra el manejo de la jerga popular ó *caló* (antes del *Assommoir*) por un escritor de tal altura, no creo que *Los castigos* señalen una fecha, como la señalaron á su hora, con todos sus defectos, *Hernani* ó *Nuestra Señora de París*.

El período del destierro, ó mejor dicho, de los dos destierros, involuntario y voluntario, de Víctor Hugo, comprende casi veinte años, durante los cuales la transición se cierra, el naturalismo adviene con ímpetu arrollador. Mientras el poeta se encarama como en un pedestal en los peñascos de Jersey y luego de Guernesey, el mundo literario marcha; pero el secreto de la fuerza, de la enérgica resistencia encarnada en Víctor Hugo, está en que no lo ve, ó en que hace como si no lo viese. Víctor Hugo residió en Jersey tres años, del 52 al 55, agriado,

tronando contra el *coup d'Etat*: es la época de *Los castigos*,—y también la de las *Contemplaciones*. Al soltar Hugo estos «libra-cos imprevistos», como los llamó Flaubert, no era él quien tronaba ó cantaba armoniosamente desde su islote; era el propio romanticismo, el muerto inmortal, el que reaparecía, sin haber hecho concesión alguna á todo lo que el siglo venía reclamando—y, con su intransigencia, una vez más vencedor.

En las *Contemplaciones* hay una parte que es anterior al destierro, y que no difiere de otras colecciones de poesías de la primera época lírica de Víctor Hugo. La parte inspirada ya por la soledad y el espectáculo del Océano, asociado para él á las ideas más trágicas, señala, en opinión de algunos críticos, la segunda manera de Víctor Hugo; pero esta manera, que pudiéramos llamar rembranesca ó riberesca, de exageración del contraste entre el claro-oscuro y la luz, es tanto como la anterior, y no sé si más, una manera romántica. Su grandiosidad, su magnificencia, que puede llamarse sublime, es la grandiosidad romántica, elevada á la suma expresión por el innegable genio lírico de Víctor Hugo. Y estas *Contemplaciones*, escritas ante el mar, desde lejos, como si el poeta se hubiese colocado más alto que Europa y que el mundo, son lo mejor, lo más poderosamente poético de cuanto Hugo rimó, el ápice de su genio y el fruto de su inspiración más sincera, en armonía, no sólo con su estado de ánimo especial—mérito que también debe reconocerse á *Los castigos*,—sino con la verdad ambiente, y hasta con el color local de la peana de escollera, sobre la cual se alzaba la lírica majestad del desterrado. Un solo individuo genial, hace observar un crítico, basta á veces para atajar la corriente de los tiempos. Por Hugo, en contemplación ante la inmensidad, el romanticismo reaparecía como en sus tiempos de oro. Sólo que ya no era el romanticismo un fenómeno universal: y Víctor Hugo, oscureciendo con su enorme sombra el horizonte, se parecía al titán ó coloso de la célebre agua fuerte de Goya, detrás del cual, mal que le pese, amanece la luz de un nuevo día.

Las *Contemplaciones* que señalan el grado máximo del genio de Víctor Hugo poeta, pueden considerarse también obra culminante de la tendencia romántica, ya por todas partes combatida. Desde las *Contemplaciones*, dígase lo que se diga, en elogio y defensa de la *Leyenda de los siglos*, Víctor Hugo desciende; comienza aquel declinar suyo que en los últimos años del existir tan lastimosamente se acentuó. No obstante, el efecto de la *Leyenda de los siglos* fué prestigioso; pero no olvidemos que otro efecto semejante lograron producir *Los Miserables* y hasta *El hombre que ríe*. Hay obras cuya resonancia momentánea no implica influencia durable ni relación de mérito literario. Desde *Los castigos*, desde las *Contemplaciones*, cuanto publicase Víctor Hugo había de alcanzar proporciones de acontecimiento mundial. Su figura crece con el destierro, con la protesta, con su actitud de profeta que, á semejanza de los antiguos de Israel, hace frente al poder y concita al pueblo contra los malos pastores.

En la *Leyenda de los siglos*, Víctor Hugo aspira á crear una epopeya y un largo y complicado poema rico en episodios, y, lo mismo que los poetas épicos de otras edades, pretende ejercer dictadura sobre las almas, siendo el mago, el adivino, el poseído del espíritu de Piton, que lleva en la frente una llama, y cuyos labios purificó el carbón encendido de la Musa.

Así como un Alfredo de Musset se explica por la sensualidad, la melancolía y la pereza, Víctor Hugo se explica por las ambiciones desmesuradas, que, no satisfechas en lo que tenían de concretas y hasta de mediocres (cartera de ministro con Napoleón III, presidencia de la República después de Sedán), se agigantaron y no reconocieron límites en lo abstracto. La íntima opinión que siempre tuvo de sí mismo el poeta, la conciencia individual exaltada, se transforma en el sueño afanoso de los grandes conquistadores, sea de reinos, sea de almas, en el impulso del camellero Mahomed fundando una religión para dominar el mundo. Que se domine por el alfanje, por la palabra ó por la idea, la raíz de la aspiración es la misma, y Víc-

tor Hugo, en su bella actitud de Guernesey, rehusando la amnistía, arrojando volúmenes sobre Europa, fué un compañero de Bonaparte I en la quimera. Todavía afirmaré que la pretensión de Víctor Hugo es más ilimitadamente ambiciosa que la del *Otro*: como que Napoleón I sólo pretendió el dominio material y Víctor Hugo soñó ser el maestro, el guía, el director absoluto de conciencia de su época — de su larga época! — De ahí nació su *romanticismo filosófico*, enunciado como doctrina revelada al poeta. Y la *Leyenda de los siglos*, que parece epopeya, no es sino el desenvolvimiento simbólico de esa filosofía, por cierto asaz elemental, aunque revestida de oropeles y ropajes ostentosos.

La filosofía de Víctor Hugo no es indagación paciente y sistemática de la verdad: es sensación reflejada, imaginativa y pintoresca, agrandada líricamente. Podrá decirse otro tanto de la de Leopardi; pero Leopardi es una naturaleza meditabunda, honda, un hombre muy culto, muy sabio y muy desdeñoso de la muchedumbre. Su filosofía nos retrotrae al *Eclesiastés*. Nadie creerá que estas señas sean aplicables á Víctor Hugo.

Víctor Hugo filosofa con la fantasía, en la cual una catástrofe horrenda imprimió huella duradera, imborrable. Sus versos de la segunda época (cuando no expresan el odio político, otro sentimiento vehemente en el poeta) expresan el terror del misterio, de la muerte, de lo infinito, de los «universos que se hacen y deshacen en la espléndida y siniestra espiral del cielo». Terror, espanto ilimitado y vago, asombro ante la creación y el «terrible creador» que arma «flotas de soles» en el espacio... La creación se le aparece desatada y monstruosa, con la lucha por la vida y entre los seres todos... «Cada fauce es un abismo; el que come asesina; el animal tiene garras, raíces el árbol, todo agarra, todo abraza para morder, y el orden es un crimen universal y monstruoso... Un odio inaudito colma la inmensidad.» Por este camino negro, Víctor Hugo llega á profesar la sustantividad del mal, el agnosticismo y ese maniqueísmo dualista contrario á la generosa afirmación de San

Agustín «que no hay naturaleza ni sustancia mala, en cuanto son sustancia y naturaleza».

No se puede negar la belleza sombría y lúgubre con que Víctor Hugo desarrolla su nueva concepción del mundo, su nihilismo, que podemos llamar desesperado, su querrela de los males del vivir, que á veces recuerda, sin haberlos imitado, por la intensidad, pasajes del libro de Job... ¡y no es pequeño elogio! Su imaginación dolorida, herida, entenebrecida, le sugiere imágenes de horror goyesco. «La sombra no es ni siquiera humo; es el fúnebre silencio de la nada...» Y el grito se exhala del pecho.

«Nous aimons. A quoi bon? Nous souffrons. Pourquoi faire?  
Je préfère mourir et m'en aller. Préfère.»

No pensaba Víctor Hugo positivamente en el suicidio; sin embargo, hay tanta sinceridad en esta convicción de que la muerte es mejor que la vida, como había en amarguras muy análogas de Salomón. Su nihilismo, con magnífica imagen, increpa á la ciencia, comparándola á la pollina que lleva su carga al molino, bajo el hocico y turbio el mirar, é ignorando si portea un saco de trigo ó un saco de ceniza. Y en efecto: el desdén y hasta la burla de la ciencia es una de las notas características de este romanticismo filosófico. En el momento en que los métodos de la ciencia se infiltraban victoriosos en todo, el último caudillo del romanticismo les escupía su desdén, aquel desdén satírico, ultrajante, con que había abofeteado á Napoleón III. La ciencia, que estudia y enseña, ¿vale algo al lado del olímpico que vaticina? ¿Qué importa lo que puede decir el afanoso laboratorio, ni aun el modesto gabinete de estudio del pensador, al lado de lo que dice «la boca de sombra»? Y la boca de sombra dice, no cabe duda, entre cosas absurdas, estrambóticas y peregrinas, en convulsiones de estro, cosas sublimes, de estupendo vuelo lírico. Para el caso basta... y buenas cosas diría Víctor Hugo de quien le pidiese la expli-

cación lógica, la carne de verdad de sus afirmaciones, de sus símbolos, de sus mitos.

Naturalmente, es Víctor Hugo resuelto individualista, á pesar de sus himnos democráticos y efusiones de amor universal hacia todas las cosas, desde el mineral al hombre, y hasta hacia los seres repulsivos y odiosos, como la araña y el sapo «de ojos dulces». Antes que Nietzsche, Hugo habló de *hombres más que hombres* — superhombres, como diríamos hoy. Mal podría decir otra cosa: al defender «el prodigio del grande hombre», defendía causa propia ó creía defenderla, que es igual. La «suprema inteligencia, espíritu jefe, inteligencia, guía y seres solares» eran él mismo... Es, sin embargo, nuevo, dentro del personalismo romántico, ese panteísmo de Hugo, que no se contenta con ver en los animales hermanos menores, sino que ve á veces algo superior á la humanidad cruel y fiera, concepto semibudista que se oye repetir frecuentemente á los adversarios de las corridas de toros. Todo, según opinión del poeta, tiene alma, hasta las rocas; en los escollos ve una faz, y la sombra gime. La creación entera, no sólo piensa, sino que siente, lucha, odia, ama, sufre epilepsias y convulsiones. ¡Cuán distinta la metafísica romántica de Hugo de aquella pagana, serena, marmórea, trágica concepción de Leopardi, de una naturaleza sorda, indiferente, que no se cuida del bien, sino del ser!

Cuando empleamos la palabra «locura», no nos damos cuenta de que es la más elástica, y sería preciso enriquecer el idioma con un centenar de vocablos nuevos para expresar sólo las gradaciones palpables, los marcados matices de esa palabra. La clasificación médica es muy somera, y sobra decir que no encuentro en ella lo que para este caso necesito. Al leer á ciertos escritores románticos, y al leer á Víctor Hugo en las diferentes épocas de su producción, no acierto á rechazar la idea de que se gradúa en él, lentamente, la falta de cordura, una especie de delirio lúcido. Víctor Hugo, que tuvo un hermano loco, estaba perfectamente cuerdo en los demás as-



pectos de su vida: era, según dicen, hasta sensato, calculador; y excelente administrador de su fama y gloria, normal en todo y de psicología muy natural y corriente; pero sus libros parecen, en muchas ocasiones, penetrados, no ya de ese desequilibrio de exaltación personal que caracterizó al romanticismo, sino de una insensatez de iluminado, lo cual explica la violencia de las extrañas y absurdas imágenes, el sentimiento de espanto místico, las ideas delirantes, el vértigo, la alucinación, la pesadilla, la vida siniestra que el poeta cree percibir alrededor de sí, la sensación de abismo abierto, «el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible», «la penetración de lo impenetrable», y tantas y tantas impresiones casi sobrenaturales que se revelan en los versos y la prosa de Víctor Hugo, con creciente intensidad y frecuencia. Para decirlo lo más brevemente posible: el cerebro de Víctor Hugo, sano en la vida real, adolece de una [especial insania—á la cual debemos muchos versos soberbios y no pocas divagaciones extravagantes—desde que coge la pluma, ó, mejor dicho, desde que entra en «su isla de Patmos» y ve «las olas profundas del prodigio». Y así puede explicarse que no en él, sino su literatura, falte el cabal juicio. Su literatura tiene momentos de extravío intercalados con otros de un acutismo portentoso, no porque descubra jamás verdades nuevas, sino por el modo soberano, estremecedor por su fuerza, con que expresa las ya mil veces repetidas. Dijérase, por ejemplo, que los grandes escritores místicos no han dejado nada que decir sobre la muerte, agotando este tema profundo. Al ver cómo lo trata Víctor Hugo, con estilo sólo comparable algunas veces á la música de Wagner, se creería que es él el primero que lo ahonda y que nadie después de él podrá volver á tocarlo siquiera.

En la primera parte de la *Leyenda de los siglos*, Víctor Hugo interrumpe sus divagaciones filosóficas y se dedica á buscar el elemento dramático y el colorido de los paisajes históricos. Su inspiración se acerca á la de *Los Mártires* ó *Atala*. La diferencia es que el tiempo ha pasado desde los primeros

años románticos, que la necesidad de la exactitud en el color local se ha impuesto, que el realismo se ha infiltrado hasta donde jamás creeríamos que consiguiera infiltrarse, y que no puede existir comparación, desde este punto de vista, entre las *Orientales*, y, por ejemplo, *La rosa de la infanta*, donde aparece el precioso cuadro que todos llaman velazqueño, pero donde hay algo más delicado y psicológico que en Velázquez, algo sólo comparable á los mejores sonetos de Heredia. Esta clase de labor, realista y poética á la vez, es siempre excepcional en Hugo; pero su existencia basta para demostrar que, á pesar suyo, parcialmente, el representante de la resistencia romántica paga tributo á la evolución de la literatura. Igual curioso proceso involuntario encontraremos en sus novelas de la misma época, las correspondientes al período de transición en que Hugo, creyendo luchar por la libertad y el progreso, lucha por sostener el pasado y cerrar con él el camino, no sólo á lo presente, sino á lo que después asoma con fórmulas de libertad excesiva y absoluta.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

## DE LA HUERTA DE MURCIA

---



Que cada región de nuestra España, dentro de la unidad superior nacional, tiene fisonomía propia, como ocurre en todas partes, y que, del mismo modo, cada localidad la tiene también, dentro de su unidad respectiva, no es decir nada de nuevo. Es consignar simplemente un hecho incontrovertible; enunciar un axioma, vulgar, por ser de todos conocido y de nadie contradicho, y una noción elemental de la realidad, adquirida sin esfuerzo, y que surge por sí sola de las enseñanzas históricas, aunque haya quien resueltamente proclame que la Historia no sirve para nada. Todo ello no es sino expresión, en suma, de la variedad, que es la vida, armonizada en una unidad superior, la cual de aquélla se alimenta y nutre, caracterizándola.

Porque, según es elemental asimismo, con las nacionalidades acontece lo propio que con las familias, en las cuales cada individuo tiene personalidad y fisonomía privativas y determinadas que de los demás le distinguen; pero todos ellos impreso y ostensible llevan en sí por modo indeleble, el sello de origen, con el que proclaman la virtualidad del vínculo que los aproxima y los une, y aunque esto sea ya un rosario de vulgaridades, no por ello he de olvidar cómo la Naturaleza brinda constante ejemplo de ley universal semejante, la cual se cumple indefectiblemente y sin intervención humana, con arreglo á las condiciones del suelo, á las orográficas y á las hidrológicas.

Quiere esto decir, sin más filosofías y sin mencionar siquiera las repugnantes ideas de criminal separatismo abrigadas por el espíritu soberbio de algunos superhombres en dos de las regiones españolas más industriales,—quiere esto decir, repito, que por razones étnicas, por razones geográficas y por razones históricas, entre otras muchas más razones,—cada provincia tiene su fisonomía, como tiene sus producciones, sus necesidades, sus costumbres, su manera de ser, sus tradiciones y su vida, y que por ello, la hermosa provincia de Murcia excita interés muy principal, y despierta muy grandes simpatías dentro de la región de Levante y como individuo de la gran familia española, á la que pertenece y de la cual no reniega ni ha pensado en renegar, dando así prueba, por lo menos, de buen gusto.

Es aquella provincia, una de las que guardan todavía con mayor relieve, rasgos especialísimos y determinantes del pasado en su aspecto y en sus costumbres; rasgos que, aun esfumándose y desvaneciéndose poco á poco muchos de ellos, perduran á pesar de todo y constituyen su característica; rasgos de progenie distinta que, sin conservar su originaria pureza, y con aparecer mezclados y confundidos los unos en los otros por consiguiente, será lástima que al fin se borren y desaparezcan, pues su memoria es interesante sobre modo por lo que enseña. Con labor incesante, asidua, y de superior eficacia y éxito, van lenta y triunfalmente difundiendo por todas partes el vapor y la electricidad ideas, costumbres, aspiraciones y necesidades del todo diferentes á las añejas y privativas de cada comarca; aproximando entre sí las naciones y los pueblos; borrando diferencias; unificando países y destruyendo en ellos el alcázar esplendoroso formado afanosamente por sus tradiciones, para reemplazarle con el maravilloso edificio forjado por el moderno cosmopolitismo, avasallador é incontrastable, cuyo progreso no hay, al parecer, obstáculo alguno que detenga; pero que si á la postre consiguiera con la unificación universal imponerse en absoluto, lo cual es contrario á las leyes de la Naturaleza, acabaría por destruir la humanidad, sometida al

durísimo tormento de una unidad también absolutamente imposible.

Y es imposible, porque mientras la humanidad exista habrá individuos, y cada individuo es por naturaleza una unidad, semejante, es cierto, pero no la misma; y no siendo la misma física y moralmente, habrá de por fuerza diferencias que distingan los individuos entre sí, por su complexión, por su figura, por su mentalidad, por su ambiente y por infinitas razones más, pues la ley de la variedad es eterna, intangible é inatacable; no depende de la voluntad del hombre á ella sometido y por ella, como todo, condicionado, y no hay fuerza ni poder en lo humano ni para alterarla en su sustancia, ni para dejar de cumplirla, pues ella sola por sí misma indefectiblemente se cumple, sobre todo y á pesar de todo.

Jardín encantador y encantado es con verdad la comarca privilegiada y hermosa de Murcia, cuyas alabanzas, con haber sido cantadas en distintas lenguas por los distintos pueblos que en la sucesión de los tiempos han hecho de ella su morada, son realmente inagotables, cual lo son sus excelencias y sus hechizos, sus virtudes y sus bellezas. Desde que el tren penetra por los límites de la provincia, viniendo de la de Albacete, la diafanidad del cielo parece ya preludio risueño de las maravillas naturales con que brinda particularmente la afamada *Huerta de Murcia*, aunque el panorama se desenvuelva circunscripto por los pelados macizos montuosos de aquellas sierras de varia formación que en la antigua *Ségisa*, hoy Cieza, se denominan *La Atalaya*, *Pico-blanco* y el *Peñón de Armonchón*, la más empinada y abrupta de aquellas alturas sinuosas, á cuyos pies se extiende pintoresca población, regada por las aguas del Segura.

No le es dado al viajero desde las ventanillas del vagón formar idea de lo que es Blancas, ni de lo que es Archena. La vía pasa por entre rojizos terrenos montañosos de distinto relieve y configuración distinta, áridos y monotonos, quedando ocultas así las huertas de ambas poblaciones y las de los peque-

ños pueblos que las rodean; pero flota en el ambiente el perfumado aliento de sus hermosos huertos productivos, plantados de naranjales, limoneros y limeras, y así como á la aproximación del paraje en que habita una mujer hermosa se aspira el aroma penetrante y seductor que su persona exhala, así, conforme el tren avanza en dirección á la capital, se aspira el aire embalsamado de la *Huerta*, aquella *Huerta* feracísima y esplendorosa, de la que empieza á darse cuenta el viajero en Lorquí, en Alguazas y en Alcantarillas sobre todo, y de la que hacen con frecuencia tristísimo páramo desolador los terribles desbordamientos del Segura, del Guadelentín y el Sangonera.

Pintarla con la pluma, no es sólo tarea superior á mis fuerzas, sino que la juzgo imposible. Porque no basta decir que es un ramo gigantesco de verdura y de flores, atado con las cintas de plata de las acequias que la cruzan y la fecundizan, aunque la fantasía forme el ramo con cuanto de más hermoso produce en vegetación, en arboledas, en palmares y en flores la Naturaleza, y la imaginación puede reproducir agrupándolo pintorescamente; no basta para ello tampoco que, por esfuerzos de la fantasía, localice allí ésta los paisajes más deleitosos en otras partes contemplados, juzgándolos similares de los que puede ofrecer la *Huerta* de Murcia, que es efectivamente *una bendición de Dios*; ni que la imaginación, como archivo portentoso, acaudalado é inagotable casi, se ponga al servicio de la fantasía para idear lo que puede ser la *Huerta*, desde que la primavera la viste pródiga con sus pomposas y exuberantes galas hasta que el invierno intenta implacable desnudarla de ellas, sin conseguirlo por completo; no bastan asimismo los esfuerzos de la pintura, y menos satisfacen los de la fotografía, con copiar la realidad ésta más servilmente que aquélla.

Es preciso respirar el aire embalsamado, los efluvios de vida poderosa, las emanaciones sanas é impregnadas de encantos inenarrables que en peculiar y privativa atmósfera, regocijo de los sentidos, alegría del alma, envuelven aquel trozo del paraíso, y aderezarlo con los tonos de oro refulgente que propor-

ciona el sol, destacando en un cielo fuertemente azulado, tranquilo, insondable, dando relieve á cuanto del suelo brota, con variedad infinita de matices, y animarlo además, ya con el parloteo sibilante y agudo de las aves que anidan en las copas del prócer arbolado, ó cruzan en bandadas por el cielo; ya con el rumor cristalino de las aguas que cruzan incansables por las entretejidas acequias; ya con el cascabeleo de la potranca que arrastra la tartana ó la característica *galera*; ya con el canto gutural y quejumbroso del huertano, y ya, en fin, con los mil ruidos que, de concierto con todo lo demás, llenan de movimiento y vibraciones vitales el delicioso panorama de la *Huerta*.

¿Qué de particular que, con tanta y tan hermosa maravilla, crean los murcianos que el paraíso se encuentra precisamente colocado en el trozo de firmamento que cobija aquella deliciosa comarca? ¿No es Sevilla la tierra de María Santísima?

Perpetua es allí la primavera. Sobre los escalonados bancales cuajados de verdura; sobre la larga serie de tahullas de lozanos trigos y de otros cereales, cuyos erguidos y uniformes tallos suben hasta las ramas hojosas de las moreras, plantadas entre ellos para alimento del gusano de la seda; sobre los encañados respaldizos de las variadas hortalizas; sobre las copas oscuras de las torcidas oliveras, en ordenada formación dispuestas; sobre los alineados y frondosos naranjales, los limoneros y las limeras mencionadas, cuyos frutos de rojizo ó amarillento matiz motean vistosamente el pomposo follaje; sobre los nevados almendros, los granados, los melocotoneros y demás árboles frutales; sobre los mácizos de laurel, y sobre aquel conjunto seductor é incomparable, ¡qué hermoso efecto causan desperdigadas, no en bosques intrincados como en Elche, las airosas palmeras, levantando al cielo erguidas sus cimbreantes y oscuros troncos, de cuyos abiertos penachos pende la enracimada y amarillenta uva, y por entre cuyas harpadas y flexibles ramas canta la brisa himnos sin fin de alegre música!

A través de las enramadas abundosas y frescas, salpican la *Huerta*, amarilleando á las veces y más frecuentemente, con

grises tonos manchados, los techos de albardín de las barracas de enjabelgados muros y agudas cubiertas que por todas partes aparecen; viviendas características, similares, aunque no iguales completamente á las valencianas, donde mora sobriamente el laborioso huertano, y que parecen nidos ocultos entre la vegetación espléndida, sin que por ello falten en aquel acorde de colores sabiamente armonizados, los modestos caseríos, diseminados y como perdidos por la *Huerta*, de deslumbradora blancura, en la cual reverberan los rayos del sol; de techumbres planas, de azotea á la morisca; con sus canales salientes de madera, sus corrales de adobes, y al lado, fuera de la vivienda, el horno, humilde, con su boca ennegrecida y su cupulilla esférica blanqueada con cal, recordando vivamente la condición todo ello, la naturaleza, las costumbres, la vida, en fin, de los pueblos orientales, de que son trasunto la población de la *Huerta* y su deleitable perspectiva.

¡La población de la *Huerta*! ¡Cuánto de legendario tiene, y cuánto ha perdido ya en cerca de medio siglo, principalmente desde que los rieles del ferrocarril cruzan aquel oasis! La comunicación, el trato y el comercio constantes con otras gentes, han ido poco á poco desvaneciéndose, en cuanto á la indumentaria tradicional y típica se refiere, los rasgos característicos del huertano; labor análoga y progresiva han hecho en su espíritu, del cual van arrancando, como las bocanadas de aire frío del otoño arrancan las secas hojas de los árboles, ideas, supersticiones, creencias y costumbres añejas é inveteradas, en las cuales latía vigoroso el pasado. No desaparecerán por completo, al contacto de la ciudad, porque el aislamiento forzoso á que el cultivo asiduo de la tierra condena al huertano, le obliga á reconcentrarse á pesar de todo en sí mismo, y porque localidades hay en la *Huerta* donde á gala tienen sus naturales perpetuarlas, aun siendo como es grande y continua la comunicación con los extraños; pero al fin serán modificadas poco á poco, y perderán la frescura y la espontaneidad con que aparecían en otros tiempos, como se ha perdido la noción origina-



ria de muchas de ellas y su significado propio, convirtiéndose algunas en grotescas.

Desde la humilde vivienda, la *barraca*, cuyo nombre disputan los sabios si es de progenie berberisca ó es de más antiguo abolengo céltico,—todo tiene allí su significado y su recuerdo, aunque dimanen de manantial distinto. Porque, si bien en los períodos históricos que al mahometano preceden, no es de presumir dejara de ser cultivada la *Huerta*, ni fueran desconocidas en absoluto muchas de las especies que constituyen la fisonomía particular de la flora murciana, lo cierto es que la *Huerta*, en la disposición en que se ofrece, fruto es de los cultivadores musulmicos, como es naturalmente presumible.

Ellos fueron, pues, quienes abrieron quizás de aquella suerte las venas del Segura, que hoy como en tales días serpean, se ramifican, corren y se extienden abundosas y tranquilas por el fértil valle, dividiéndose y subdividiéndose por él según las necesidades, y repartiéndose á sus horas en multitud de acequias, de brazales y de partidores, festoneados de altos, hojosos y verdes cañaverales; ellos, acaso, quienes por aventura, en memoria de Palmira, y enamorados con las añoranzas y los recuerdos de la lejana patria nativa, plantaron allí las erguidas palmeras que entonan el paisaje; ellos, en fin, quienes, recogiendo y aprovechando ó no más antiguas tradiciones y anteriores cultivos seculares, tejieron como preciada alfombra pintoresca á las plantas de aquellos riscos, en otro tiempo casi todos erizados de muradas fortalezas, aquel verjel continuado, tantas veces maltratado por los desbordamientos de los ríos que le fecundan, y que vuelve á renacer siempre risueño, siempre bello, siempre lozano y siempre productivo y hermoso, cual si las pasadas tribulaciones y los desastres que le affigieron, las pasadas tormentas que le destruyeron borrando todo rastro de antigüedad, fueran ligeras nubes que desvanece la primera sonrisa de la nueva aurora.

Compararon los poetas arábigos y los geógrafos el suelo de Murcia al suelo privilegiado de Egipto; el río Táder, Segura ó

E. M.—Enero 1909.

Blanco, al Nilo, y las terribles inundaciones de que es la *Huerta* frecuente víctima, á las beneficiosas y periódicas del río sagrado; y, cual hija predilecta de la cultura oriental, hurí del paraíso musulmán semeja, bella, encantada, llena de gracias y atractivos, cubierta de ricos atavíos y preseas, deslumbradora de hermosura é irresistible, y como las huríes prometidas por Mahoma á los fieles, aparece eternamente virgen, con eternos hechizos, que renueva sin cesar cada año el afanoso esfuerzo de sus amantes hijos.

Así, contemplando tanta y tan singular maravilla, explicábame yo la causa de que mientras los musulmanes sevillanos, después de la conquista, huían de la ciudad hermosa del Guadalquivir, amparándose en el naciente reino de Granada,—algo más de dos siglos después (1248-1492) solicitaran los granadinos ser internados en las comarcas del antiguo reino de Murcia, donde había permanecido la población musulímica aferrada tenazmente á su tierra, viviendo á la sombra de sus barracas, de sus palmares, de sus moreras, de sus maizales, de sus naranjos y de sus oliveras, como si la existencia de tales gentes dependiese de aquel pedazo de paraíso de la *Huerta*, por misterioso vínculo absoluto. Explicábame también, las razones con que el Concejo de Murcia representaba á Felipe III mucho más tarde, y cuando el fatal decreto de expulsión privaba en mal hora á la agricultura y á la industria del concurso laborioso de los moriscos,—la necesidad y la conveniencia de conservar en la *Huerta* la población de esta índole, tan avezada á aquel cultivo, tan útil para la riqueza pública...

No fueron escuchadas por el monarca las súplicas del Concejo; y ante las órdenes reiteradas de desarraigar de allí, como de todas partes, la grey morisca,—supo la nativa y maliciosa diplomacia del huertano eludir sagaz y con acierto el cruel cumplimiento de la ley, que ordenaba la persecución y la expulsión inmediata de los moriscos. Por eso, para librarse de ambas cosas, como señal y testimonio públicos é irrecusables de cristianismo, y cual símbolo elocuente y visible de la fe que,

ciertamente, no profesaban todos, acudieron al expediente bien eficaz y bien expresivo de colocar en el vértice de la techumbre de albardín de sus barracas la Santa Cruz, con cuya protección y bajo cuya salvaguardia pudieron vivir tranquilos y perpetuarse en la *Huerta*, sin que fueran por nadie molestados. Son, con verdad, curiosos é interesantes de conocer los medios de que se valieron los moriscos aquí en Murcia y en otros lugares del reino para no abandonar sus tierras, y de ello dió años hace noticia mi hermano político, D. Francisco Fernández y González, en el erudito trabajo que escribió con el título *De los moriscos que permanecieron en España después de la expulsión decretada por Felipe III*, y publicó en aquella *Revista de España*, de buena memoria, fundada por el inolvidable Albareda en 1868, y dirigida un tiempo por Pérez Galdós y León y Castillo, actual marqués del Muni.

Cervantes mismo, en el capítulo LIV de la Segunda Parte de su inmortal *Quijote*, narrando el inesperado encuentro de Sancho Panza con el manchego morisco Ricote, su paisano, pone de manifiesto claramente la frecuencia y la facilidad con que los desterrados volvían á España, contraviniendo y burlando astutos aquella «inspiración divina... que movió á S. M. (el rey Felipe III) á poner en efecto tan gallarda resolución», como lo era la de arrojarlos del reino para siempre, «no porque todos fuésemos culpados; que algunos — decía Ricote — había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos—añadía,— que no se podían oponer á los que no lo eran». Unos, como el dicho Ricote, en hábito de peregrinos, y unidos á otros de naciones distintas y poco escrupulosas en materia religiosa, cual Alemania, volvían para recoger el tesoro que habían en tierra dejado oculto al partir, fomentando de esta suerte la codicia de los campesinos, quienes en ocasiones suelen hallar hasta en nuestros días *tesoros* escondidos por aquellas pobres gentes; otros de los moriscos expulsados, venían con ánimo de quedarse en el reino, pues según hace decir Cervantes á Ricote, interpretando el común sentir de los expulsados:

—«No hemos conocido el bien, hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos» acogidos á Berbería «(y son muchos), que saben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen.» «Donde quiera que estamos, lloramos por España; que en fin, nacimos en ella, y es nuestra patria natural»; «y agora conozco y experimento — decía el morisco — lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria».

De todas las tribulaciones por que pasaron sus hermanos expulsados del reino, lograron en su mayoría librarse diestramente los moriscos de la *Huerta* de Murcia; y aunque sea de presumir no se hubiera en ellos extinguido el santo amor de independencia que había producido en las Alpujarras, en la famosa Sierra de Bentomíz y en la Serranía de Ronda las explosiones, harto sangrientas, referidas por D. Diego Hurtado de Mendoza y por Mármol, —no parece que abrigaron los moriscos murcianos aquellos «ruines y disparatados intentos» de sacudir el yugo cristiano, como califica semejantes sentimientos el propio Cervantes.

Hay, pues, obligada necesidad de admitir que en la población de la *Huerta* y en la de no pocos partidos rurales, perduraron, tanto en el vivir como en el cultivo de la tierra, tradiciones religiosamente recogidas por los moriscos, y religiosamente por ellos guardadas y perpetuadas; pero no la hay menos obligada de reconocer que en tales tradiciones, quizás por calculada y conveniente ostentación, ó acaso por influencias de la población cristiana, hubieron de mezclarse, y á la postre de confundirse, tradiciones de abolengos diferentes: castellanas las unas, aragonesas por aventuras, las otras.

La *barraca* está entre las primeras, es decir, las heredadas de los musulmanes. Aquí, como en Valencia, participa de las condiciones de la choza y de la casa. Disputen cuanto quieran los sabios en orden al origen del nombre, repito de nuevo, afirmando los unos, como nuestro Simonet, que es céltico, y

los otros, con el preclaro Dozy, que es berberisco; esto importa poco para el caso, pues lo cierto es que esta construcción rural, conforme la conocemos, aparece con filiación indudablemente moruna, y valga la palabreja, aunque es impropia. En la *Huerta* de Murcia, al igual que en la de Valencia, es el propio huertano el arquitecto, el albañil, el carpintero; quien labra afanoso con su manos su vivienda, respetando escrupulosamente el patrón tradicional, y siempre con la clase de materiales, la forma y aun las dimensiones con que los levantaron sus antecesores en todo tiempo.

Él escoge el lugar donde ha de ser erigirla; él, por lo que respecta á Murcia, planta los girasoles, — que nacen, se desarrollan y crecen en dos meses, — para utilizar los troncos, fuertes y ligeros después de secos, empleándolos como maderos de construcción en la armadura; él recoge el barro, lo prepara y fabrica por sí mismo las *atobas*, que así llamaron los musulmanes á los ladrillos sin cocer, á los cuales decimos *adobes* en Castilla; con ellas levanta los muros, asentándolas y trabándolas cuidadosamente con lechadas del propio barro; él fragua y dispone con los troncos secos del girasol, la armadura ó los costillares que han de sostener la *lomera*; él corta las cañas, para tejer por sí mismo, luego de secas, los dos largos faldones ó vertientes de la cubierta; él acopia el *albardin*, que es cierta especie de esparto, para formar lo que apellida *mantos*, y con él cubrir los faldones de la agudísima techumbre; él apisona el pavimento; dispone el corral con entretejidas cañas que recubre de barro; hace los asientos ó poyos que flanquean la puerta de la barraca; fabrica la *hornilla* de cúpula esferoidal, á la intemperie; coloca los pies derechos que han de soportar el emparrado, los encañizados para las flores, los ladrillos rojos, si los tiene, que no es lo más común, en el pavimento debajo del emparrado; enjalbega con cal de un blanco deslumbrador los muros de adobes, el encañado del corral, la hornilla y los asientos de la puerta; coloca tres ó cuatro andanadas de *zarzos* para la cría del gusano de seda, las *lejas* para los platos y las

tazas, por cima del tinajero, y, por último, el gancho de madera para la jarra, de blanco y poroso barro, llena de agua y destinada á apagar la sed del visitante y del transeunte. Las puertas, el ventanillo, si lo hay, y las cruces que han de alzarse en el *perfil de la cimera* de la *barraca*, son piezas de carpintería que el huertano adquiere por el menos dinero posible en la ciudad, procediendo las mayores y de más importancia muchas veces, de los derribos de la misma.

Carece, pues, de cimientos el edificio, el cual es harto frágil y de escasa solidez por tanto. Cuando llueve — que no es con grande frecuencia — no cae el agua dentro de la *barraca*, así erigida, casi por milagro; y si por ser en Murcia de poca violencia el viento, no se la lleva, — en cambio, el crecimiento del río, en una avenida, la arranca de su sitio y la arrastra, destruyéndola en breves instantes, y una chispa de fuego la incendia y la reduce á cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Si por fortuna ni el río le arrebatara, ni el fuego le consume, suele durar este edículo de padres á hijos largo tiempo. De generación en generación se reparan los grietas que entre los adobes se abren; se repone la *montera*; se rehacen los encañados, y se fabrica de nuevo la *hornilla*, y todos los años, para que aparezca limpia y graciosa, se acumula sobre los muros de la *barraca* las capas de cal que los blanquean, y se renueva el albardín de la *montera* en los sitios que lo necesite.

Es la *barraca* de planta rectangular; y como si todavía, al despertar con las primeras luces de la mañana, tuviera el huertano que dirigirse al *quibláh* para hacer fervoroso la oración del alba, según la hacen los fieles musulmanes, — la única abertura que por lo común tiene el frágil edificio, ó sea la puerta, se halla practicada precisamente al Mediodía, y permanece franca siempre, pareciendo convidar de este modo con generosa hospitalidad al transeunte. Entrando por ella en aquel recinto umbroso y fresco, — en el ángulo de la izquierda, se ostenta, en primer lugar, el *tinajero*, aparato de madera en el cual, y según el rumbo y los medios de que el dueño de la *barraca*

dispone, hay de dos á seis *tinajas* ó vasijas de barro rojo y de apropiado tamaño, donde reposa para ser potable el agua recogida de la cercana acequia. Por lo general, están las tinajas pintadas de almagre, y siempre cubiertas con *paños* de blanco lienzo, encima de los cuales destacan los *tapadores*, de madera blanca ó pintada á su vez de azul ó verde.

El arquitecto murciano Marín Baldo, que era voto en la materia, hace constar que para quien «no conoce las costumbres de la *Huerta*... y lo que es la vivienda de un rico huertano, difícilmente podrá formarse idea del *tinajero*», en el cual se agrupan también grandes lebrillos vidriados, que relucen de limpios. En estas viviendas, los *paños* que cubren las *tinajas* están coquetamente bordados con hilos azules, verdes, amarillos y rojos del mejor y más singular efecto; y si bien lo mismo en las unas que en las otras *barracas*, por cima del *tinajero* y en un aparato *aparente* figuran cierto número de jarras, de barro blanco y poroso y boca ancha y ondulosa, —llamadas *tallas* en Andalucía, —llenas de agua reposada y fresca, y superiormente hay dos ó tres *lejas* ó vasales, con guarnición de madera calada, en cuyas labores se perpetúa la tradición arábica todavía, atestados de tazas, jícaras, vasos, copas, jarros y platos de todos colores, —entre los cuales solía antes del rebusco de los chamarileros encontrarse platos y escudillas de reflejos metálicos que tienen nombre de hispano-móriscos, todo ello caprichosamente colocado, —en las viviendas del huertano rico estas *lejas*, más abastadas, son en los días de gala pintorosamente adornadas entre la loza y la vidriería, «con flores, albahaca, naranjas, limones y calabazas de olor, que forman un conjunto de alegría y de limpieza y de buen gusto indescriptibles».

A la derecha, sin chimenea ni respiradero, se halla el *fogón*, en la generalidad de las *barracas*; el humo, que no tiene otra salida, se extiende por la vivienda, y es como compañero obligado del huertano, quien dice desenfadadamente de él que «no hace más que ennegrecer las paredes», añadiendo que «so-

bre todo, si quiere salir, que salga por la puerta, que para eso está abierta siempre». Inmediatamente al *tinajero*, ocupa sitio preeminente, sobre cuatro pies ó sostenes aisladores, grande arca de madera blanca, con negro herraje de refuerzo en los ángulos, y recia cerradura. En este arca, reemplazada ya en algunas *barracas* por el *baúl-mundo* de negros costillares claveteados y pintada lona, se guarda la ropa, hace oficio de alhacena respecto de los comestibles del día, y se deposita, para evitar su extravío, algún instrumento de labor, indispensable y de bastante coste relativo.

Dos sábanas, tendidas á modo de biombo en el último tercio de la *barraca*, forman cierta manera de aposento, donde está el lecho matrimonial, el de los hijos grandes y pequeños de ambos sexos, y á veces, hasta el de algún convidado. Las camas, por fortuna, son tan capaces como altas, con cinco, seis y aun siete colchones de paja de maíz ó de cáñamo, sobre su tablado correspondiente, y de tan grande elevación, que resulta inverosímil. Sólo cuando el huertano está enfermo es, sin embargo, cuando duerme en tal lecho, y la huertana, cuando está de parto; en la vida ordinaria, ó duermen sobre el duro suelo ó sobre el arca.

En las *barracas* de más lujo, después del primer departamento de entrada, donde están el *tinajero* y las *lejas*, que es la sala de recibo, se pasa por un arco de medio punto al interior de la vivienda; allí, á la derecha, figura «la cocina-comedor, con su gran hogar y chimenea», en el fondo de la cual «se encuentran los hierros para colocar la caldera ó las sartenes al fuego»; en la *leja* de la campana, y como prueba de rumbo, se ostentan «un centenar de ollas y cazuelas de barro sin estrenar, formando pirámides» las unas sobre las otras. «En un lienzo de la pared se halla colgada la batería de cobre», resplandeciente de limpia, y en la cual no faltan «tres ó cuatro y más *chocolateras*, alguna de ellas extremadamente grande», que están allí de adorno como todo lo demás, pues no se hace uso de ellas, sino en circunstancias muy principales y críticas,



tales como bodas, bautizos, peligro de muerte, ú otras por el estilo (1).

A la izquierda de este departamento, en la *barraca* del huertano rico, está la escalera que conduce al piso alto, destinado todo él á dormitorios y graneros; y en la que se puede llamar *sala de recibo*, donde resplandece el *tinajero*, tiene una puerta que comunica con el corral, atestado de la hacinada leña producida por la escarda de las moreras, la cual «ha de servir para el horno y la cocina y la chimenea todo el año». Entre ella aparecen «algunos aperos de labor, y andan como Pedro por su casa las gallinas, las palomas, algunos cerdos, ó bien una manada de gorrinillos que andan en tropel, hociendo todos á una las ubres de su madre», hallándose instaladas en el «fondo del corral las cuadras, y por algún rincón, gallinero, palomar, perrera y pajar», al propio tiempo.

Fuera del arca, del *tinajero* y de los tablados para las camas, de que apenas usan,—en todas las *barracas* el resto del mobiliario, distribuído por las habitaciones ó *cámaras*, que dice el huertano,—consiste sencillamente en ocho ó diez sillas de poca altura, labradas con tosquedad en madera blanca de morera, fuertes, por el uso pulimentadas, y con asiento de amarillenta *soga* entretejida, y en una mesa, también de madera blanca, pequeña y baja, como lo son asimismo por lo común las de los campesinos en toda Andalucía, lo cual no impide que á veces haya además otras mayores y de mayor altura.

---

(1) «Sólo en alguna solemne ocasión suelen hacer un chocolate en la *Huerta de Murcia*», escribe Marín Baldo. «Yo recuerdo—agrega—cuando á la tía Pepa *la Cavernera*... le preguntábamos un día... cómo se hallaba su marido...; y la pobre mujer, muy afligida, nos contestó diciendo:—*Mu malico. Anoche pensamos que se nos iba á rematar, y hubo que dalle el chocolate al pobre; pero me paece que no escapa de ésta.*—Es decir, que el chocolate se aplica á los enfermos en último extremo como una medicina.» «Las recién paridas también suelen tomarlo, y en los bautizos y bodas es cuando se luce la gran chocolatera, que le caben dos libras ó más de este brebaje.»

Tal es, con corta diferencia, la *barraca* en la *Huerta* de Murcia. En la de Valencia, y según la describe con galana pluma Blasco Ibáñez, si conserva al exterior en su conjunto el propio aire y el propio aspecto que las hermanan, con su *montera* de vertientes largas y fuertemente inclinadas, sus cruces significativas y tradicionales en los extremos de la misma; sus muros de frágiles adobes, y aun con otros detalles, que dan á unas y á otras íntimo parecido; si es también obra particular del huertano, que con sus manos y su industria la fabrica, —varía, aunque poco, en algo; pues además de los adobes, emplea aquél en la construcción de los muros escombros que trae de los derribos de la ciudad en multitud de viajes; madera, de igual procedencia, en las costillas de la empinada techumbre, en vez de los troncos de girasol que el murciano utiliza, y paja, en lugar de albardín, para recubrir totalmente la *montera*. Además, también del corral, cuyas paredes están formadas de estacas y de barro, pintadas de blanco, tiene la *barraca* valenciana establo y pocilgas, pozo con su brocal correspondiente, y diversas ventanillas abiertas en los enjalbegados muros, y de azul celeste pintadas, como la puerta. Llaman allí *cantarera* al que dicen *tinajero* los murcianos, la cual está revestida de «barnizados azulejos», y los cántaros son verdes y de «charolada panza», formando en la *Huerta* de Valencia como en la de Murcia, «un conjunto de reflejos insolentes, que quita la vista», conforme el referido escritor expresa.

Esto no obstante, poco á poco, pero progresivamente, en casi todos los poblados y partidos rurales de la *Huerta* murciana, y cuando el labrador tiene medios y recursos para ello, van siendo sustituidas las tradicionales y antiguas *barracas* por casitas, más cómodas, si no más apropiadas, y en cuyo interior se perpetúan la disposición y el menaje de aquéllas, las viviendas seculares del huertano, que dan carácter especial todavía á la hermosa vega.

Dentro de ellas, como el gusano de la seda en su *capillo*, como en su nido el pájaro, habita el labrador, cuya persona va

experimentando, con toda su familia, los efectos de la evolución social de nuestros tiempos. Que si en el cultivo de sus bancales y tahullas; en las prácticas y en los conocimientos agrícolas y metereológicos; en cuanto se refiere al vínculo indisoluble que á la *Huerta* le une, como unía al terruño en otras edades el siervo de la gleba, continúa lo mismo que sus abuelos,—en su indumentaria y en no pocas de sus costumbres ha variado al presente de tal forma, que sus antepasados quizás no le conocerían, y aun le negarían por descendiente suyo.

Todavía hay en él algo de aquel profundo sentimiento religioso, no exento de supersticiones, que le guiaba y le sostenía en sus tribulaciones y quebrantos; aún los ancianos y las mujeres principalmente, creen en Dios, y en Él, en la Virgen y en los santos tienen fe ardorosa y sincera, é invocan su protección en todos sus menesteres. Todavía queda en el huertano rescoldo de aquel vínculo tradicional que le unía con *el amo*, á quien miraba como á señor y dueño, como á benefactor y amparo suyo; á quien respetaba como á cosa santa y superior, y á quien pertenecían en la tierra, la vida, los pensamientos, los esfuerzos y la sangre misma del labrador, quien era así, como parte integrante del terreno que cultivaba, en el cual había echado con cada generación, raíces tan profundas cual las de la palma, el naranjo y la morera.

Oblado de la *Huerta*, en ella ha nacido, en ella ha tenido sus alegrías y sus penas, sus amores y sus odios, sus esperanzas y sus desfallecimientos. El sudor de su frente la ha fecundado; en ella ha gastado la energía de sus músculos; en ella han nacido sus hijos; en ella se apaga poco á poco su existencia, y á ella, para darle su orgánica sustancia, van á parar los huesos del cultivador, amoroso siempre del pedazo de *Huerta*, que de padres á hijos, por lo común, en tiempos trabajaba. La odiosa contribución de sangre que paga á la Patria, odiosa por lo irritante, desigual é injusto de su exacción, rompe brusca-mente el encanto en que vive hasta la edad en que la ley inexorable le llama para el servicio militar, y roto el encanto,

renovada la atmósfera, cambiado el ambiente dentro del cual se agitaba y vivía,—ideas nuevas, por él mal comprendidas y peor digeridas; horizontes jamás antes vislumbrados y engañosos; aspiraciones nunca sentidas, y todo el cúmulo, en fin, de cosas que se atropellan desordenadamente en el cerebro del hijo de la *Huerta*, sin lograr comprenderlas por completo, modifican su moral, debilitan lo tradicional en su espíritu, aflojan los lazos de amor que le unían á la tierra donde nació, y cuando á ella vuelve como reservista, le pasa lo que en todas partes ocurre: que lleva consigo, sin orden ni concierto, sin determinación ni fijeza, en estado de nociva nebulosidad, mezclados, confundidos en un caos verdaderamente horroroso, nociones y principios de cosas que podrían ser buenas si se desarrollaran en el ambiente donde nacieron y con sus elementos y condiciones naturales; pero que son pésimas, como fruto exótico, al ser trasplantadas de aquella suerte, y desarrollarse y desenvolverse en atmósfera viciada é impropia, que por esto mismo se corrompe.

Y aunque no reniega de su condición todo el que vuelve del servicio militar activo que, aun con ser educativo á su modo, no lo es cuanto debiera serlo,—las novedades que importa son tales, que llegan á modificar en mucha parte las costumbres. Por eso, si antes el huertano no tenía otro objeto de conversación que la *Huerta* y los asuntos con ella y el gusano de la seda y los amos relacionado, hoy ya en toda reunión se habla de *política*. ¡De esa carcoma que ha viciado los cimientos de la sociedad, invadiendo todos los campos! Así, cada labrador es un Moret, un Canalejas ó un Maura, y en un periquete arregla y da solución aun á los asuntos más complicados y difíciles. «Los tiempos de ahora,—dice no sin notorio pesimismo un escritor murciano, gran conocedor de las costumbres de estas gentes,—no son como los de antaño, cuando las... de la *Huerta* no se curaban de otra cosa que de sus cultivos y de sus cosechas.» «La lectura de los periódicos, que levanta de cascos á todo el mundo, ha realizado en nuestros días una transforma-

ción tan grande en los espíritus, que hasta el sencillo huertano abandona más de una vez sus ocupaciones peculiares para matar horas y horas en el círculo ó en la taberna, dispartando sobre muchas cosas que no entiende.»

«Gracias á estas corrientes de ilustración que nos trae la prensa,—añade con sentimiento un tanto agresivo—han aprendido muchos huertanos que los rentos son excesivos, aunque las tahullas producen ahora doble más que en los tiempos pasados—asegura redondamente;—que la primera medida que les conviene adoptar es la de no satisfacer al amo lo que es suyo, porque vayan ustedes á saber de dónde le ha venido la hacienda, siendo el derecho de propiedad una enredina, y que los jornales son muy pequeños para el que los cobra y muy subidos para el que tiene que pagarlos.»

«A tal extremo—prosigue—va llegando en la *Huerta* la afición á los periódicos, que hay quien se suscribe á ellos sin saber leer ni escribir, con tal de que encuentre quien pueda deletreárselos.» «Si los hombres de saber, si los hombres de orden y patriotismo utilizaran tan excelentes disposiciones, difundiendo entre los huertanos lecturas provechosas, prestarían—concluye—un magnífico servicio á la cultura popular y salvarían muchas inteligencias vírgenes del diluvio socialista que descarga por todas partes» (1).

No. No son realmente y en conciencia los periódicos quienes causan el daño. Es verdad que los hay de todos los colores y para todos los gustos; es cierto que los hay obcecados y de secta; los que persiguen para sus inspiradores y redactores el logro de personales medros absolutamente y por todos los caminos sin cuidarse de otra cosa; los que difunden ideas disolventes, en que no comulgan quienes los escriben, sólo porque «á río revuelto, ganancia de pescadores», y esperan que, enturbiando las aguas y revolviendo el río, harán ellos su nego-

---

(1) D. Luis Orts, *Vida Huertana—Artículos de costumbres de la Vega de Murcia*, primera serie (Murcia, 1908), págs. 59 y 60.

cio... Pero sin necesidad de recurrir á la que se llama á sí propia *la buena prensa*, hay que reconocer y confesar, pese á quien pese, que al periodismo es en mucha parte debida la evolución social moderna, que no es en todo tan mala como se dice.

Lo que ocurre es, sencillamente, que á la humana naturaleza halaga y seduce todo aquello que lisonjea sus personales apetitos; y claro es que al huertano, como al obrero en los grandes talleres y en las grandes fábricas,—hoy que la vida tanto y de tan alarmante modo y por tan distintas causas se ha encarecido para todos los que de su trabajo viven,—les halaga y seduce toda idea que les prometa medios de satisfacer más holgadamente sus necesidades cotidianas, y por consecuencia, todo lo que tienda á acrecentar sus provechos y á disminuir sus esfuerzos y trabajos. Lo que ocurre es, que ahora se ha exacerbado el antagonismo que ha existido siempre entre el capital y el trabajo, entre el patrono y el obrero, entre el propietario y el bracero. Y como ni en la *Huerta* ni fuera de ella hay medios de que la razón penetre á través de las nieblas espesísimas del egoísmo de cada uno; como carecen por lo común de la ilustración necesaria para discernir entre todo cuanto los periódicos dicen lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo conveniente y necesario, de lo nocivo y contingente; y como ni el huertano, ni el obrero, ni el bracero, si han de ganar con su trabajo el sustento suyo y de sus familias, pueden dedicar tiempo alguno al estudio, porque les es indispensable para ganar el pan de cada día,—de aquí, en buena lógica se deduce, que la labor instructiva es imposible, y que convirtiéndose en sustancia y á su gusto cuantas teorías de más ó menos buena fe, la prensa, sin distinción de colores ni de *buena ó mala*, difunde á diario, continuarán los unos y los otros, cada cual en su esfera, viendo las cosas no como ellas son, sino

conforme al color  
del cristal con que se mira.

Y punto y aparte.

Por lo que á la indumentaria se refiere, testigo de mayor excepción, como lo es el escritor á quien últimamente he aludido, cuyas pesimistas palabras no he dudado en copiar aquí, y de quien me dicen ha nacido y se ha criado en la *Huerta*,—confirma plenamente lo que están hartos de ver los madrileños que van en el célebre *tren-botijo* á disfrutar en Murcia todos los años el espectáculo de las *Procesiones*, y el de las no menos célebres saturnales de *Semana Santa*; con la *Batalla de flores*, y con los encantos de aquella privilegiada región en primavera.

Antes, en otros tiempos que ya para no volver pasaron, los domingos y días de fiesta mayores; cuando repicaba alegre ensordeciendo los aires el vibrante bronce de la *Ermita de la Fuensanta*, pregonando el día de la patrona venerada de Murcia; cuando llegaban bulliciosos los de la *Feria* en la ciudad, ó la renombrada y extravagante fiesta de *los Alcázares*, ó la *Semana Santa*, ó alguna otra de las grandes solemnidades, fuesen ó no religiosas,—el huertano ponía gozoso á contribución el arca tradicional, que en la *barraca* no faltaba nunca, y sacaba de aquélla con singular regocijo las prendas que constituían su gala: el traje hereditario y característico en que le representan las figuritas de barro, con las cuales se hallan atestados los días de *Semana Santa* los escaparates de los comercios de la *Platería*, incitando á los forasteros; los *trapitos de cristianar*, que decimos por estas tierras de Castilla.

Entonces, aparecía el huertano ceñido á la cabeza, y atado por delante cual tocado morisco, el pañuelo de algodón, de vivos colorines, amarillo, azul y grana, especie de turbante, por bajo del cual asomaban á los lados y sobre las sienes sendos mechones de áspero cabello, cortado al rape en la parte central del cráneo, y á la manera que lo usan aún los campesinos alcarreños y los aragoneses; y aunque en la forma de colocarse el pañuelo había marcada semejanza entre el huertano de Murcia y el de Valencia, diferenciábase de aquella otra en que aragoneses y alcarreños lo disponen, y de la que acostumbran á usarlo en algunas partes de Andalucía. Por cima del pañue-

lo, coronando el busto, y en los últimos tiempos reemplazada con frecuencia por el sombrero de felpas, alicantino y de anchas alas,—como recuerdo de la indumentaria de los siglos xv y xv, ajustaba á su cabeza el huertano la graciosa *montera*, de terciopelo negro ó de lustrosas felpas también negras, algún tanto aguda, con dobladas orejeras, á veces, proporcionada, y siempre vistosa y elegante. Era la *montera* murciana más airo-sa, de bastante menor altura y menos adornada que la de paño pardo, con golpes de felpas, lazos y otros requilorios, usada en las regiones del NO. por gallegos y asturianos, si bien guardaba con ésta cierto aire de familia incuestionable; y aun recordarán conmigo muchos, que hace más de treinta años estuvo la *montera* murciana de moda como tocado femenino, y la lucían las medio pollitas de entonces, coquetamente colocada sobre los rizados cabellos, si bien ya adornada con una ó dos plumas al lado, rojas, azules ó blancas, viniendo á ser como trasunto algún tanto modificado de ella, la de los *Mefistófeles* de guardarropía barata, que figuran en las comparsas carnavalescas, como se recordará asimismo por algunos, para compararla en la memoria con ella, la *montera* usada hace muchos más años en Madrid, como prenda regional, por los aguadores asturianos, cuando las hoy tan turbias y tan insuficientes aguas del Lozoya no habían sido traídas á la corte.

Ni ahora ni nunca, al igual que los campesinos y labradores de todas partes, acostumbró á llevar el huertano pelo alguno en la cara: antes bien, los días á que me refiero, iba cuidadosamente rasurado, consistiendo las demás prendas del traje en gruesa camisa de lienzo cargada de bordados en *las pecheras*, en el cuello, que era ancho, y en los puños, cortos, con que las mangas se cerraban en los pulsos; el chalequillo ó *jubón* de matices abigarrados, con dos ó tres docenas de botones de plata *afligranada*, tanto más grandes y abundantes, cuanto mayor y más provechosa había sido para él la *cosecha* de la seda ó de los pimentones, ó tenía más caudal y dinero; la faja de seda ó de lana carmesí á la cintura, con una tercia de ancho y como



tres varas de largo, cubriendo la mitad del *jubón* y ciñendo los *zaragüelles*, aunque nunca bajando tanto como la bajan los aragoneses, que hacen llegar la suya, morada, hasta envolver casi en su totalidad los muslos.

Los *zaragüelles*, que han sido usados por los alicantinos y valencianos, y que, recogidos bajo el calzón, aunque sin aquel nombre, usaron por su parte los baturros aragoneses,—eran hechos de lienzo blanco, anchos como nagüetas, almidonados á veces como ellas en señal de lujo, y no llegaban en tres dedos á la rodilla, la cual quedaba desnuda al descubierto. De origen persa por lo menos el nombre, según Dozy,—el vocablo es de procedencia arábica entre los españoles, como lo era seguramente la forma de la prenda, la cual variaba con arreglo á las localidades entre muslimes, á juzgar por lo que los escritores expresan, pues en Argel hombres y mujeres gastaban *zaragüelles*, si bien les llegaban á los tobillos y eran anchos por arriba y estrechos por abajo, afirmando Mármol que en Fez, las mujeres, sobre todo las de origen español, usaban pantalones bastante largos, que recogían en pliegues «para proporcionar la pierna», pues «las marlotas no les llegaban sino á medio muslo», y otros autores, que los *zaragüelles* de los hombres adinerados en Marruecos eran de lienzo blanco y muy anchos generalmente (1). El P. Alcalá hace en su *Vocabulista arábigo* equivalentes los *zaragüelles* y las *bragas*.

Para abrigar las piernas desde las rodillas, llevaba, en los días de referencia el huertano las *calcetas*, blancas y de algodón, sujetas con apretada liga en lo alto, y que bajaban hasta la garganta del pie, donde quedaban presas con la *trabilla*, y calzaba las *alpargatas*, de cáñamo, especie de calzado originariamente nacional, que lleva con otros materiales el nombre de *abarca*, apelativo de que hicieron *barga* ó *parga* los musulmanes, y que por su dualidad dijeron éstos en plural *al-barguat*

(1) Véase respecto de esta prenda lo que dice Dozy en su *Dictionnaire détaillé des noms des vêtements chez les Arabes*, págs. 203 y siguientes.

E. M.—Enero 1909.

ó *alparguat*, de donde se hizo *alpargatas* (1). Las del huertano no le cubrían sino dos de los dedos del pie, y se las ataba con una cinta negra, dándole una sola vuelta sobre la pierna.

Complemento era del traje la pintoresca *manta* característica, de la que no se desprendía ni aun en verano, por ser prenda absolutamente indispensable. Remedo del jaique moruno, tenía y tiene, pues todavía sigue usándose, cuatro varas de largo y dos de ancho; tejíanla en Espinardo ó en Lorca, y era prenda de precio, en la cual alternaban con gran visualidad los colores grana, carmín, verde, azul, amarillo y blanco, dispuestos en bandas y formando caprichosos dibujos, adornándola además con escarolada guarnición, larga y abundante floca dura en que jugaban todos los colores, y redondos madroños en los que acontecía lo mismo. Echábasela el huertano sobre el hombro, y no la abandonaba sino cuando asistía de oficio á algún bautizo, á algún matrimonio, ó á algún entierro, principalmente si la ceremonia se celebraba en la ciudad é iba en ella con otros labradores por cuenta del *amo*. En estas ocasiones, sustituíala con la capa de paño pardo y grueso del país, de cuello alto y desproporcionado, y que en la *Huerta*, del propio modo que en Castilla, pasaba como vínculo de una á otra generación sin accidente.

Semejante particularidad es digna de ser reparada, pues no hay quien ignore que en las comarcas de la Vieja Castilla, sobre todo, es la capa—hecha de paño pardo de Santa María de Nieva con alto cuello, larga esclavina y longitud también desmesurada, al igual que la capa de la *Huerta* de Murcia,—prenda de etiqueta, usada en invierno y en verano para asistir á todas aquellas indicadas solemnidades, hasta el punto de que, cual ocurría y no sé si sigue ocurriendo en Murcia, quien no tiene capa no puede todavía contraer matrimonio. Podría presumirse

---

(1) Las hacían los musulmanes granadinos de terciopelo y de cuero, y las había de esparto, á las que llamamos *esparteñas*. Véase acerca de esta voz el *Vocabulario* de Simonet en *Parga*, el de Eguílaz en *Alpargata* y el *Dictionnaire* citado de Dozy.

que en Murcia la *montera* y la *capa* fueron las únicas prendas que de los cristianos viejos tomó el huertano, para alejar con ellas toda sospecha de islamismo y poder asistir con entera seguridad y libre de persecuciones á la iglesia, conservando, por lo demás, su originario traje, aunque no exento de las modificaciones introducidas en el mismo por el tiempo. Sólo también en las graves ocasiones mencionadas era cuando el huertano consentía en desprenderse del típico *plantón*, vara gruesa de fresno ó de morera que venía á constituir como parte integrante del individuo, parecida á la *chivata* usada por los andaluces.

Fama ha gozado siempre la mujer murciana de hermosura, y justo es confesar que esta fama es merecida y está completamente reconocida y demostrada. Tiene el tipo del país facciones de gran regularidad y nobleza; tez blanca y aterciopelada, modificada, claro está, por los efectos de la intemperie, y por el sol y la clase de vida que en la *Huerta* hace; nariz por lo común aguileña y fina y de buen dibujo; pobladas cejas y largas pestañas; ojos negros, grandes, vivos, ardientes y soñadores; labios húmedos, encendidos y sonrientes; blanca dentadura; cara ovalada; negro, lustroso y abundante cabello, que recogía en complicada labor de entrelazados ramales, con los que formaba el artístico tocado designado por el expresivo nombre de *picaporte*; hombros altos y redondos; garganta bien contorneada; senos turgentes y abultados; anchas y redondas caderas; formas proporcionadas, elegantes y provocativas; manos pequeñas y pie breve y pulido.

De mediana estatura por lo común, es la murciana gentil en la apostura; gallarda en el andar; ceceosa en el habla; algo redicha; llena de gracia en los movimientos, de encantos en la conversación, y, por decirlo de una vez, hermosa, fresca, atractiva, apetitosa, como las flores de sus jardines, respirando vida; con el semblante coloreado y juvenil, iluminado por maliciosa y agradable sonrisa; amable y cariñosa, ligera y fantástica, recelosa y desconfiada algún tanto, en medio de la sencillez de su carácter; crédula hasta la superstición y el fa-

natismo en materia de religión; trabajadora y ágil; sufrida y modesta; de buenos sentimientos, y tan buena madre, como suele ser buena hija y buena esposa, si bien en esto, como en todo, hay las naturales excepciones.

Como entre los musulmanes acontece, para que la mujer sea reputada hermosa por el huertano, ha de tener cuatro partes de su cuerpo negras, que son: el cabello, las cejas, las pestañas y los ojos; otras cuatro blancas: la tez, los dientes, las uñas y la córnea del ojo; cuatro rojas: las mejillas, los labios, las encías y la lengua; cuatro grandes: la frente, los ojos, los senos y las caderas, y cuatro pequeñas, que son: las orejas, la boca, los pies y las manos.

Gloria daba, en los días de las grandes solemnidades en que repicaban gordo, ver la huertana joven luciendo el vistoso traje característico, el cual, no sólo daba fantástico realce á los encantos de su persona, sino que añadía nuevos atractivos á los que le había pródigamente concedido la Naturaleza. Aprisionados los menudos pies dentro del clásico *chapín* de raso blanco ó de colores tenues; con la calada media blanca, á través de cuyas labores se transparentaba lo rosado del arqueado empeine, ciñendo limpiamente la bien contorneada pierna; los almidonados *ahuecadores* de bordadas randas, limpios y crujientes como los ampos de la nieve, y lo suficientemente cortos para que se viera el nacimiento de la pantorrilla y las medias se luciesen; el pintoresco zagalejo, fruncido á la cintura, todo pliegues, y corto asimismo, hecho con tela de tonos uniformes y vivos, ya rojos, ya azules, y sembrado todo él de relucientes lentejuelas doradas formando ramos, complicados dibujos y extrañas flores; sobre él, sujeto al talle, el delantal de raso, blanco ó rosa, festoneado con metálica puntilla dorada como la de los mantos de las imágenes, y bordado también con lentejuelas de oro; el *armador*, corto corpiño de color y tela ambos iguales á los del delantal, y adornado cual él, y sólo propio del verano, pues era en el invierno reemplazado por el *justillo* de terciopelo, como de más abrigo, encarcelando el flexible

talle y pronunciando las turgencias del seno; el pañolillo de suave crespón sedoso, blanco, azul celeste ó rosa pálido, bordado en sedas de los más fuertes matices, cruzado sobre el pecho, envolviendo blanda y graciosamente el gallardo busto y dejando al descubierto la incitante garganta, rodeada por un collar de cuentas azules ó de perlas falsas, movidas por el ritmo acompasado y dulce de la respiración; las mangas, cortas y de encaje, permitiendo lucir las líneas y las desnudeces provocativas del antebrazo; las pesadas *arracadas* de filigrana y de topacios; la cabeza adornada de flores en primavera y en verano, ó cubierta en el invierno por la mantilla de *cintón*, hecha de terciopelo ó felpa, con ancha faja de raso al medio,—fácil es de comprender lo hermosa que estaría la mujer de la *Huerta* en sus lozanos abriles esplendorosos...

Pero todo ha cambiado al presente, y de estos tradicionales tipos, que se perdieron así ataviados para siempre, no queda nada, sino el recuerdo en la memoria de los ancianos, las descripciones que, con dejos de apasionadas *saudades* ó de tristes añoranzas, fueron hechas en libros y papeles, y principalmente en el trabajo de Selgas, *La mujer murciana*, inserto en la obra *Mujeres españolas*, editada años hace por Guijarro, en el episodio novelesco *Fuensantica*, de D. José Marín Baldo; en los de D. José Martínez Tornel, y en los del malogrado D. Pedro Díaz Casson, todos ellos naturales de Murcia y conocedores de las costumbres de la *Huerta*.

«La... que mayor transformación ha sufrido en los pueblos rurales—dice recientemente el autor de *Vida huertana*,—es la que se refiere al vestido.» «Al desterrarse los antiguos zaragüelles, adoptaron los huertanos el pantalón estrecho y la chaqueta corta, que apenas les llegaba á la cintura; pero estas prendas se fueron modificando también, hasta el punto de que hoy visten en los días de fiesta lo mismo que las clases del pueblo de la capital.» Ya no se ve, con efecto, una *montera* por nada del mundo. Quizás algún que otro viejo la usa todavía á diario, aunque deformada; pero los jóvenes que llevaron el sombrero

alicantino, hoy cubren su cabeza con cierta especie de sombrero cordobés, de castor ó de fieltro, y á veces con los tonos más fantásticos.

Yo los he visto, cuando á la capital acuden en días tan solemnes como los de *Semana Santa*, vistiendo el pantalón abotinado y la cazadora; y como el sentimiento profundamente religioso, que imperó largos tiempos en la *Huerta*, aunque desfigurado por las supersticiones, no ha desaparecido por completo,—muchos de los mozos que en cuadrilla y regocijados pululan en la ocasión indicada por la *Trapería* y la *Platería*, se estacionan á la puerta de los cafés ó llenan la *Glorieta* y las calles para ver las procesiones, la cabalgata ó la batalla de flores,—llevan el traje de cazadora hecho de paño azul celeste ó morado, y de igual color el sombrero, pregonando que es *hábito*, como el de las mujeres, y promesa hecha en caso de enfermedad ó de otra tribulación cualquiera, ya á la Virgen de la Fuensanta, ya á Nuestro Padre Jesús Nazareno. Y aunque es bien singular el efecto que produce esta nueva costumbre en quienes no estamos á ella habituados,—nadie, por el corte y forma de las prendas, sospecharía que aquel que las lleva encima es un huertano.

«Con respecto á las jóvenes labradoras—continúa el escritor citado, — se puede afirmar otro tanto» de lo dicho en orden á los labradores. Ya habían desterrado el uso de los *chapines* de raso, sustituyéndolos con la botita de rusel, negra ó de colores apagados, y definitivamente con la botita moderna de charol ó de *chagrín* ó de piel de cabra, de altos, menudos y peligrosos tacones á lo Luis XV. Hoy, «las modistas de Murcia confeccionan vestidos con arreglo á los últimos figurines, para uso de nuestras hermosas huertanas»; no recogen éstas ahora sus cabellos en el artístico *moño de picaporte*, sino que se peinan como las mujeres de la ciudad, á las que imitan y con las cuales procuran confundirse; no lucen ya la media calada, ni la saya corta, ni los almidonados *ahuecadores*, ni el *armador*, ni la mantilla de *cintón* tampoco; «el día que prescindan del delantal, que se ponen hasta para ir á la iglesia en las grandes

festividades, sin curarse de lo mucho que se despega esta prenda con la mantilla de blonda que usan todas, habrán quedado convertidas punto menos que en señoritas elegantes.» «La piqueta de las modas, sin embargo—excepciona—no ha conseguido derribar ciertos usos arraigados entre la gente vieja, como el de la «faja de algodón encarnado», y el «sombrero de felpas», que á la *montera* reemplazó en los hombres, ni en las mujeres los «antiguos moños de picaporte», las «alpargatas de cara tan estrecha, que apenas les cabe el dedo gordo» del pie, y «las faldas tan cortas, que dejaban casi media pierna al descubierto» (1). Pero todo esto desaparecerá á la postre, como lo demás ha desaparecido, siendo «una verdadera lástima» para el dicho escritor, «que en el habla, en ilustración y en higiene, vayan los pueblos rurales á paso de tortuga, y no alcancen el mismo grado de progreso que en lujos de indumentaria» (2).

En cambio, las malhadadas costumbres políticas, que todo lo han echado á perder—aquí, como en la Montaña, y como en todas partes, pues es pernicioso hábito general, que, por cuanto á la Montaña hace, tantas veces y de modo tan magistral pintó el inimitable Pereda, sobre todo en su *Don Gonzalo González de la Gonzalera*,—han dado al traste con la proverbial sobriedad del huertano, no reparando hoy «los mozos de la *Huerta* en eso de frecuentar los ventorrillos; antes bien, parece que se hombrean y se vanaglorían con tan afrentosa costumbre». «No sucedía otro tanto en tiempos pasados—observa el Sr. Orts,—cuando las muchachas preferían quedarse á vestir santos, más bien que sostener relaciones amorosas con mozos aficionados á la bebida.» «Por lo menos, entonces se veía entre la gente joven de nuestros pueblos rurales cierto decoro personal, cierto temor al desprecio de las mujeres y á las censuras del vecindario, que les apartaba de este y otros vicios no menos detestables.» «Después, acabaron las muchachas por

---

(1) Orts, *Vida huertana*, págs. 146 y 147.

(2) Idem, *ibidem*.

transigir con sus pretendientes en lo del abuso del vino, entrando con todas, como la romana del infierno, sin pensar que en el pecado llevan la penitencia, porque luego á luego se casan con el borrachín preferido, y aun no han pasado los tres primeros días de la luna de miel, cuando empieza á reinar en la casa el *santocristo* del garrote» (1).

Las reuniones electorales y los votos ganados á fuerza de vino en ventorrillos y tabernas, causas han sido, en la mayoría de los casos, de que el huertano se emborrache, tomándole gusto al aguardiente amílico y á las demás bebidas espirituosas, lo cual, ni con mucho, quiere decir que antaño no hubiese quien frecuentara los templos de Baco, y diera con su persona espectáculo bien deplorable, ni quien, por consecuencia de la bebida, esgrimiese contra su mujer «el *santocristo* del garrote», ó la navaja contra algún compañero en las soledades de la *Huerta*, pues en ella, como en todo lugar, ha habido y hay siempre de todo; pero expresa que la embriaguez no fué como hogaño tan general y casi obligada para alardear y echárselas de hombre.

En lo que el huertano no ha variado ni hecho alteración, es en lo fundamental é idiosincrásico de su carácter. Conserva en el semblante, de facciones pronunciadas, lo picaresco, malicioso y desconfiado de la expresión, la *letra menuda*, que también en distintas proporciones es peculiar á los campesinos de todas partes con el expresivo nombre de *gramática parda*. Marín Baldo, gran conocedor de la materia, decía de sus paisanos: «El huertano de Murcia no es de los hombres que se dejan conocer fácilmente.» «Entre lo que dice cuando habla, y lo que piensa en aquel momento, suele mediar mucha distancia; pero ellos entre sí no se engañan por este medio.» «El que oye, no oye lo que el otro dice, y sí adivina lo que está pensando hacer, enteramente contrario á lo que promete; esto sin embargo, el oyente finge creer, y no contradice ni argumenta, dán-

---

(1) *Vida huertana*, págs. 116 y 117.



dose por engañado, lo cual tampoco lo cree el que trata con él», si bien finge por su parte creerlo (1). De donde viene á resultar que el huertano es solapado y astuto, casi al igual que lo son los gallegos, quienes de tales gozan merecida fama, siendo gente esta última que nada tiene de común tampoco en origen y tradiciones con la murciana, la cual por ello remeda y parece conservar la proverbial diplomacia de árabes y de judíos.

Afanoso y constante en las labores de la *Huerta*,—si es cierto que para el cultivador de la de Murcia son letra muerta por lo común los progresos de la agricultura, y que continúa trabajando la tierra de padres á hijos en la misma forma y con los procedimientos mismos, conservando el esplendor y la fama de la deliciosa y productiva vega,—no es justo ni mucho menos el juicio que de él formulan, con más ligereza que mala intención, los extranjeros. Fueron éstos en todo tiempo seres privilegiados y superiores, para quienes bastó breve momento de inspección ocular para penetrar hasta lo más recóndito de las entrañas de lo por ellos tan superficialmente observado; y si bien ya han caído en descrédito las atrevidas afirmaciones de Alejandro De Laborde, y de Alejandro Dumas, y de otros,—á quienes siguen, no obstante, en el procedimiento los *touristas* contemporáneos,—no ha impedido esto que sus juicios y sus palabras, como expresión de la verdad, hayan sido admitidos y reproducidos por escritores sensatos, según ocurre con el ilustre Dozy, por ejemplo.

Es para él el de Murcia «país que recompensa con usura los débiles trabajos de los que le cultivan—decía en 1849;—de los indolentes murcianos de nuestro tiempo, que pasan perezosamente la vida en la ociosidad y en la indiferencia, y que sin sospecha de que puede mejorar la agricultura, siembran y plantan como sus padres sembraron y plantaron.» «¡Qué no produciría este hermoso país—exclama bajo la obsesión de sus estudios

---

(1) *Fuensantica*, episodio de costumbres murcianas, publicado en el interesante y excelente *Semanario Murciano*, que veía la luz en aquella capital por los años de 1880 y 1881.

predilectos—cuando pertenecía á los moros, los agricultores más inteligentes, más laboriosos que tuvo jamás España!» «No se hubiera podido decir entonces con verdad lo que el cardenal Belluga dijo con tanta justicia más tarde: *El cielo y el suelo, buenos; el entresuelo, malo.*» «En vez de los murcianos de nuestros días, *que se acuestan temprano y se levantan tarde,*—prosigue, acriminando fantásticamente á la pobre gente de la *Huerta*, y esgrimiendo sañudo contra los pellejos de vino, como el héroe de Cervantes,—que hacen con toda exactitud *cinco comidas* al día, y que emplean una gran parte de la jornada en fumar el cigarro,—los habitantes arábigos de esta ciudad eran... hombres muy valientes y que con frecuencia desafiaban á sus soberanos, etc.» (1).

Más de medio siglo ha transcurrido desde que el doctísimo Dozy, dejándose llevar en esto, como en otras muchas cosas, del injustificado menosprecio que le inspiraron siempre los españoles de todos los tiempos, que no profesaban la ley del Islám, y seducido por las noticias y los datos de exactitud tan notoria cual la de los precedentes facilitados por los que llamamos hoy superhombres, y de que están llenos los libros de viajes de franceses, ingleses y americanos, para quienes nada había oculto,—más de medio siglo hace, repito, que escribió tan absurdas especies, las cuales no ha reproducido, á lo menos con el tono magistral por él empleado entonces, en las ediciones sucesivas del libro en que aparecen estampadas. No sé si á última hora, vencido por los halagos y las honras con que los españoles se apresuraron á enaltecerle, reconociendo y confesando, según yo reconozco y confieso en toda ocasión y en todo momento, los servicios eminentes que hizo á España con sus obras,—modificó en algo sus juicios, aunque lo dudo mucho, en cuanto á los personajes históricos se refiere, pues en cuanto á los contemporáneos, si en 1849 arremetía sin compasión y como contra irreconciliable é incompatible enemigo,

---

(1) *Recherches*, t. I, edición de 1849, págs. 66 y 67.

con nuestro venerable D. Pascual de Gayangos, luego, demás de transigir con él, celebró los trabajos de Simonet y aun se sirvió de ellos sin negarlos.

Pero, en fin; dando de lado á estas cosas, que podrán parecer aquí no pertinentes, lo que yo sé, lo que yo he leído, y lo que yo mismo he visto *con estos ojos que se ha de comer la tierra*, es que el huertano no es hombre perezoso ni rehacio para la labor; que se levanta antes del alba, y antes del alba comienza sus faenas, lo mismo en Enero, «cuando el tiempo es más crudo en la *Huerta* de Murcia, cuando amanecen las hojas de las plantas abriantadas por la escarcha, y cuando el pelacañas del Norte sopla como legión invisible de saetas de hielo»,—que en el mes de Julio, en que con «los pies descalzos y unos calzoncillos muy estrechos arremangados hasta la rodilla, camisón de lienzo moreno, ennegrecido por el sudor, con las mangas subidas hasta el codo, y sombrero de fieltro de anchas alas, caídas por haber desaparecido con el uso su apresto y su conformación», «desde la hora del amanecer á la postura del sol», encorvado sobre la tierra, sudoroso y jadeante, maneja «una herramienta tan incómoda y tan pesada como el legón que usan nuestros labradores», y permanece en su puesto cuando, ya levantado el sol, «empieza la tierra calcinada á despedir un vaho insoportable... que resiste con paciencia, mientras el duro trabajo agota sus energías y el fuego de los rayos solares le achicharra por la espalda».

Cierto es—¿y cómo no, si los hombres no son de hierro?—que «alguna que otra vez... suspende la tarea por un poco tiempo para echar el consabido *vale*» (1), y que «busca refugio y descanso en la fresca sombra de las moreras», que bebe «la clásica taza de vino como cordial y refrigerio, y que fuma un cigarrillo (2) para proseguir, después de aquel descanso, con más em-

---

(1) Consiste el *vale* en mantener en cucullas á la morisca un rato, posición incómoda de que usan mucho los tagalos, y que les sirve de descanso á los trabajadores de la *Huerta*.

(2) *Vida huertana*, págs. 57 y 58.

puje y alientos la faena; pero ni esto es holgazanería, ni en Francia ni en Holanda ni en parte alguna del mundo deja de descansar el labrador para reponer sus fuerzas... Y si fueron los musulmanes «los agricultores más inteligentes y más laboriosos que tuvo España», ¿con qué derecho se moteja á los que, no sin modificaciones, aunque escasas, han perpetuado entre sí, religiosamente casi, las tradiciones agrícolas de aquellas gentes?... Si la Agricultura ha hecho innegables progresos desde entonces, ¿ha variado, por ventura, la condición de la humanidad, y han variado sus necesidades materiales?... Podrá —¿quién lo cuestiona?—mejorarse el cultivo de la *Huerta*; pero los que hoy la cultivan, ¿puede asegurarse que lo hacen sin inteligencia?

Con decir que el alimento del huertano se reduce á las proverbiales *gachas-migas*, á tomates crudos, á agrios limones y á verduras, y que es rara la vez que come carne, está contestada la imputación ampulosa de que hace al día cinco comidas...; pero basta, porque quienes conozcan las costumbres de aquellos labradores, que parecen hormigas, y tengan además noticia de lo que de ellos gratuitamente han dicho los extranjeros, se habrán reído á sus anchas, si no se han indignado, con semejantes calumnias, pues sabido es que desde la *barraca*, que el huertano construye por sí propio, todo es obra suya, menos los instrumentos de labranza, y que hasta no hace mucho, era obra suya también en mucha parte, el lienzo de que hacía sus camisones y sus zaragüelles.

Tal como las he ido recordando, he expuesto las que, á mi juicio, pueden ser estimadas tradiciones heredadas en la feraz *Huerta* de Murcia de aquellos sus antiguos pobladores de los tiempos en que dominaron los musulmanes y sus derivados; pero no ha de olvidarse que antes de la venida á España de los hijos del Islám, había en ésta y eran cultivados, según San Isidoro, la palmera (*palma*); los naranjos, los limones y las limas, bajo el nombre común de *mala medica*; las moreras (*morus*), las higueras *ficus* y otras muchas especies arbóreas que se ha creí-

---

do importación de aquellas gentes (1), así como el cultivo de la seda de que se hacían aquellas larguísimas *bombycinas* de que habla el insigne Prelado (2), á quien se ha juzgado y sigue juzgando, aunque con error, cartagenero. Queda, sin embargo, la exposición, por lo menos, de las tradiciones cristianas, de las que hablaré en otra ocasión, si Dios me da vida, y que son por todo extremo interesantes.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

---

(1) *Ethymologias*, lib. XVII, cap. VII.

(2) *Idem*, lib. XIX, cap. XXII.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
ATENEO BARCELONES

# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

UN PROBLEMA DE MORAL Y DE HISTORIA

## LOS BORGIA

### LA OBRA POLITICA Y LA CATASTROFE

A partir del año 1498, una empresa única ocupó la vida de Alejandro VI: hacer de César el gran déspota de Italia. Desde este momento se podría, en la serie de los Papas, retirar el nombre del príncipe reinante y reemplazarle por el de la familia pontificia; hasta el mes de Agosto de 1503 son los Borgia quienes presiden la historia trágica de la Santa Sede. Por esto, antes de presentar la continuación de esta historia, debo describir la parte moral del problema que me he propuesto explicar, y pedir á los testigos del reinado los elementos de una información psicológica sobre Alejandro VI y su hijo.

#### I

En efecto, solamente con estos dos personajes tiene que ver la historia. Don Juan ha desaparecido prematuramente, no dejando ninguna huella, buena ó mala, en los últimos años del siglo xv italiano. Don Joffré se encontrará huérfano demasiado joven; no tendrá tiempo de aparecer en escena y ensayar un papel viril entre su padre y su hermano. En cuanto

á Lucrecia, cuya verdadera figura ha alterado tan gravemente la tradición novelesca, hay que renunciar á ver en ella una Mesalina, una Fredegunda ó una Teodora. En todo país y en tiempo, aparecería bien pálida y borrosa; pero en pleno Renacimiento, y en la hora más violenta de la tiranía, aparece absolutamente neutra. No tiene nada de la *virago*, de la mujer de acción heroica, tal como fué Catalina Sforza, condesa de Forli; nada tampoco de la mujer de gran ingenio y de razón superior, tales como fueron Victoria Colonna é Isabel de Mantua. En ella todo es fugitivo, indeciso, tímido, tanto el talento como la cara, y en primer término, el carácter. Es fácil abogar por su causa; fué, entre las manos de su padre y de su hermano, como blanda cera, una esclava graciosa, á quien la educación no ha formado para el pudor, para la dignidad delicada de la mujer, muy dulce, resignada de antemano á las más desgarradoras aventuras que le hacía menos dolorosas una especie de inconsciencia moral. Hubo de habituarse al sufrimiento, como se acostumbró al chocante espectáculo de la corte paterna; en el billete que escribió con mano moribunda á León X, se escucha como la queja tranquila de una desgraciada á quien su pasado ha dejado una impresión de melancolía más bien que de espanto. En realidad, Lucrecia no tiene historia; su vida ocuparía tres páginas. Gregorovius, en su *Lucrecia Borgia*, ha reproducido el conjunto histórico de la familia: describe Roma, Espoleto, Pésaro, Ferrara, las entradas principescas, las fiestas del palacio apostólico, los rasgos generales del Renacimiento romano en torno de Alejandro VI y de la civilización italiana en la casa de Este. Lucrecia pasa á menudo, como una comparsa, en este teatro singular; hasta maneja ella, durante algunos días, la regencia del reino de la Iglesia, bajo la dirección del anciano cardenal de Lisboa; con su tercer matrimonio, que debía, como lo habían hecho los primeros, ayudar al plan político de los Borgia, se mete al fin en una región vaga, en donde la historia no puede ya seguirla. Ariosto celebró entonces sus virtudes en una octava de

*Orlando furioso*; nunca fué ella Bradamante, pero no era tampoco Angélica; el poeta la proclama castísima, porque ya no tenía debilidades; los Borgia habían muerto, y sobre Lucrecia de Ferrara, que siempre había escapado á los historiadores y no pertenecía ya á los moralistas, no había que escribir otra cosa que una alabanza sonora, y nada más.

Por el contrario, Alejandro VI es una figura viviente en el más alto grado, y que retiene al observador, iba á decir al artista, por un vivísimo atractivo de curiosidad. Es una figura que desborda al exterior, y ni la maulería de sus palabras, ni lo ambiguo de su conducta logran ocultar como bajo una máscara ese carácter impetuoso, formado de pasiones profundas y simples, que, al menor acceso de cólera, de orgullo ó de miedo, se descubre con una franca ingenuidad. «Es tan apasionado—*sensual*—en sus sentimientos y sus intereses, escribía el embajador veneciano Antonio Justiniano, al poco tiempo de su llegada á Roma, que no puede evitar el decir alguna palabra que indique el estado presente de su alma.» Cuando habla de César, no acaba; cuando está alegre, no puede disimular su contento. En ocasión de la toma de Camerino por su hijo, «el orador de España y yo, dice Justiniano, encontramos al Pontífice más alegre de lo que nunca le habíamos visto; hizo que nos acercásemos á él, y, al darnos la noticia, se perdía en una tal alegría, que le faltaban las palabras para acabar su pensamiento; pero, á fin de expresar más vivamente lo que experimentaba, se levantó de su asiento y se acercó á la ventana en donde nos dió á leer la carta de su duque». Cuando trata de engañar á su interlocutor, se ve la mentira formarse en sus labios á medida que habla; él mismo concluye por ser casi engañado por su invención; continúa insistiendo, pero con convicción. Cada vez que desea la alianza con Venecia, repite á Antonio que «quiere poner su corazón en manos de la República». Habla con tal emoción, «que su pecho parece abrirse y que las palabras le salen del corazón, no de los labios». Cuando siente que la fortuna de su casa declina, ó es-



talla en palabras de amenaza ó de angustia, pero muy breves, y que en el acto se esfuerza en suavizar ó retirar, ó, poniendo á mal tiempo buena cara, finge la esperanza y la alegría, pero su turbación se lee en las facciones de su cara y en el acento de su voz. En los días más difíciles, cuando los acontecimientos hacen violencia á su voluntad, es capaz de hablar como soberano pontífice. «Decidlo todo con libertad, embajador; aquí no hay más que Dios, yo y vos.» En 1494, cuando Carlos VIII se esfuerza en desligarle del partido aragonés: «Su Santidad, dice un embajador, prefiere perderlo todo, la mitra, el Estado y la vida, antes que hacer traición á su aliado.» A los embajadores Giovanni Bontivoglio de Bolonia, que le ruegan que respete á su señor, contesta, esta vez con cinismo: «No, echare á ese tirano de su ciudad, aun cuando tuviera que vender todos los cargos de Roma y crear otros nuevos en mayor número; lo venderé todo, hasta mi mitra.» Un día se encolerizó tanto contra César, cuya política le parecía equívoca, que le dirigió, en lengua española, los más triviales insultos, los únicos con que no tuviera derecho de ultrajar á su hijo.

Pero estas crisis eran cortas. Aquella alma vehemente y ligera, rechazaba pronto, como una carga importuna, la inquietud ó el enojo. A veces, de improviso, después de haber leído un despacho molesto, hacía ensillar sus caballos en plena noche, salía de Roma y se iba, con sol ó con lluvia, á través de la campiña romana, hasta las montañas latinas. Cazaba durante dos ó tres días alrededor de Rocca di Papa, y volvía á la ciudad, habiendo así, según frase de Justiniano, «purgado su melancolía». Cazar el ciervo ó el jabalí era una distracción decente, si no económica. Pero Alejandro volvía harto á menudo á las debilidades de su tiempo de cardenalato. Para él, el gran remedio contra la tristeza era un baile voluptuoso bailado por jovencillas. Prescindo, por de contado, de la famosa orgía de 31 de Octubre de 1501, de la que Alejandro, César y Lucrecia fueron espectadores, descrita minuciosamente por Burchard como si hubiera sido una ceremonia del

breviario romano, y confirmada por otras tres fuentes contemporáneas completamente indispensables entre sí (1). Pero en Piombino, apenas ha recibido al clero y á los magistrados, pide un baile, y, dice Burchard, «las mujeres y las muchachas más lindas de la población bailaron en la plaza pública durante varias horas, ante el palacio en que estaba el Santo Padre». Todos los días, dice Justiniano, «hace bailar á las jóvenes, las cuales están en todas las fiestas y todas las diversiones». Esto producía á veces extrañas confusiones; vense un día, en una misa solemne, un grupo de muchachas, que no eran monjas, entre el altar mayor y los bancos de los cardenales. En Junio de 1500, una tormenta derribó la chimenea de la alcoba del Papa, que fué envuelto por los escombros del tejado, del techo y del baldaquim pontificio; le sacaron herido, medio muerto, *totum atonitum*. Asistiéronle entonces, dice el embajador de Venecia, Capello, su nuera Sancha, Lucrecia y una señorita de honor, la *che é favorita del Papa*. Ciertamente, no se podría acusar á Alejandro VI de hipocresía religiosa. La gravedad de la liturgia, la exacta observancia de la disciplina, le interesaban muy poco. Cuando celebró en San Pedro la misa ante Carlos VIII, confundió todas las ceremonias de la comunión. No era porque le turbase la presencia del rey; cuando la primera entrevista, se sintió mal; pero fué, dice Burchard, un fingido síncope y un procedimiento del que usó algunas veces. Otro día perdió en el altar un fragmento de la hostia consagrada. De viaje comía alegremente carne, á pesar de la vigilia. El 5 de Mayo de 1493 hizo en Roma una procesión pintoresca, que hubo de entristecer á los buenos cristianos:

(1) El cronista Matarazzo, la carta de Savelli, el despacho de Pepi, orador de Florencia (véase *Diarium*, t. III, p. 167 y la nota). Una carta de Agustín Vespucci á Maquiavelo nos dice que estas escenas de asombroso impudor eran, por decirlo así, diarias, *ogni sera*. Al día siguiente de la bacanal en 1501, Alejandro concede pontificalmente siete años y siete cuarentenas de indulgencias á los cristianos que asistieron á la solemne misa de Todosantos, en San Pedro (*Diar... eleit.*, p. 168).

á la cabeza iba la cruz, acompañada á derecha é izquierda por el sultán Djem; por César, cardenal de Valencia, vestido de turco; luego venía el Papa á caballo, con un estado mayor de cardenales. De este modo visitó San Juan de Letrán, la basílica tres veces sagrada, «madre de las iglesias del mundo entero»; como no había una mezquita á la mano, la cabalgata llevó después sus devociones á Santa María Mayor, á los Santos Apóstoles, á San Marcelo y á Santa María del Pueblo.

Los hombres del temperamento de Alejandro, á quienes el primer impulso de la pasión arrastra y á quienes la imaginación domina, tienen una especie de valor irregular, que flaquea á menudo en presencia de un peligro vago, pero que puede reaccionar en un momento peligrosísimo. Que Carlos VIII marcha sobre Roma; que la fiebre ó la peste palúdica asola la ciudad; el Papa siente un miedo real; se oculta ó huye muy lejos, sin el menor cuidado de sus deberes ni de su dignidad. Pero, léase en Burchard y en el despacho de un embajador florentino la relación de la tempestad que sufrió en Marzo de 1502, á la vista de Puerto Escola; por más de un concepto se parece á la tempestad de Panurgo, pero en ella representa Alejandro VI el papel tranquilo de Pantagruel. Todo el mundo tiembla, llora y rueda lamentablemente por el puente. El duque César, que iba en otra galera, temiendo el naufragio, se había hecho llevar en una lancha á la orilla de Carneto. «Solamente el Papa se mantenía firme en su puesto, sentado en la popa, sin miedo, mirando; y cuando el mar golpeaba violentamente al navío, decía: «¡Jesús!», y hacía la señal de la cruz. Mientras que los cardenales, desfallecidos, creían llegado su último momento, él interpelaba á menudo á los marineros para que le preparasen la comida; pero el movimiento de la galera y la fuerza del viento impedían encender fuego. Por fin, habiéndose calmado un poco el mar, pudieron freir unos pescados, que el Papa comió con buen apetito.

Pero estos rasgos de carácter no forman todavía sino la originalidad completamente externa de Alejandro VI. Se obser-

vará que los constantes arranques de la pasión, la movilidad del pensamiento, son cualidades bien italianas. Una estancia de medio siglo en Italia y la vida eclesiástica en Roma habían borrado en él al español; habíase despojado del genio severo, de la gravedad, de la obstinación y de la arrogancia de su país y de su raza; pero lo que había tomado, en cambio, de su patria adoptiva, la exuberancia mal disimulada de la palabra y del gesto, no era lo que la Italia del siglo xv apreciaba más en un príncipe; fué preciso que la pasión soberana de su alma acudiese á regular toda aquella agitación y le obligase á un dominio de sí mismo y á una tensión de la voluntad, sin las cuales el Renacimiento no reconocía al verdadero tirano. El juicio de Capello muestra bien en Alejandro VI estos dos distintos elementos: el carácter pronto é instintivo, al que logra fijar y gobernar un pensamiento único: «El Papa tiene setenta años; cada día está más joven; sus preocupaciones no duran una noche; es de temperamento alegre, y no hace más que lo que le gusta; su único deseo es hacer poderosos á sus hijos. Todo lo demás le es indiferente.» En 1493, el rey Fernando había trazado un retrato más sombrío, como hombre de Estado á quien la vecindad de semejante Papa preocupaba mucho: «Su vida, que no respeta el puesto en que se encumbra, es para todos un motivo de abominación; no tiene otro cuidado, otro deseo que el de crear, contra todo derecho, la grandeza de sus hijos. En todas las cosas engaña ó disimula, y saca dinero de todo lo que pueda vender.» Amó tiernamente á D. Juan, pero encontró el modo de acomodar el terror que le inspiraba César, fratricida, con el amor cada vez más grande que sentía por este hijo, convertido en el mayor de la casa, en el que veía el porvenir y la gloria de su dinastía. Amaba apasionadamente á Lucrecia, pero la redujo á no ser, con sus dos últimos matrimonios, sino una de las condiciones de la fortuna de César. Hubiera podido tomar, con una significación distinta, la insolente divisa de su bien amado: *Aut Cæsar, aut nihil*. Por este hijo, tormento y alegría de sus últimos años, tuvo el valor, difícil para los vo-

luptuosos, de consagrar su vida á un interés completamente platónico, de abrazar una política sanguinaria, de dedicarse á ella con una asombrosa rudeza, de concentrar en ello, sin cansarse nunca, dada su astucia y la avaricia de que la Naturaleza le había dotado. A la Italia, que César iba á devorar, ciudad por ciudad, no tenía ya nada que pedir, ni protectorado para la soberanía de su hijo, ni alianza duradera. Reanudaba en provecho suyo el método inventado por Ludovico el Turco: el llamamiento á la intervención extranjera; empleó todo su talento en observar las probabilidades, perpetuamente inciertas, según las cuales el patronato, sea de Francia, sea de España, determinaba más seguramente la orientación de su política. Siempre que la situación respectiva de las dos potencias le parecía demasiado equívoca, volvíase hacia Venecia, y repetía á Justiniano, como lo había hecho más de una vez á Capello, su *Nunc dimittis servum tuum Domine*: «Moriría contento si viese al duque adoptado por la República.» Pero que fuera por unos cuantos días veneciano, español ó francés, el fin que perseguía permanecía inmutable. Era la obra á la que el pontificado romano sacrificaba, desde hacía treinta años, la nobleza de la Iglesia y la paz de Italia, y que, apenas esbozada por la mano de un Papa, el mismo día en que moría el príncipe, desaparecía fatalmente. Solamente la complicidad del extranjero, la amistad de Venecia, que, República secular, influía aún en el juego del principado italiano, á la manera de una soberanía extranjera, podían sostener el edificio dinástico apresuradamente elevado por un viejo Pontífice: «Nuestra edad es tanta, decía Alejandro á Justiniano, que debemos apresurarnos á concluir con esto, á fin de dejar á nuestra posteridad segura de conservar lo que le legamos, y esto no puede ser sin la ayuda de la Señoría veneciana.»

Ciertamente, bien merecía César que el pontificado, la antigua potencia pacificadora de la Península, diese por él solo el espectáculo de la Italia vendida sin pudor, arrollada sin piedad. Habíase visto, desde hacía siglo y medio, tiranos de gran

raza; un Barnabo Visconti, un Francisco Sforza, un Lorenzo el Magnífico, un Sixto IV, un Fernando de Aragón, un Ludovico el Moro; pero todos, por vasta que fuese su ambición, habían aceptado al parecer un límite á sus codicias. La política tenía en cuenta el equilibrio europeo; habían buscado la hegemonía, la soberanía y no el imperio; su conducta, fundada en un sistema de alianzas italianas, suponía la tiranía intacta en sus órganos principales; soñaron con rebajar, no con destruir á sus vecinos. Este es un exterminador. Su padre y él no fueron contenidos en sus actos de piratería sino por la presencia de los extranjeros, franceses y españoles, cuyo concurso habían esperado. Francia era dueña de Lombardía; protegió á Ferrara, Bolonia y Toscana; á partir de 1501, Francia y España ocupaban las dos Sicilias y se hacían allí la guerra, sin permitir que un tercer ladrón les arrebatase un solo jirón de provincia. Pero todavía quedaba un vasto dominio abierto á César: el reino mismo de la Iglesia, ocupado por los feudos de los Bárcenas romanos; Perusa y Siena, el ducado de Urbino sobre el Adriático, los Romaños, aparte del Estado de Bolonia, y la línea de las ciudades fortificadas que, á lo largo del Apennino, entre Imola y Rímini, amenazaban el valle del Po, Ferrara, Mantua y las tierras venecianas. En poco tiempo fué el dueño de la Italia central, menos por el valor de sus armas que por el ascendiente de su ingenio y de su doblez, sobre todo por el terror que iba delante de él. Italia no había conocido hasta entonces un tal refinado del despotismo. Parecíale ser el tirano por excelencia, el príncipe ideal; y el libro que Maquiavelo escribió más adelante con ese título equívoco, no es sino un análisis experimental de la política de César Borgia; Maquiavelo pudo estudiar desde muy cerca durante su legación en Romanía, en el otoño de 1502. Le tuvo miedo en su cualidad de buen florentino, y tembló más de una vez, tras una audiencia, por la libertad de Florencia; pero le admiró sinceramente en su calidad de buen italiano, y creyó que aquel hijo de Papa podría edificar una monarquía italiana con los restos

del antiguo principado, y que tendría bastante genio para arrojar, desde luego, al extranjero como gran condotiero de Italia. El veneciano Capello escribía: «Es muy regio, hasta pródigo, lo que desagradaba al Papa... Será, si vive, uno de los primeros capitanes de Italia.» César sedujo entonces á Maquiavelo por la cortesanía de sus palabras doradas; le fascinó con la aterradora energía de sus resoluciones, la tenacidad de su voluntad, su modo inflexible de odiar, el extraordinario dominio que tenía de sí mismo. «Aun cuando me llegue el agua al cuello, decía al historiador, no imploraré la amistad de los que no son mis aliados de hoy.» Este fué el secreto de su poder sobre los demás. Era un alma negra, completamente cerrada, en donde no entraba nunca la emoción de las cosas de afuera, y de la que únicamente fué bien conocido su inmenso egoísmo. Era capaz de decisiones bruscas y de movimientos de rabia furiosa; pero estos accidentes, que estaban en contradicción con su naturaleza, fueron bien raros. Apuñaló un día, entre los brazos de Alejandro VI, á Perotto, un adolescente: «La sangre, dice Capello, saltó al rostro del Papa.» Saciaba á veces, en las corridas de toros, los brutales instintos de su temperamento; sabía cortar de un sablazo el cuello de un búfalo. Estas cortas apariciones del español no son para tenidas en cuenta en el carácter de César. El tirano del Renacimiento permaneció en él en pie, hasta la ruina definitiva, taciturno, impenetrable; cuando hablaba, mentía; prefería no decir nada; sustraía-se á las miradas, oculto en el fondo de sus palacios; aplazaba las audiencias, encerrábase en el Vaticano como en una tumba, y á todas partes hacíase seguir de su asesino de confianza, D. Micheletto, que, probablemente, fué el compañero misterioso de D. Juan durante su última noche. «No se quita la careta, escribe Justiniano en Marzo de 1503, y aunque en Roma se conoce su presencia, no ha querido descubrirse sino para algunas personas. Yo mismo, al hablar con el Pontífice, he fingido no saber nada sobre la estancia del duque, porque el Papa no decía nada, y así seguiré mientras que él no

me hable. No se comprende esta conducta, porque los caprichos del duque escapan á todos los cálculos; todas las conjeturas son vanas; sin embargo, si se decide á quedarse aquí, preciso será que se quite su careta.» Justiniano, cuando trata, después de Maquiavelo, de descifrar el enigma de esta alma, no distingue en ella claramente más que una cosa: para sus enemigos, un odio dialéctico; para sus amigos, es decir, para los que se le entregan sin reservas, una buena voluntad provisional, de la que desconfían sus más fieles servidores. Quince días antes de la enfermedad mortal de Alejandro, decía: «Heme aquí en Roma; pero antes del otro martes, estaré en un sitio en donde podré favorecer á los míos, si no moriré.» Los capitanes de estradiotas, que abandonaron el servicio de César en 1503, fueron graciosamente licenciados; á los dos días se les encontraba ahorcados en cualquiera parte, ó degollados. La cualidad verdaderamente política del valenciano era la sangre fría con que reglamentaba sus odios, y su paciencia para esperar la hora más propicia para una venganza exquisita. El Papa, que no sabía ni callarse ni esperar, admiraba sin reservas, en este punto, el genio de su hijo. El 1.º de Enero de 1503, Justiniano fué testigo en el Vaticano de una escena bien edificante: «Esta mañana, después de misa, Nuestro Señor ha llamado á todos los embajadores que estaban presentes y á los cardenales; nos ha dicho que esta noche un despacho ha traído la noticia de la capitulación de Sinigaglia. Al decir esto, demostraba una gran alegría, y fingía, sin embargo, el no haberse enterado de nada estos últimos días; acusaba á la regente de Sinigaglia de haber, con sus traiciones, obligado al duque, que no pensaba en ello, á tomar la ciudad por pura indignación. Añadió que el carácter del duque era el de no perdonar á quien le ultrajaba y de no dejar á nadie el cuidado de su venganza; amenazó á quienes habían ofendido á su hijo, y en particular á Oliverotto, á quien el duque había jurado ahorcar con sus propias manos, si podía apoderarse de él. Luego que Nuestro Señor hubo dado estas noticias, cada cual, según la



costumbre, se regocijó con él, y le halagaba el oído, lo que le causaba una extrema satisfacción, y en la expansión de su contento, se puso á cantar las virtudes y la magnanimidad del duque. La mayor parte de los cardenales hacía coro de labios afuera, sobre todo monseñor de Sierra, que está algo asustado, y que tiene miedo por el estado que su sobrino posee en la Mancha.»

## II

Estos dos Borgia, tan diferentes por el genio, unidos por la complicidad de un egoísmo sin freno, se repartieron, pues, la perversa empresa en los últimos años del pontificado. Alejandro tomó para sí la diplomacia; César, la acción militar; el padre se encargó de reducir á la Iglesia temporal, y, en caso de necesidad, de asustarla. Reservábase el halagar á los príncipes italianos, atraerlos á su política; sostener, en fin, con una buena alianza extranjera, los intereses de la familia. Fácil le sería entonces al hijo concluir, uno tras otro, con todos los pequeños tiranos de la Italia central; después, con un procedimiento sanguinario, pacificar sus conquistas y reducir la indisciplina de sus condotieros. Necesitábase mucho dinero para sostener ejércitos en donde las compañías francesas se mezclaban con bandas suizas, españolas ó italianas; Alejandro acudía á los cofres de la santa Iglesia, y los vaciaba; después los llenaba de nuevo con los medios eficacísimos que se verá más adelante. Pero, ante todo, era útil á los Borgia, á fin de tener el espíritu y las manos libres, y de imponer silencio á las objeciones del mundo cristiano, el demostrar con ostentación su perfecta indiferencia por el cristianismo, por las más graves tradiciones del oficio pontifical y por la misión divina del pastor de almas.

La ocasión se presentó por sí misma al Papa, al día siguiente de la horrible muerte de su hijo mayor. Hacía algunos años que el dominico Savonarola era el amo de Florencia;

había ayudado á la caída de los Médicis y empujaba á la República por los peligrosos caminos de una demagogia teocrática. Tronaba desde lo alto de su púlpito contra los abusos de la Iglesia, los escándalos del alto clero, la corrupción de la corte romana. No creo que fuese para Alejandro VI, cuya destitución pedía, un adversario muy temible. Era demasiado violento, y hacía pesar sobre los florentinos un régimen demasiado irritante de inquisición monacal para que pudiera gobernar mucho tiempo, desde el fondo de su claustro, aquella ciudad espiritual, en donde se hallaba la cuna del Renacimiento. El hermano Jerónimo, que hizo quemar en la plaza de la Señoría los libros, los cuadros y los muebles preciosos, no tenía como partidarios fieles sino el pueblo bajo, los devotos de alma estrecha, los *llorones*, los *piagnoni*; contra él estaban los partidarios de los Médicis, después los republicanos del antiguo régimen comunal, los hermanos menores y la multitud burguesa de la tercera orden franciscana. La hora de su caída parecía, pues, marcada. Tratábase de una revolución más para aquel pueblo amable que, desde hacía cuatro ó cinco siglos, había transformado cada veinte años su Constitución, y no por eso era el menos civilizado de Italia. Pero la peor debilidad de Savonarola estaba en la naturaleza misma de sus ideas religiosas. Meditaba demasiado asiduamente sobre el Apocalipsis, para ser bien comprendido en aquellos últimos días del siglo xv italiano. Hablaba como profeta frente á un pueblo escéptico que leía el *Decameron* y el *morgante maggiore*; contaba sus visiones á un auditorio de cristianos muy particulares, entre los que se encontraban Maquiavelo y Pico de la Mirandola. Si soñaba con una cruz negra, erguida como un símbolo fúnebre, para el pontificado de los Borgias, colocaba el sueño en su sermón inmediato. Este iluminado, alma muy grande, de una pureza de niño, estaba asombrosamente atrasado. Savonarola se remontaba á Gregorio VII y á Pedro Damián; esperaba de los jefes de la Iglesia ó de un cambio la curación de los males que sufría la sociedad cristiana, y pensaba que el mundo se

salvaría si sentaba un santo en la sede de San Pedro. Recobraba, haciéndolas más estrechas por sus recursos de fraile mendicante á quien irrita la riqueza de la Iglesia secular, las antiguas ideas de Arnaldo, de Brescia; pero iba retrasado en más de tres siglos. Olvidaba que el abate Joaquín, Francisco de Asís y Juan de Parma habían dado á las almas la plena libertad religiosa; que, por mano de los grandes místicos de Italia, las conciencias se habían libertado de las cadenas de la jerarquía eclesiástica, y que, en adelante, entre los italianos y la Santa Sede, ya no se trataba de los intereses de la fe, sino de intereses completamente temporales y de equilibrio político. Así, pues, en su lucha contra Alejandro, Jerónimo había elegido mal su campo de batalla. Hubiera podido desempeñar otro papel mucho más poderoso manteniéndose en el terreno de la política pura, conservando de Arnaldo de Brescia y de Rianzi una idea completamente superior, la noción evangélica del reino de Jesús, que no es de este mundo, y del reino de César, que escapa por su naturaleza misma al sacerdote, al obispo, al pontífice; le era fácil, desde Florencia, vuelta por algunos años al estado comunal, y en una Italia en donde la tiranía parecía muy enferma, tanto en Milán como en Nápoles, ensayar un apostolado republicano, que Francia hubiera podido sostener, como ya lo había hecho Carlos VIII en favor de Pisa. Sí, desde arriba abajo de la Península hubiera podido aún estremecerse el espíritu municipal; Roma, despertada por las familias feudales, por los Orsini y los Colonna, cuya ruina juraron el Papa y su hijo, se hubiese alzado de repente; hubiera derribado la forma de la tiranía papal para reconstituir la Comuna eclesiástica de Inocente III. Savonarola no sospechó nada de esto: obstinóse en predicar contra la simonía, el lujo de los palacios, las vergüenzas de la Babilonia pontificia. Pero esta elocuencia era no obstante bien formidable para el tiempo y la ciudad que le escuchaban. Los florentinos, que se ahogaban en la inmensa catedral, acusaban cierta impaciencia burlona al escuchar la dialéctica del viejo fraile;

Savonarola entonces estallaba de pronto, irritado, y en un acceso de familiaridad terrible, la tomaba con todos; con las mujeres, á las que censuraba su traje indecente; con las muchachas, á las que trataba de cortesanas; con los dependientes de tiendas, con los viejos libertinos, con los banqueros, con los sacerdotes sentados en sus sillones, en el fondo del tenebroso coro; luego maltrataba al Gobierno, á la Iglesia, á los «grandes prelados» de Italia y Roma, la Roma del Papa-rey, la cual, para él es siempre la prostituída bíblica de Dante. Esta confesión pública, descarada, de los pecados de Florencia, despertó en la multitud un murmullo que, al crecer, se convertiría en un clamor furioso; Savonarola jura que es profeta, el confidente de los designios de Dios; truena contra los falsos profetas, los astrólogos, que brillaban entonces en los consejos de todos los príncipes italianos; éstos, decía, están inspirados por el diablo. Mientras que él recibía, por intermedio de los ángeles, la iluminación del Espíritu Santo. ¿No había predicho las calamidades de 1494, la venida de Carlos VIII, el nuevo Ciro, al que Dios había armado con una vara de hierro? De esta suerte entra en su argumento predilecto: anuncia inauditas miserias para el día siguiente, para los años venideros, la peste, la guerra, los muertos pudriéndose en las calles, una lluvia de espadas y de cuchillos cayendo sobre la Península; desde los Alpes al Etna, Florencia destruída, Roma destruída, los bárbaros quemando, asolando toda Italia para castigarla por sus apostasías; los príncipes italianos, reducidos á la esclavitud más allá de los montes, como bestias de circo, «con anillos de hierro en la nariz». «En vano, clamaba, huirás por la derecha, por por la izquierda; en todas partes se encontrará el azote; verás por todas partes tinieblas y no sabrás en dónde esconder la cabeza. Tinieblas aquí, tinieblas allí; todas las cosas perturbadas; el cielo perturbado, el sol, la luna, los ángeles perturbados, Dios perturbado, la perturbación en todas las cosas.» Un día anunció su propio martirio. «Bien sé, dijo, que se alzarán contra mí gritando: *Aic est reus mortis*. ¡Muera, muera, ma-

témosle! *Ego autem ad dominum ads piciam*. Miraré hacia Dios, y diré: «Heme aquí, estoy dispuesto á morir contento. Jesús, tu has muerto por mí; estoy contento de morir por ti.» Otro día, á continuación de su profecía habitual, en la que aparecían vagamente á lo lejos los horrores futuros de las guerras de Italia, como en una forma siniestra, clamó á Dios piedad, en nombre de la sangre de Jesús, con acento tan doloroso, que el pueblo, rugiendo y sollozando, se echó de rodillas pidiendo misericordia. «Paró el sermón, dice el antiguo manuscrito; el Padre dió la bendición, y bajó del púlpito.»

El Papa le declaró herético. El dominico pidió la prueba de hoguera, contradictoriamente con un hermano menor. Se ha creído por mucho tiempo que Alejandro deseó esta experiencia peligrosa, con objeto de quemar á Jerónimo por la gracia de Dios; curiosos documentos publicados por el Padre Bayona han probado todo lo contrario. Alejandro VI trató de impedir la prueba como si verdaderamente temiese un milagro. Una tempestad inundó la hoguera que no se pudo encender. Savonarola, aquel día, perdió su prestigio y se sintió perdido. La Señoría, que le era hostil, le sacó, en un espantoso motín, de su convento de San Marcos. Formáronle rápidamente causa. Su verdadera eregía estaba en estas palabras, escritas en 1497 á los príncipes de Europa: «Os juro, en nombre del Señor, que este Alejandro no es Papa, y no puede ser considerado como tal, porque, dejando aparte su gravísimo pecado de simonía, por el que ha comprado la secta pontificia y por el que diariamente vende al mejor postor los beneficios eclesiásticos, dejando aparte también sus otros vicios manifiestos, yo afirmo que no es cristiano y no cree que existe un Dios, lo que es superior á toda infidelidad.» El obispo de Vanosa, legado de Alejandro, y los comisarios apostólicos, presidieron esta iniquidad. Los testigos fueron intimidados con el tormento; sus declaraciones fueron falsas, y desfiguradas las palabras de Jerónimo y de sus compañeros. Sin embargo, nada serio se pudo sentar contra los acusados, ni en cuanto á la doctrina religio-

sa ni en cuanto á la conducta política. Se les condenó á la horca, después al fuego. Ejecutóse la sentencia el 23 de Mayo de 1498. Cuando el obispo degradó á Savonarola de su dignidad sacerdotal, olvidó en su turbación la fórmula litúrgica, y dijo: «Yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante.» El mártir contestó: «De la militante sí, pero no de la triunfante, porque no tienes ese derecho.» Era la conciencia misma de la humanidad la que, por boca de Savonarola, negaba á la Santa Sede el derecho de intervención en los consejos de Dios, y de cerrar ó abrir la entrada del reino celeste.

Pero á Alejandro VI no le inquietaban las puertas del paraíso; bastábale con que enmudeciese la voz de aquel fraile importuno. La cristiandad quedaba advertida de la manera con que el Soberano Pontífice acogería la protesta de los místicos, el clamor de los profetas y los textos tomados del Evangelio. Tratábase ahora de hallar en Italia y en el extranjero ayudas benévolas para la política dinástica de los Borgia. La amistad de Francia se inclinaba espontáneamente á la Santa Sede. Luis XII necesitaba la dispensa pontificia para repudiar á su mujer, Juana de Valois, y casarse con la viuda de Carlos VIII, Ana de Bretaña. Alejandro hizo que el Breve apostólico lo llevase César, al cual, en el mes de Agosto de 1498, había librado de su sombrero de cardenal y de su mitra de arzobispo. En Julio, Lucrecia, viuda de un marido que estaba vivo, se casaba con D. Alfonso de Brisceglia, bastardo de Alfonso II de Aragón, un joven de diez y siete años. Mientras tanto, el antiguo cardenal de Valencia en España recibía de Luis XII el título de duque de Valentinois, en Francia; luego, en la primavera de 1499, la mano de Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. Se llamará en adelante César Borgia de Francia. Al mismo tiempo, pactábase una alianza formal entre el rey, el Papa y Venecia. La República Serenísima y la Santa Sede entregaban á Luis XII, Ludovico el Moro, la casa de los Sforza, el Milanésado. Venecia debía recibir Cremona y la Ghiara de Adda; César sería ayudado por la influencia

francesa y las propias tropas del rey en su empresa contra la Romanía. Luis fué en Octubre á recoger en Milán el fruto de una conquista que la traición de los capitanes de Ludovico habían hecho fácil á Aubigny, á Trivulzio. Alejandro, protegido por las flores de lis, se apresuró á adelantar la fortuna de sus hijos. Nombró á Lucrecia regente de Spoleto, una ciudad de la Iglesia que no tenía tirano; después atrajo á Roma á Giacomo, el jefe de la gran casa de los Gaetanos; le hizo encerrar en el Santo Angel, le acusó de lesa majestad, confiscó todos sus dominios y le hizo envenenar. «Llevaron el muerto á San Bartolomeo, dice Burchard, en donde su madre y sus hermanas le vieron á rostro descubierto; mientras que su hijo mayor, Guillermo, huía á Mantua, los sicarios de César asesinaban al menor, Bernardino, cerca de Sermonata. El 12 de Febrero de 1500, Lucrecia compraba, mediante una venta ficticia, por 80.000 ducados, el feudo de Sermoneta.

César, por su parte, no había tardado en ponerse á la obra. La Romaña y las Marcas eran, al Norte de los Estados de la Iglesia, el último resto del orden feudal en Italia. Los condes, cuya institución se remontaba al siglo xiv en tiempos del cardenal Albornoz, eran los vicarios de la Santa Sede, vasallos muy indisciplinados, que se negaban á pagar el impuesto y se sustraían á la mano del Soberano pontificio. Alejandro los atacó, pues, á la vez con el interdicto espiritual y la espada temporal. En el mes de Noviembre de 1499, César, después de haber ido secretamente á Roma para entenderse con el Papa, ponía sitio á Imola con sus tropas francesas y suizas. La ciudad, que pertenecía á los Riario, cayó el 1.º de Diciembre. El 12 de Enero de 1500, los franceses tomaron la ciudadela de Forti. Catalina Sforza Riario, la viuda heroica del sobrino de Sixto IV, fué llevada á Roma y conducida al castillo del Santo Angel. A los diez y ocho meses, los capitanes franceses obtuvieron su libertad. Ella había tenido, de su amante, Juan de Médicis, un hijo, Juan de las Bandas Negras, que fué, bajo Clemente VII, el último soldado de la independencia italiana.

Este año de 1500, que cerraba el siglo, vió el jubileo de Alejandro VI. El mundo cristiano marchó, como lo hizo antes en los tiempos de fe profunda, hacia la santa ciudad de Roma. El Carnaval tuvo una magnificencia extraordinaria; el día de Pascua, doscientos mil peregrinos se arrodillaron bajo la bendición del Vicario de Dios. Durante seis meses, el Papa se creyó perfectamente feliz. El reino de César crecía á la vista; formaban ya el núcleo Imola, Casena, Forti, Forlimpopoli. En Febrero, el Valentinois, vestido de terciopelo negro, con su pelo rubio flotante por los hombros, había entrado pomposamente en Roma, á la manera de un triunfador antiguo, aplaudido por las mujeres, que reían á lo largo del cortejo. La corta aparición de Ludovico el Moro, favorecido por Venecia, pasó como una ligera nube por un cielo radiante. El 10 de Abril, el tirano de Milán, *azote de Italia*, dice Pablo Jove, cayó en manos de los franceses, á quienes abriera, en tiempos de Carlos VIII, el camino de los Alpes. La Península quedaba dominada por el Norte, y el extranjero tenía por varios siglos las llaves de Italia. Pero el invasor era entonces el buen amigo del Santo Padre, el primo de César, y los Borgia, regocijados con la adoración de la Iglesia universal, no pensaban, en la primavera del año 1500, sino en celebrar su buena suerte. El Papa ofrecía á los cristianos procesiones; el Valentinois, torneos de toros. Apenas si, en el contento de Roma, algunas impresiones penosas mezclaban, de tarde en tarde, una sombra de melancolía á la alegría religiosa de los peregrinos. Sabíase un día que el embajador de Francia había sido desvalijado, con todo su acompañamiento, en los alrededores de Viterbio; veíase una noche, al volver de un oficio en San Pedro, sujetos á las horcas los bandidos, presos aquí y allí en la campiña romana; contábase la historia del médico de Letrán, que, al amanecer, mataba á flechazos, en torno de la basílica, á los devotos demasiado presurosos de ir á San Juan, y los robaba, ó bien envenenaba, con ayuda del confesor de la casa, á los enfermos ricos, y les dictaba un buen testamento. Pero estos



ligeros incidentes no turbaban la belleza del jubileo de 1500. De pronto, una nueva catástrofe hizo estremecer á Roma é Italia, y mostró una vez más á Alejandro VI lo incierto de sus alegrías de familia.

A los quince meses de su matrimonio con Lucrecia, en Agosto de 1499, Alfonso de Aragón huyó sin razón aparente, *alla macchia*, escribe un contemporáneo, á los bosques, como un miserable perseguido por los esbirros; después se retiró á Genzano, con los Colonna. Adivinó tal vez que la política de los Borgia, ligada á la sazón con Francia, sería en un tiempo próximo hostil á la dinastía napolitana. El recuerdo de D. Juan le asustaba; tuvo miedo, y, dejando á su mujer en cinta, de seis meses, corrió lejos de la siniestra ciudad apostólica. El Papa llamó á su yerno, y le ordenó que se juntase con Lucrecia en Spoleto. Alfonso obedeció. Alejandro vió, pocos días después, en Napi, á los dos esposos, que fueron á Roma á mediados de Octubre. La vuelta de César á la capital eclesiástica, después de su primera campaña, no parece que dió á Alfonso nuevos motivos de inquietud. Tomó parte, con toda la familia, en las fiestas del jubileo. El 15 de Julio se dirigía, á las once de la noche, desde el Vaticano á su palacio, que estaba próximo á la basílica; acompañábanle unos servidores. En las gradas de San Pedro, cuatro hombres enmascarados, armados de puñales, se arrojaron sobre él y, bajo el balcón de la bendición papal, le hirieron gravemente en la cabeza, en la garganta, en la espalda y en el brazo. Los asesinos se replegaron, según Burchard, sobre una tropa de cuarenta jinetes, que los esperaban en la sombra, y todos huyeron á rienda suelta fuera de Roma. Alfonso, completamente ensangrentado, pudo arrastrarse hasta el Vaticano. Polo Capello escribe: «Dijo al Papa: Estoy herido; y la señora Lucrecia, su mujer, que estaba en la cámara del Santo Padre, se desmayó.»— «No se dice, añade el embajador florentino, quiénes son los asesinos, y no se ve que se los busque con el celo que convendría. Pero por Roma corre el rumor de que es un nuevo crimen de familia,

E. M.—Enero 1909.

porque en este palacio hay tantos odios antiguos y recientes, tantos celos políticos y de otras clases, que es necesario que se produzcan á menudo escándalos semejantes. Así, todos los días, el Papa tiene nuevos motivos de amargura y aflicción, que le dan mucho que pensar.» — «El asesino, dice Capello, es el mismo que mató al duque de Gandía y lo arrojó al Tíber.» — «Yo no maté al duque, decía César en los días siguientes; pero si lo hubiese hecho, lo habría bien merecido.» El cardenal de Capua fué á confesar al joven príncipe, quien, durante treinta y cuatro días, fué atendido, á la vista del Papa, por Lucrecia y por su hermana Sancha. Las dos mujeres preparaban por sí mismas los alimentos, «á causa del odio que le tenía el Valentinis», escribe Capello. «El Papa, añade el orador veneciano, hacíale guardar por diez y seis personas, por miedo de que le matase el duque.» Y cuando el Papa visitaba al herido, el duque no le acompañaba, más que una vez, en que dijo: «Lo que no se ha hecho á la comida, se hará á la cena.» El 18 de Agosto, César entró en el cuarto de Alfonso, que ya se levantaba; echó con un gesto á la mujer y á la hermana del desdichado; en seguida apareció D. Micheletto, arrojó al duque de Bisceglia en su cama, y le estranguló en presencia de César. Aquella misma noche, llevaron furtivamente, sin rezos y sin sacerdotes, al regio vástago de Nápoles á la capilla fúnebre de San Pedro. Alejandro, que no pudo salvar la vida de Alfonso, no se atrevió á concederle los honores que prodigó, tres años antes, á su hijo mayor. Simulóse, como se había hecho con el duque de Gandía, buscar á los asesinos. Enviaron al Santo Angel á los médicos de la víctima y á un pobre jorobado, criado de ésta; los interrogaron, y después los pusieron en libertad, probada su inocencia, «cosa que sabían muy bien, dice Burchard, los que mandaron prenderles». Lucrecia se retiró, ya por voluntad suya, ya por orden del Papa, á su castillo de Napi, con una escolta de seiscientos jinetes, á fin, escribe el secretario pontificio, de «buscar algún consuelo ó distracción al dolor y á la turbación que experimentó estos últimos días

por la muerte del ilustrísimo D. Alfonso de Aragón, duque de Brisceglia y príncipe de Salerno, su marido». El orador de Venecia da á entender que las lágrimas de la infortunada irritaron á César, y que Alejandro la alejó á fin de complacer á su hijo. «La señora Lucrecia, que es discreta y liberal, gozaba antes del favor del Papa; pero éste no la quiere ya.» Capello escribe que el Papa teme cada vez más á César, aunque le ama con pasión. Ciertamente, Alejandro seguía queriendo á su hija, á la que en seguida buscará por tercer marido un príncipe hereditario. Pero la política arrastraba á los Borgia de una manera cada vez más imperiosa. Iba á abrirse la segunda campaña de Romaña. El principado de los Aragones, al que se acababa de enviar un adiós sangriento, se hallaba á punto de sufrir la suerte de los Sforza y de los Médicis. No era el momento propicio para las quejas y recriminaciones de familia. Por lo demás, el duelo de Lucrecia fué bastante corto. La joven viuda no estaba hecha para experimentar un largo dolor. Tenía de su padre una conciencia muy sensible, y, según un contemporáneo, un carácter siempre alegre y sereno.»

### III

A fines de Septiembre de 1500, César volvió á ponerse en marcha hacia el Norte con 900 hombres de armas, 200 de caballería ligera y 6.000 de infantería. La artillería iba mandada por Vitellozo Vitelli, un condotiero de conciencia equívoca, al que aguardaba un fin terrible. El ejército ducal se dirigió primeramente por el país de Perusa, hacia Pésaro, en donde Giovanni Sforza, cuñado del duque, trataba de defenderse. Pero la ciudad se sublevó contra él el 11 de Octubre, y envió al Valentiniois una diputación para llevarle la capitulación. El 21 se rindió la ciudadela. César entró en Pésaro el 27, por la noche. Un proscrito, el humanista Pandolfo Collenciccio, que se apresuró á volver á su casa después de marchar el tirano, obtuvo

una audiencia del vencedor; César regaló al letrado un saco de cebada, una carga de vino, un cordero, dos gallinas y capones, dos paquetes de candelas y dos cajas de grajeas. Pandolfo escribió al duque de Terrara el elogio de su bienhechor y la relación de sus hechos y actos en Pésaro: «Está lleno de corazón, de valor y de generosidad, y se piensa que cuidará de las gentes de bien. Es rudo para la venganza; es un gran espíritu, ávido de poder y de gloria; pero parece más deseoso de adquirir Estados que de darles un buen gobierno.» Evidentemente, Pandolfo no había obtenido nada, fuera de esos preciosos presentes, ni un cargo público ni una pensión.

Giovanni Sforza había huído á Venecia; después á Mantua. Rímini echaba á sus Malatestas y abría sus puertas al Valentiniois. El ejército ducal se encaminó á Faenza, que gobernaba el único tirano que en aquella región fuese amado de su pueblo: Astorra Manfredi, un huérfano, el adolescente más bello de toda Italia. Su padre fué asesinado, y su madre expulsada como cómplice del crimen. Sus súbditos le protegieron contra las intrigas de sus primos. Creció en el terror de Venecia, de Florencia y de Bolonia, que codiciaban su herencia. Vitellozzo sublevó contra Astorra una parte de la campiña de Faenza. La ciudad, reducida á sus propios recursos, estrechamente sitiada, juró combatir hasta el agotamiento de sus fuerzas por su libertad y por su príncipe. El sitio duró cerca de seis meses. Vióse, un día de asalto, á una joven, Diamante Toselli, rechazar y precipitar de lo alto de los baluartes á los soldados del duque. Durante todo el invierno, César permaneció en Imola. El 26 de Abril, los Ancianos firmaron la capitulación y entregaron Faenza al Valentiniois. Según el tratado, Astorra debía conservar su libertad y sus bienes, garantizados por la clemencia del Papa; la Comuna pagaba á sus acreedores; la ciudad conservaba sus costumbres, y reservábase para sus ciudadanos las funciones comunales. Aquella misma noche, Astorra y sus hermanos se presentaron á César. El duque, violando su promesa solemne, los envió al casti-

llo del Santo Angel. Allí languidieron varios meses, y Burchard habla del fin que tuvieron en estas líneas: «El 9 de Junio (1502) encontróse en el Tíber, ahogado y muerto, al señor de Faenza, joven de unos diez y ocho años; era tan gallardo y de un rostro tan encantador, que no se le hubiera podido hallar igual entre mil jóvenes de su edad; tenía una piedra al cuello. Cerca de él, dos jóvenes atados juntos por los brazos, el uno de quince años, el otro de veinticinco; con ellos, una mujer y muchas otras personas.»

La rendición de Faenza remató en 1501 la constitución del ducado de Romaña, cuyo título recibió el Valentinois por bula pontificia. En este momento fué cuando hubo de detenerse; su obra tenía probabilidades de porvenir. Había echado en el centro de Italia el lastre de un principado nuevo, sostenido por Francia y por la Iglesia; podía, á la muerte de Alejandro, permanecer como tirano militar de la Península, y recobrar el papel perdido por los Sforza. Este ducado, que no estaba aún soldado al reino eclesiástico, no comprometía el equilibrio italiano. En las fronteras del Sur y del Oeste estaba limitado por Urbino, Camerino, Perusa, Toscana y el Estado de Bolonia. El error de César fué colmar el foso que le separaba del dominio de la Iglesia, desposeer á los Montefeltri de Urbino, á los Baglioni de Perusa, los Petrucci de Siena; amenazar á los Bondivogli de Bolonia, inquietar á Florencia con la toma de Piombino y los manejos de su condotiero Vitellozzo, que sublevó á las ciudades meridionales de la república florentina, Arezzo, Borgo, San Sepulcro y Cortona; en fin, encender la revolución en Pisa, que para escapar á las garras de Florencia, hubiera alzado el estandarte del Anticristo. Estos excesos de ambición parecieron á Italia una amenaza, tanto más grave, cuanto que casi todos coincidieron con la falta capital de Alejandro VI: la proscripción de la dinastía de Aragón en 1501, la repartición de las Dos Sicilias entre Luis XII y Fernando el Católico. El Papa creyó una maravilla el atraer sobre una misma presa á Francia y España; no advirtió que consumaba así la

ruina de Italia, que se ponía él mismo entre el yunque y el martillo, sometía toda su política á la fortuna de los invasores, reducía á su hijo á la condición de vasallo sospechoso á las dos potencias, por cuanto para ambas era peligrosa la codicia de aquél. Los hombres de Estado veían entonces hasta qué punto eran temibles los proyectos de César y de su padre; pero comprendían también que el remedio estaba cerca del mal. A fines de Octubre de 1501, Maquiavelo, embajador en Francia, decía al cardenal de Amboise: «Los franceses no entienden nada de política; de otro modo, no dejarían engrandecerse tanto á la Iglesia.» El 25 de Julio de 1502, después de los asuntos de Urbino y de Camerino, el cardenal de Nápoles informó á Justiniano de lo que el rey de Francia había escrito al Papa: «No tenéis derecho á haceros amo de Italia *in temporalibus*, por lo temporal.» Otra vez el orador veneciano denuncia el plan de los dos Borgia: «hacer la Italia de un solo pedazo». Esperaban que Luis XII, si salía vencedor de su inevitable conflicto con España, aceptaría la soberanía tradicional de la Iglesia sobre las dos Sicilias. Durante algún tiempo lo sacrificaron todo á la alianza francesa. El verano y el otoño de 1501 transcurrieron en laboriosas negociaciones para el tercer matrimonio de Lucrecia con Alfonso de Este, hijo mayor del duque Hércules de Ferrara, amigo y cliente de Francia. Al duque, que representaba la más antigua dinastía italiana, le repugnaba la alianza de estos dos temibles advenedizos; el joven príncipe miraba con cierta inquietud la manera que tenían los Borgia de romper los lazos conyugales de Lucrecia. Los dos padres discutieron varios meses sobre la cifra de la dote con una crudeza de usureros. El matrimonio se hizo por la voluntad soberana de Luis XII; fué para Lucrecia el último. Alfonso de Este no fué á Roma, en donde la boda se celebró por poderes. Esta unión, el último servicio político prestado por la joven á su familia, fué para ella la libertad. El 6 de Enero de 1502 recibió la bendición suprema de Alejandro VI, y salió de Roma para no volver más.

César había acompañado, como condotiero de Luis XII y gonfalonero de la Iglesia, al ejército francés en su campaña de 1501 contra Federico de Aragón. Se apoderó por su cuenta de Capua de una manera digna de él: á traición. Un tal Fabricio le abrió las puertas de la ciudad. «Fué el primero á que mataron las gentes del duque, y tras él á unos tres mil infantes y doscientos jinetes, y tras éstos, á los burgueses, á los sacerdotes, á los religiosos de ambos sexos, hasta en las iglesias y conventos; las mujeres fueron sin piedad la presa del vencedor.» Según Guichardin, el Valentinois eligió, por su parte, cuarenta de las más lindas muchachas de Capua. Las desgraciadas se arrojaban por desesperación ó por vergüenza al Volturno. Pero estas prendas de buena amistad no bastaban para asegurar al rey de Francia la fidelidad de los Borgia. La codicia y la mala fe del Papa y de su hijo se hacían cada vez más inquietantes para sus aliados. En Septiembre de 1501, Alejandro confiscaba los últimos fondos de los Colonna, de los Savelli, de los Gaetani; daba á Rodrigo, hijo de Lucrecia y de D. Alfonso, Sermoneta, Ninfa, Norma, Albano, Neptuno, Ardea; á Giovanni Borgia, *el infante romano*, su propio hijo ó el de César, le daba Nepi, Palestrina, Pagliano, la abadía de Subiaco y sus diez y ocho castillos. En Junio de 1502, César y el Papa solicitaban al duque de Urbino y al señor de Camerino para que les prestasen tropas para guarnición de las Romanas; una vez desarmados, particularmente de su artillería, los dos tiranos, César invadía sus Estados, los echaba, y robaba todo, hasta la biblioteca de los Montefeltri. Guidobaldo de Urbino huyó á Mantua por senderos de montañas. Julio César Varano fué descubierto en el fondo de una cisterna, y muerto. La misma suerte esperaba á sus hijos, Anibal y Venancio, que perecieron en la Católica, á manos de un sobrino de D. Micheletto. Los Borgia suprimían contra los vencidos el derecho de gentes, y se asombraban ingenuamente de que les contestasen con desagradables represalias. Luis XII tuvo algunos días como rehén, en el castillo de Milán, á su primo

César, de Francia. «El Papa, dice Justiniano, jura y anatematiza al duque, que ha ido á Milán en contra suya.» No comprendía que se tuviera con él una conducta equívoca; con él, quien en sus confidencias con los embajadores, manifestaba á todo cuanto su cínica teoría de la traición. «Hasta ahora hemos sido franceses y seguiremos siéndolo, si Francia envía bastantes tropas para vencer á los españoles; pero si vacila y quiere que nos batamos por ella, cuidaremos de no perder nada de lo que hemos adquirido; y si Dios quiere que los españoles sean los más fuertes, nosotros no querremos sino lo que quiera Dios.» — «Este Papa, decía el embajador de España á Justiniano, me paga con las mejores palabras del mundo; pero estoy seguro de que si viera á los franceses hacerse poderosos, me volvería la espalda.» Mientras que Alejandro, en sus días de gran apuro, suplicaba á Venecia que adoptase á su hijo, César detenía cerca de Sinigaglia á unos mercaderes venecianos, y amenazaba en su presencia á la República con su enemistad. Alejandro tuvo que presentar al embajador sus excusas en nombre de su hijo. «Ruego á la señoría que considere su gran juventud, y que esas palabras, si las ha pronunciado, las ha dicho en un momento de furor.» Pero el Papa, por su parte, hacía prender á la mujer de Bartolomeo de Alviano, condotiero de Venecia, con sus dos jóvenes sobrinos. Esta pobre política, tan bien calificada por Justiniano, «que no tenía en cuenta sino el hecho del día», olvidaba el de la víspera, y no preveía el del día siguiente, minaba sordamente la obra audaz de los Borgia. Poco á poco, todas las víctimas de sus atentados, Italia, el extranjero, que no quería su preponderancia y pretendía contener sus ambiciones, sus propias criaturas, asustadas de su ingratitude, se entendieron en la sombra y los enlazaron con una red de intrigas, de resistencias obstinadas y de conspiraciones. Los Colonna se afiliaban al partido español; los Orsini se entregaban á los Bentivogli y á Francia; Luis XII cerraba á César el camino de Florencia. Venecia acogía á todos los proscritos y ponía en Rávena tropas de ob-



servación; los cardenales solicitaban á su vez el protectorado de Venecia para las libertades de la Iglesia y de la Península. El cardenal de Siena, conversando con Justiniano, repetía la frase del cardenal de Médicis el día de la elección de Borgia. Italia es presa del lobo»; y añadía: «Ved cómo el Papa, unas veces de un lado, otras de otro, pone el pie en donde quiere. Ahora está de acuerdo con los españoles (esto era en Junio de 1503), y se mostrará por ellos más abiertamente en cuanto hayan tomado Gaeta á los franceses; querrá Siena, querrá Pisa, pondrá en un trance al Estado Florentino, irá tan lejos como le plazca.» Este profundo movimiento de opinión volvía-se, con poder extraordinario, contra los dos príncipes que tan insolentemente habían despreciado á la opinión. Atacaron durante mucho tiempo; en 1502 y 1503 se ven reducidos á defenderse á tientas contra enemigos invisibles.

A fines del verano de 1502, todos los que más odiaban á los Borgia se reunieron en la Magione, cerca de Perusa, á fin de entenderse para la pérdida de César. Los Orsini; Carlo, bastardo de Virginio; Paulo, hijo del cardenal Latino Orsini; el cardenal Juan Bautista Orsini, Francisco Orsini; duque de Gravina; el condotiero Vittellozo Vítelli; Olivarotto, tirano de Fermo; Gian Paolo Barglione de Perusa, Petrucci de Siena, Bentivoglio de Boloña, formaron una alianza, reunieron 10.000 hombres y derrotaron á Tossombrano Ugo de Moncada, capitán del Valentinois. Urbino y Camerino se sublevaron y llamaron á sus señores. Los conjurados se pusieron en marcha hacia las Romañas. Luis XII y Florencia, que se negó á concurrir á la ruina de César, impidieron la catástrofe. En este momento, los florentinos enviaron á Maquiavelo á Juneta para sondar las intenciones del duque respecto de ellos. El rey obtuvo una reconciliación aparente entre Casar, los condotieros y los barones conjurados. Paolo Orsini, Vitellozzo, Oliverotto, volvieron á su servicio en el ejército ducal; Guidobaldo de Urbino salió de nuevo de su ciudad, tras una corta restauración. El cardenal Orsini, invitado por cartas pater-

nales del Papa, volvió á Roma. Bentivoglio se negó á hacer este peligroso viaje. Los condotieros tomaron, en Diciembre de 1502, Sinigaglia á su señor, Francesco María Bovera, el heredero presunto de Urbino, que tenía once años. Después, invitaron á César á entrar solemnemente en esta nueva conquista. El 31, César llegaba á Tano, después de haber ordenado á sus capitanes que acamparan sus tropas, á fin de tomar los cuarteles para su ejército de escolta. Obedecieron y esperaron casi solos, apenas armados, al duque fuera de la ciudad. Éste les invitó á seguirle al palacio para conferenciar mejor. Oliverotto quedábase rezagado: César, con una ojeada, le mandó á Micholetto para que se uniese al acompañamiento. Apenas entraron en las habitaciones, los antiguos conspiradores de la Magione se vieron detenidos. En seguida, los soldados del Valentino pusieron la ciudad á saco. Llegada la noche, Oliverotto y Vitellozo, sentados espalda con espalda en dos sillas, fueron estrangulados; Oliverotto lloraba y acusaba á su cómplice; Videllozzo suplicaba que le trajesen, antes de morir, la absolución del Santo Padre. Petrucci pudo escapar. Á Paolo Orsini y Gravina los dió muerte Micheletto, el 18 de Enero, en Castell della Piere. Mientras tanto, en Roma, la venganza de los Borgia seguía su curso, con notable seguridad de ejecución. El 3 de Enero, el cardenal Juan Bautista Orsini, al saber la toma de Sinigaglia, se apresuró á acudir al Vaticano para felicitar al Papa. En el camino se encontró al gobernador de Roma, «quien simuló, dice Burchard, acompañarle como por casualidad. Llegado al palacio, el cardenal se apeó de su mula; todos los caballos y mulos de su acompañamiento fueron llevados á la cuadra del Papa; en la cámara del *Papagayo*, el cardenal se vió rodear por gentes armadas, y palideció.» Fué en seguida llevado á la prisión de Torre di Nona, y tras él al protonotario Orsini, Jacome de Santa Croce; Antonio de Santa Croce, arzobispo de Florencia; Bernardino, abad de Alviano, y Carlo Orsini. Jacome, «que llevó al cardenal al matadero», escribe Justiniano, rescató al día siguiente su liber-

tad. El 4 de Enero, el gobernador desmantelaba para el Papa, y por cuenta propia, la casa del cardenal y la del arzobispo. «Se han llevado todo, hasta la paja de las cuadras», dijo Justiniano. El mismo día, Alejandro dió cuenta del acontecimiento al orador veneciano. «Me dijo: El cardenal está servido por sus propios criados. No sabemos lo que sucederá. Si le hallamos falta, usaremos más bien de clemencia, como es nuestro oficio, que de crueldad.» Y, añade Justiniano, habló en seguida de tal manera, que evidentemente quiere hacerle morir; pero creo, por sus mismas palabras, que esperará para esto la llegada del duque, á fin de descargar en él esta operación. El duque dará antes muerte al abad de Alviano, después de haberle arrancado una acusación contra el cardenal.» El 5 de Enero escribe el embajador: «La madre del cardenal ha sido echada de su casa, con lo que llevaba puesto, acompañada por algunas jóvenes sirvientas; las desgraciadas vagan por Roma, en donde nadie quiere recibirlas, porque todos tienen miedo. El cardenal ha sido conducido al Santo Angel; ciertamente, en opinión de todos, está destinado á morir. Créese que la cosa está ya hecha respecto al abad de Alviano. El Sr. Julio Orsini ha podido huir, con lo que ha puesto en la grupa de su caballo, á los Estados de Gian Gordano, llevándose á su mujer, á su hijo y á los niños de Paolo Orsini»; y el mismo día, «el cardenal se confesó y se puso bien con Dios, porque esperaba la muerte de un momento á otro». Pero la muerte tardó en acercarse á su cabecera.

A fines de Enero, la madre del prisionero hizo llegar al Papa, por conducto de la querida de su hijo, que entró en el Vaticano disfrazada de paje, 2.000 ducados y una perla preciosa que Alejandro reclamaba. A este precio se permitió á las dos mujeres que preparasen los alimentos del cardenal. Pero el favor era bien tardío, según Burchard, que escribe con un laconismo impresionante *liberat cabriem*; había bebido el caliz. Este era el veneno lento, el *venenum atterminatum* del Renacimiento. El cardenal Orsini murió el 22 de Febrero. Pero, es-

cribe el prudente capellán, «no queriendo saber lo que no hacía falta, no fui y no me ocupé para nada del caso». El 24, Alejandro convocaba á los médicos que asistieron al moribundo, y les imponía el juramento de que aquella muerte era la más natural del mundo, determinando la enfermedad y firmando el acta.

El Papa había mandado días antes á su hijo un breve en que le ordenaba que obrase sin misericordia contra los Orsini, con los cuales juzgaba al duque demasiado benévolo. «Es preciso concluir en el acto con toda esa casa, prender á todos los que podamos y no indultar ni á las mujeres ni á los niños», y esto, porque todos eran traidores á los Borgia, á la Iglesia y al rey de Francia. Alejandro mentía, al trazar estas líneas, á su propia conciencia. Cuidábase muy poco de las traiciones contra la Iglesia ó al rey cristiano; podía, dejando en paz á los inocentes, vengar todavía ruidosamente á la dinastía pontificia. Pero temía que algún día se alzase contra sus hijos un vástago de aquella casa. «Señor embajador, decía á Justiniano, tenemos las manos rojas de sangre de los Orsini: el duque ha cortado la cabeza á Paolo y á los otros que sabéis; nosotros hemos ido tan lejos con ellos, que es preciso asegurarnos de todos para que no nos hagan algún daño.» Y además, concluir con todos, mujeres y niños, era destruir hasta en la raíz á la familia más rica de los estados de la Iglesia, tomar todos los feudos, todos los palacios, todo el oro de los Orsini. A medida que envejecía, crecía en él una espantosa avaricia. No pensaba más que en heredar, en despojar á los vivos y á los muertos. En Mayo de 1503 recibió 130.000 ducados de los nuevos cardenales. Pero vender capelos, indulgencias, dispensas, beneficios, pedir para la guerra contra el Gran Turco, eran medios muy rancios; imaginó una tarifa de exacciones sobre los cardenales, los prelados, todos los funcionarios de la curia y los institutos de caridad. Todos pagaban el 10 por 100 de sus beneficios, y Burchard nos ha conservado este curioso cuadro. El cardenal Ascanio Eforza, el más rico, estaba tasado en 3.000

ducados al año; los subdiáconos de su sacristía, uno con otro, en 4 ducados. El cardenal Curner, «que no tenía beneficios», no pagaba nada. El hospital de San Jerónimo pagaba 2 ducados. La suma, que Burchard descuidó de hacer, da 45.830 ducados. La lujuria del oro atormentaba á Alejandro. Acabó por calcular la fortuna mobiliaria y el dinero contante de sus cardenales; de cuando en cuando enviaba uno al otro mundo y se inscribía como heredero de los bienes muebles del difunto. El 11 de Julio de 1502 Justiniano escribe: «El cardenal de Módena está enfermo con pocas esperanzas de curación; se cree en un veneno.» El 12: «El reverendísimo cardenal de Módena esta mejor; pero los médicos juzgan la situación muy grave. Si Dios atendiera los votos de toda la ciudad, no volvería á levantarse.» Ferrari era, en efecto, datario y tesorero apostólico, y durante mucho tiempo había saqueado á Roma. El 19 se encontraba mucho peor, y «la luna llena debía llevarsele á la noche siguiente, según los médicos.» Su Santidad le visitó, «pero no quiso retirarse antes de ordenar que se hiciese el inventario de todo el mobiliario del palacio; se preocupa mucho de lo que le producirá la muerte del cardenal, que tiene, á lo que dicen, una fuerte suma en dinero contante. El 20 de Julio murió, con «general contento». Su favorito, Sebastián Pinzón, recibió una gran parte de la herencia, *impriminem sanguinis*. «Es cierto que el cardenal ha sido envenenado, y que ese Sebastián ha sido su verdugo... El Papa le recibió entre sus familiares... El pontífice ha percibido 14.000 ducados, encontrados en casa del difunto.» Pinzón fué más adelante condenado á muerte por León X, por ese crimen que confesó.

En Abril de 1503 le tocó el turno al cardenal Miguel, un veneciano, sobrino de Pablo II. Murió en pocas horas, de media noche. «Se tiene la certeza, dice Justiniano, de que ha sido envenenado. En cuanto lo supo el Papa, envió al gobernador al palacio del muerto, y antes de ser de día todo estaba desvalijado. La cuenta de este cardenal le da más de 150.000 ducados», dinero contante, plata, tapices, provisión de trigo,

campos sembrados, cuya cosecha esperaba Alejandro, caballos de lujo, mas once cofres del cardenal Colonna que guardaba en sus habitaciones. Al día siguiente, «nuestro Señor se encerró para contar el dinero». A los tres días llevaba al embajador á la habitación en donde estaban los ducados de Miguel, 23.632 solamente, y decía con dolor: Mirad, toda la ciudad pretende que hemos percibido 100.000 ducados de la herencia del cardenal; no hemos encontrado más que esto.» Después, calculando que el cardenal, siendo muy rico y gastando poco, debía de tener capitales en Venecia, pidió que la Señoría prendiese á su intendente Tammaso, que estaba á punto de traer las rentas de su amo, y que sin duda renunciaría al viaje. En fin, como Miguel tenía grandes pastos en su obispado, de Porto Alejandro fué á aquella ciudad, no para divertirse, sino para apoderarse de cuanto pertenecía al reverendísimo cardenal; volvió el 23 de Abril satisfecho; la expedición fué fructuosa. Los rebaños de la Eminencia difunta, que acababa de reunir bajo su cayada pastoral, habíanle tal vez recordado las palabras evangélicas: *Pasce aves meus*. Bajo Julio II, el secretario de Miguel y su cocinero fueron perseguidos por este delito. El primero lo confesó todo y denunció al mismo tiempo á Alejandro VI.

El 2 de Agosto del mismo año, diez y seis días antes de Alejandro, el cardenal de Monreale, un Borgia, moría casi repentinamente. «El Papa puso buena cara, aunque se tratase de un sobrino suyo, porque éste pasaba por tener dinero y joyas en cantidad, además del mobiliario de un palacio muy bien puesto. En total, el Papa cobrará 10.000 ducados, además del precio de los beneficios.» Justiniano no pudo conferenciar al día siguiente sobre la vacante del patriarca de Constantinopla. «Nuestro Señor se ha expresado por la pena que sentía á causa de la muerte del cardenal; la pena era contar el dinero y manejar las joyas.» Pero este negocio fué excelente y llegó á producir más de 100.000 ducados. Se dijo en alta voz que Monreale «ha sido expedido por el camino que

han tomado todos los otros, después de haberlos engordado bien. Se acusa particularmente al duque».

El Sacro Colegio vivía espantado. Los cardenales que tuvieron, dice Justiniano, algún mal pensamiento secreto contra el Pontífice, pensaban en la huída. El cardenal de Médicis, que fué un día objeto de un halago desacostumbrado por parte de Alejandro, se creyó perdido, así como á su hermano Pedro. En Enero de 1503, el arresto del obispo de Casena y del protonotario Andrea de Spiritibus hizo que el terror cundiese entre los prelados. Estos eran ricos; sus casas fueron vaciadas por los esbirros pontificios. «Toda la corte tiembla, y sobre todo los prelados que tienen dinero y los gentilhombres romanos; los unos han huído; los otros se esconden; nadie se cree seguro. Cada cual cuenta los pecados que ha cometido y piensa en las faltas de sus parientes.» Cinco meses después, el embajador veneciano renueva el mismo aviso á propósito de Jacome Santa Croce, quien, después de pagar 10.000 ducados por salvar la vida, fué ahorcado al día siguiente; sus bienes fueron confiscados, su mujer y su hijo proscritos. «Todos los romanos que pasan por ricos, todos los que gozan del favor popular ó pertenecen á un partido político, tienen un miedo extremo, y ven á cada momento venir al verdugo.» Habíase maldecido de la Roma desordenada de Inocente VIII, aterrorizada por los bandidos; volvíase á la Roma de Catilina y de los triunviros. Estos últimos tiempos del pontificado fueron verdaderamente espantosos. La persecución contra los sospechosos llegaba hasta lo más humilde de la población romana. Una palabra indiscreta, sorprendida en una encrucijada, en el rincón de una taberna, por los espías de César, era una sentencia de muerte. A una máscara que tenía demasiado ingenio le cortaron la mano y la lengua; la lengua, clavada en la mano, fué expuesta para edificación de las almas sensibles. Roma tomaba un aspecto fúnebre. El Carnaval de 1503 se presentó de una manera tan lúgubre, que el Papa convocó á su nobleza en el Vaticano y la invitó á divertirse, sin nin-

guna preocupación, «para animar y alegrar la ciudad». Pero él mismo empezaba á tener miedo de su sombra; triplicaba la guarnición del palacio, del Santo Angel y del Bosgo; llamaba á D. Joffré con sus tropas; daba entrada en Roma á las bandas de César; suspendía los juegos del Carnaval; luego volvía á autorizarlos, á condición de que los romanos, en su esparcimiento, no llevaran armas ocultas bajo sus disfraces. «Día y noche, dice Justiniano, Roma, ocupada por los soldados del duque, parecía una cueva de bandidos; robaban á las gentes en plena calle; por la noche se mataban romanos y cesáreos». Los atroces mercenarios del duque fueron los que incendiaron el territorio de Siena. «En San Quirico, dice Burchard, no encontraron más que á dos viejos y nueve viejas; los colgaron por un brazo, con los pies en un brasero, para que revelasen el lugar en que tenían escondido el dinero. Pero no revelaron nada y murieron en este suplicio.» Los Borgia, sintiendo el odio que crecía á su alrededor, no veían más que traidores en los servidores más abnegados de su política. César hizo ahorcar á D. Ramiro, su lugarteniente general en Romaña, acusado de haber difundido el hambre en el país por acaparar los granos. En Mayo de 1503, el secretario pontificio Trozzo, el agente de todos los asuntos sucios, huyó de repente; se creyó que había marchado para una misión diplomática; era que huía sencillamente por terror al verdugo. Fué detenido en Córcega, y, dice Justiniano, «aunque tenía breves tranquilizadores del Papa y buenas cartas del duque, enviáronle á hacer penitencia de sus pecados al otro mundo. Unos dicen que le han ahogado; otros que le han estrangulado; pero lo cierto es que ha muerto». El embajador de Ferrara, Custabili, dice que «fué estrangulado por Micheletto en una torre del Transtevere, á la vista del Valentiniois, escondido en donde no podían verle». El orador veneciano termina su despacho con estas palabras: «Ahora se ven privados de los hombres que mejor les servían en sus crímenes.» El duque no conserva más que á Remolines y D. Micheletto, que esperan una próxima desgracia.»



## IV



Pero la tragedia iba á acabar bruscamente. En los momentos en que el Papa, obligado á decidirse en breve plazo entre Francia y España, no sabía, dice Justiniano, «en dónde poner la cabeza», y se veía en vísperas de una guerra desastrosa, de la que se aprovecharía Venecia para invadir los Estados del duque, la muerte vino á librarle del compromiso. Ya el 11 de Julio se encontraba indispuerto, tal vez por una indigestión; el senador veneciano le vió echado vestido en su cama de descanso, con buen semblante. El 14, el Papa recibió á Antonio en la sala de los Pontífices, sentado, un poco débil, pero siempre vivo de espíritu. Entonces parece estar restablecido. Pero el 7 de Agosto, el embajador le encuentra bastante triste, «más encerrado en sí mismo que de costumbre». La fiebre hacía estragos en Roma, y Alejandro se queja del gran número de muertos, que le asusta: «Tomamos, dice, más precauciones que antes.» El 11 de Agosto celebraba, «sin su buen humor habitual», el aniversario de su exaltación; «estaba enfermo é inquieto en el fondo de su alma». Este día, al ver pasar, desde una ventana, un entierro, dijo: «Este mes es fatal para las personas obesas.» En aquel momento cayó á sus pies un buho; entró asustado en su cuarto, exclamando: «¡Mal presagio, mal presagio!» El mismo día, un viernes, come todavía con buen apetito; se ha encontrado la lista de esta última comida: huevos, langosta, calabazas con pimientos, dulces, ciruelas, una torta envuelta en hojas de oro. Es dudoso que bebiese agua de Trevi en esta comida, peligrosa para la estación de las fiebres (1). Días antes había cenado tarde, al fresco mortal de la

(1) Conocemos hasta las especias preferidas de Alejandro: canela, nuez moscada, azafrán, cominos, anís, mostaza, salazones acres, salchichas de pimiento. Para apagar el incendio, vinos de Grecia, de Sicilia y de España.

noche, con César y varios cardenales, en la viña del cardenal Adriano. El sábado 12, el mal se declaró violentamente; era presa de la fiebre y de los vómitos. El duque se acostaba febril, el cardenal Adriano y todos los demás convidados experimentaban los mismos síntomas inquietantes. El 14 sangraron al Papa, y el estado del duque empeoró. El 15, Justiniano no pudo obtener noticias ciertas; los que entraban en el Vaticano no volvían á salir; el duque llamaba á sus tropas á Roma; los familiares del palacio fingían una gran seguridad; «pero todas estas precauciones son de mal augurio». El 16, la situación no había cambiado. El 17, el Papa se medicinó; su médico, el obispo de Vanosa, no ocultaba su inquietud. Por la noche «hubo un gran trastorno en el palacio; cada cual trataba de salvar secretamente lo que le pertenecía». Los encargados de los pequeños Borgia, Giovanni y Rodrigo, mandaban á Piombino los objetos preciosos de sus pupilos. El 18, temprano, Alejandro confesó y comulgó durante la misa celebrada cerca de su cama; sufría entonces una rara alucinación: veía á un mono que saltaba por la habitación; un cardenal, para calmarle, dijo que iba á coger al animal: «¡Dejadle, dejadle, dijo el moribundo, porque es el diablo!» A la hora de vísperas recibió la extremaunción; después, en presencia de un obispo, del datario y de los palafreneros de palacio, expiró. «Enseguida, dice Burchard, el duque, que estaba en cama, envió á D. Micheletto con mucha gente; cerraron todas las puertas de la habitación pontificia, y uno sacó un puñal y amenazó al cardenal Cassanova con matarle y tirarle por la ventana, si no le daba las llaves del dinero del Papa. El cardenal, asustado, le entregó las llaves. Entraron todos en el gabinete próximo á la cámara del Papa, y cogieron toda la plata que encontraron, y dos cofres conteniendo unos 100.000 ducados. Después, por la noche, abrieron las puertas y se publicó la muerte del Papa. Los criados se apoderaron de lo que quedaba en el guardarropa y la alcoba, y no dejaron nada bueno, aparte de los sillones, algunos cojines y los tapices clavados en las paredes. El du-

que no fué nunca á ver al Papa, ni durante su enfermedad ni después de su muerte, y el Papa, en sus últimos días, no se acordó una sola vez ni de su hijo ni de la señora Lucrecia.»

Los cardenales no fueron á orar á la cabecera del Pontífice. Renovóse el escándalo del entierro de Sixto IV. Burchard visitó á Alejandro lo mejor que pudo; no encontró anillo pastoral que ponerle. La primera noche, el Papa permaneció puesto sobre una mesa, entre dos cirios, completamente solo, *et nemo cum es*. Cuando fué llevado al día siguiente á San Pedro, acompañado solamente por cuatro prelados, los suizos del palacio arremetieron contra el clero de la basílica, que huyó á la sacristía. No puedo traducir, de Burchard y los embajadores, el espectáculo espantoso que dió de pronto el cadáver, que se puso de «color de paño negrísimo». Fué preciso apresurarse. Seis mozos y dos carpinteros, «bromeando y riendo alrededor del Papa», le pusieron en un cofre «demasiado estrecho y demasiado corto». Quitaron la mitra pontificia, echaron sobre Alejandro un tapiz viejo y, á puñetazos, dados aquí y allí, ajustaron los miserables el cadáver. «No había, dice el capellán, ni cirios, ni luces, ni sacerdotes, ni nadie para velar al Papa muerto.» El marqués de Mantua escribió en serio á Isabel de Este, su mujer, que se había visto á siete diablos durante la agonía de Alejandro VI. Decíase en Roma que un perro negro corría, sin pararse, por el interior de San Pedro. La conciencia popular creaba una leyenda satánica sobre la tumba de Alejandro Borgia.

¿Fueron envenenados el Papa y su hijo? Los testigos inmediatos de esta catástrofe no creyeron en el envenenamiento. El embajador veneciano habla de fiebre, y, según Mestre Scipión, uno de los médicos del Papa, de apoplejía. Burchard se atiene á las tercianas. El embajador de Ferrara cree en un movimiento desordenado de la bilis, *cólera citrina*, y en los efectos del mal aire de Roma en torno del Vaticano. Tampoco parece que los cardenales pensaran en el veneno. La rápida alteración del cadáver del Papa, la enfermedad simultánea de

César y de los otros convidados del cardenal Adriano, dieron la primera idea de un crimen. Encuentro, en el *Archivio* de Roma, una nota de notario, así redactada: «Hoy ..., el Papa Alejandro VI ha muerto envenenado, como lo demuestran el aspecto de su faz y las conjeturas más probables.» Los escritores posteriores, ó los que no estaban en Roma cuando el suceso, han adoptado, en su mayoría, esta opinión. La relación de Guichardin es, en este punto, muy completa; pero tiene una abundancia de detalles que parecen novelescos. El vino envenenado, enviado de antemano á la viña por el Valentinois, á fin de matar al cardenal, y confiado á un copero que no sospecha nada; el Papa, sediento, sofocado por el calor del día, que pide de beber en cuanto llega; el frasco fatal, cogido por casualidad, y derramado en la copa de Alejandro y en la de su hijo, incluso en las de todos los invitados; la distracción del duque, que ha bebido de ese vino como si fuese agua pura; después el arrebatado alegre de Roma, que corre al Vaticano para saciarse con la contemplación del tirano, desfigurado por una agonía hedionda: todo esto no responde al conjunto de hechos precisos recogidos por Justiniano y Burchard. Percíbese aquí un arreglo dramático, producido en parte por la imaginación impersonal de los contemporáneos, aceptado por el historiador florentino, y aumentado todavía por la cólera que rebosa en esa célebre página. Pero el relato de Guichardin contiene un error muy grave, que le hace sospechoso en el más alto grado. Según él, la muerte del Papa fué fulminante; lleváronle moribundo desde la viña del cardenal al palacio; al día siguiente, 18 de Agosto, estaba ya en su capilla mortuoria, en San Pedro. El escritor, á fin de probar mejor el carácter trágico de esta muerte, suprime los siete días de enfermedad, los accesos de fiebre, las sangrías, las medicinas y los médicos que figuraban en la tragedia; ha olvidado que la cena de Adriano precedió algunos días á la aparición del mal. Creo que la opinión de Guichardin, el envenenamiento fortuito, y en cierto modo providencial de los Borgia, muertos, dice un contemporáneo, «como los escor-

piones, por su propia mano», no es digna de crédito. Queda el crimen ejecutado y premeditado por sus enemigos. El veneciano Sanuto, que habla de esto más que su embajador Justiniano, escribe que el mismo cardenal Adriano compró por diez mil ducados la complicidad del propio copero de Alejandro; este hombre preparó un jarabe, y lo sirvió á su amo y al Valentinois durante la cena del cardenal. Aquí la verosimilitud es mayor, pero no escapa todavía á toda objeción. Era muy peligroso para Adriano entregarse á la discreción de un criado capaz de todas las infamias. Después, el interés del copero, como el del cardenal y el de todos los enemigos de la familia Borgia, estaba en matar pronto y seguramente al duque al mismo tiempo que al Papa, más pronto que al Papa, y emplear, para salvar su cabeza, todos los refinamientos de su alquimia. Cualquiera que fuese el envenenador, como el crimen era muy peligroso, estaba obligado á consumarle por entero, con implacable rapidez. En fin; todos los convidados, y lo mismo el anfitrión, estuvieron malos á consecuencia del festín; ¿no se debe, pues, suponer que el asesino no estaba presente; que ordenó esta fiesta, pero que no asistió á ella? La curación del Valentinois, el mismo tiempo que Alejandro tardó en morir, son un argumento de peso contra la hipótesis del envenenamiento, mientras que los síntomas consignados por Justiniano pertenecen perfectamente á la terrible fiebre palúdica. La malaria romana, la peste de las lagunas Pontinas, se deslizó en la viña del cardenal como un huésped inesperado, y tocó en la mano del Vicario de Cristo y de César de Francia (1).

Mientras tanto, el Valentinois realizaba su golpe maestro; duraba veinte días, y causaba miedo aún. Estaba enfermo, pero seguía ocupando el Vaticano con sus cardenales españo-

---

(1) Justiniano añade, al *Despacho* 486, que «el principio di suo male sie stato *apoplessia*, e di questo parere è questo medico, omo eccellente nell'arte soa». Pero en aquella antigua medicina, ¡significaban tantas cosas *apoplegia* y *catarro*! El orador veneciano habla también del *catarro* pontificio.

les y sus guardias; era dueño del castillo del Santo Angel, desde el que sus cañones dispararon una noche hacia el lado de la Minerva, en donde el Sacro Colegio se reunía diariamente para temblar, bajo la invocación del Espíritu Santo. Nunca la Iglesia se había visto en un tal apuro ni se vió entregada á peores intrigas. César y el espantoso recuerdo de su vida, los españoles con los Colonna, los franceses con los Orsini, Julián de la Rovera y Jorge de Amboise, que venían de Francia como candidatos papables, según el deseo de Luis XII; por todas partes la usurpación, la conquista extranjera, la guerra civil ó el cisma amenazaban á Roma. Los cardenales cerraron con barricadas los alrededores del convento, en donde deliberaban sobre el medio de atraer al león fuera de su guarida. Pero el león no tenía ya ni garras ni dientes; no le quedaba más que un prestigio de opinión, cuya vanidad no percibía entonces nadie en Roma; con la astucia completamente felina y la gracia que diez meses antes habían seducido á Maquiavelo, reanudaba el papel de gran comediante abandonado por Alejandro VI; halagaba al mismo tiempo á los españoles y á los franceses, mientras tramaba la elección de un Papa español. «Engaña á todo el mundo, escribía Justiniano, y continúa la astucia paterna; contemporiza, para ver á qué partido puede inclinarse con mayor seguridad, y su arte es tan grande, que cada cual cree tenerle por suyo.» Los cardenales le enviaron al orador de Venecia para exhortarle á salir del palacio apostólico y de Roma. «Me contestó con cortesía y respeto muchas buenas palabras, diciendo que, después de la muerte de su padre, ni se había producido ni se produciría ningún escándalo á causa de su persona, ni nada en contra de las libertades de la Iglesia y del Sacro Colegio, de quien era hijo respetuoso y obediente; palabras con las que podría uno contentarse, si verdaderamente fueran dictadas por el corazón. A la petición de su pronta marcha, contestó que desearlo era querer su muerte, porque estaba demasiado enfermo para salir no solamente de Roma, sino de su lecho, sin peligro mortal, como

lo manifestaban sus médicos; en cuanto á obligarle á despedir sus tropas, era igualmente hacerle morir y entregarle á sus poderosos enemigos; prometía irse de Roma con toda su gente, para complacer al Colegio, en cuanto pudiera hacerlo sin peligro; con esto nos despidió.» Hablaba echado; pero vestido, «fingiendo estar más enfermo», dice Justiniano, «de lo que realmente estaba». Lo había previsto todo, dice tres meses después á Maquiavelo, ante la eventualidad de la muerte del Papa; todo, excepto aquella brusca enfermedad, que le impidió, ya de volver á la cabeza de su ejército, á su ducado de Romaña, ya de intentar contra el Estado pontificio un golpe de mano y proclamarse tirano en la casa de San Pedro. Vió el derrumbamiento de su fortuna con la impasibilidad altiva de los mejores días de su poder, y mientras que su padre, afligido por alguna desventura, hubiera mostrado sus quejas y su dolor á la faz de toda la cristiandad, César pareció aceptar su destino con el tranquilo fanatismo de los hombres de su siglo; no tomó á nadie por confidente de su rabia y de su duelo, y salió de Roma á escondidas, casi solo. Marchaba al encuentro de una inefable miseria; la traición de sus capitanes y la pérdida de su reino italiano; la traición de Pío III; el perjurio de Julio II, que le debió la tiara; el destierro, y por los caminos de España, la oscura carrera de un aventurero. César, entregado por el Papa Rovera á Gonzalo de Córdoba, encerrado en una torre del reino de Valencia, evadiéndose y huyendo con su cuñado el rey de Navarra, abandonado y maldito por el mundo entero, acosado como una fiera; César, simple condotiero de un principillo montañés, caía en una emboscada sin gloria, una noche de invierno, bajo los muros de Viana. La dolorosa nobleza de esta muerte fué el último favor que la fortuna otorgó al Valentinois. Y como la conciencia del duque había estado siempre en paz, puede creerse que en el fondo del barranco en donde expiró, bañado en su sangre y con el rostro vuelto hacia las estrellas, los fantasmas de sus víctimas no turbaron la serenidad de su agonía.

## V

En el primero de los cuatro despachos que envió el 18 de Agosto á la Señoría de Venecia, horas antes de la muerte de Alejandro, escribía Justiniano: «Todo el mundo está suspenso; todos desean que esta enfermedad sea el fin de las tribulaciones de la cristiandad.» Hay algún exceso en estas palabras. El orador veneciano no estaba puesto, para juzgar á los Borgias, en la perspectiva más justa que sabe encontrar la posteridad. El campo de su visión estaba lleno de los personajes que veía demasiado cerca; le parecían demasiado grandes, y el diplomático no percibía toda la serie de hombres y de hechos que había preparado este pontificado, todas las causas históricas cuyo remate fué la obra de los Borgia. Más daño hicieron á Italia que á la cristiandad. El Occidente había perdido desde hacía mucho tiempo la noción del Pastor universal, que la sociedad católica volvió á encontrar más adelante, después de la Reforma, sobre todo tras el Concilio de Trento, con gran claridad. Que los Borgia estuviesen fuera del cristianismo; que el Tabernáculo de su Iglesia estuviese vacío; que el Papa romano estuviese marcado con el signo de la apostasía, como lo creyó Savonarola, la conciencia religiosa del Renacimiento aceptaba este accidente sin ninguna turbación. Lutero y sus discípulos, los humanistas alemanes, los escritores calvinistas franceses, fueron los primeros en acusar al papado de traición para con Dios y la cristiandad; los católicos, los independientes, tales como Erasmo y Rabelais, y el conjunto de los escritores italianos, Maquiavelo como Cellini, no han creído que la indignidad de los pastores haya sido tan funesta al rebaño, y que la perversidad de los amos de la Iglesia haya hecho que pierdan á Dios las almas individuales. Los hombres de aquel tiempo sufrían, por lo demás, bastante poco con el espectáculo de una inmoralidad cuyos mejores ejemplares produjo la tiranía italia-



na, y que de Italia pasó por contagio á la Francia del siglo xvi. El sentimiento de la ley, el respeto del derecho ajeno, la disciplina personal, no eran compatibles con la codicia, el egoísmo y el orgullo sin límites que existieran entre las fuerzas vitales de aquella civilización. Los Borgia no han acusado, tanto por la licencia de su vida como por la crueldad de su gobierno, ningún espíritu de invención. En donde debe buscarlos y alcanzarlos el juicio de la Historia es en el terreno de la política. No fué por su doblez constante, por su impudor y dureza de corazón por lo que más dañaron á la Península, sino por la manera particular que tuvieron de comprender el papel de la Santa Sede en unos críticos momentos de la historia italiana. Quisieron que su casa fuese la dueña de Italia, no por su ascendiente sobre los principales rivales, sino por la destrucción de las tiranías, grandes y pequeñas. Heredaron, sin duda, malas tradiciones; el movimiento de extensión territorial y de nepotismo insolente, comenzado por Sixto IV, moderado con Inocente VIII, llegó á los Borgia. No hubieran podido detenerle en seco sin comprometer la situación del reino eclesiástico en Italia, y condenarse ellos mismos al papel borroso de un principado inerte, en el torbellino de lucha por la vida á que se entregaban los tiranos de un extremo á otro de la Península. Pero podían moderar y regular ese movimiento limitando sus propias ambiciones. Su delito fué el de ir tan lejos, que, para asegurar sus apetitos, tuvieron que apelar al extranjero.

Este atentado contra las libertades nacionales de Italia no era nuevo. Los Papas de la Edad Media habían llamado á los emperadores, después á Carlos de Anjou, luego á Carlos de Valois; Ludovico el Moro atrajo á Carlos VIII á la Península. Pero tratábase entonces, ya de llevar un amo á las Dos Sicilias, habituadas y resignadas al yugo extranjero desde fines del imperio romano, ya de restablecer el orden en el feudalismo italiano, ya de pacificar una provincia, la Toseaza, por ejemplo. El Norte italiano, la Lombardía, la frontera de los

Alpes, fueron siempre considerados por la Santa Sede y el resto de la Península como una región reservada, cuya autonomía importaba á la Península entera; para quitársela á los emperadores, la Santa Sede provocó, en tiempos de los Municipios, una verdadera sublevación nacional. Alejandro VI desconoció este interés secular y abandonó el Milanesado á Luis XII. No contento con establecer al extranjero en el Norte, entregó el Mediodía á dos naciones extranjeras. Necesitóse cuatro siglos y medio y la generosa intervención de Francia para borrar los últimos efectos de esta criminal política.

Puede objetarse que está evolución histórica de la Península era inevitable, y que Italia, agotada por la guerra civil de sus tiranos, parecía condenada á la servidumbre. Pero no veo lo que ganarían los Borgia con ser considerados solamente como la causa ocasional á la vez y fatal de este gran desastre. Después de todo, un príncipe, un hombre de Estado, no obra nunca, en bien ó en mal, sino con la ayuda de fuerzas preexistentes, y la situación general de su país y de sus vecinos es lo que le lleva á elegir el papel útil ó nefasto al que consagra su vida. La responsabilidad histórica debe medirse por el grado de conciencia y de voluntad libre de los hombres que han precipitado los acontecimientos; para los déspotas, á quienes el egoísmo domina, y que no pueden excusarse con la ciega violencia de la opinión ó de la pasión pública, esta responsabilidad es absoluta. Pero esto no impide que los moralistas señalen diferencias en la perversidad de los hombres que han producido en común una obra mala y han sido lo suficientemente poderosos en el mal para perturbar toda una civilización. Claro está que estos dos Borgia no eran iguales en maldad. La inmoralidad política del padre fué aventajada por la feroz ambición del hijo. El Papa, después de 1497, fué el dócil instrumento del Valentinois. El duque era el principal refinado; el Papa, dominado por el espanto de aquel hijo, siguióle paso á paso hasta su último día por todos los derroteros de su camino sangriento. Es digno de alguna piedad. No

---

gustó, á causa de César, toda la satisfacción que se había prometido del pontificado; perdió, en la ruda labor á la que le sujetó su hijo, su natural alegría y un vago instinto de grandeza de alma que manifestaban todavía, en los primeros años de su reinado, algunas palabras verdaderamente nobles. César fué el demonio de la familia. Debe llevar la mayor parte de la gloria maldita de los Borgia.

EMILIO GEBHART

## RECUERDOS

---

Los dos años de las Constituyentes fueron dos años de gran actividad, no sólo para los problemas políticos, sino para los problemas económicos y administrativos.

Empecé yo en el último artículo á enumerar algunos de los proyectos de ley que presenté y que fueron aprobados. Y con este motivo, y al encarecer la importancia de tales proyectos, algunos de los cuales, convertidos en ley, aun hoy subsisten, me adjudiqué, con cierto desembarazo modernista, los elogios y los aplausos de que me consideraba merecedor; pero como, á pesar de todo lo que dije para salvar mi inmodestia, colocándome al amparo de ciertas filosofías modernas, es procedimiento que, aun en burla, me es antipático, suspendo la enumeración cariñosa de mi labor administrativa, y suspendo la faena laudatoria, dejando aquélla y ésta para mejor ocasión; quiero decir, para cuando me asalten nuevas tentaciones; y paso, como se dice en los Cuerpos legislativos, á otro asunto, dando por terminado el incidente personal.

\* \* \*

Tantas cosas sucedieron por aquellos tiempos, tantos problemas se plantearon, tantas sesiones ardientes agitaron á la Asamblea, tantos conflictos surgieron en provincias, y aun en la misma capital de la exmonarquía, que no es lo difícil escoger temas interesantes, sino resistir al torrente de mis recuer-

dos, tan vivos hoy como tales recuerdos después de cerca de cuarenta años, como eran vivos y palpitantes cuando fueron realidades en aquella trascendental y fecunda agitación revolucionaria.

Entre todos ellos escogeré uno de los que se refieren á la cuestión más trascendental y que más conflictos creó, no sólo en España, sino en Europa.

Me refiero á la candidatura del príncipe alemán.

Mucho se ha escrito sobre esta cuestión, que provocó la guerra franco-alemana, y que inundó de sangre y de ruinas la vecina Francia.

Mucho se ha dicho y se ha escrito, y muchos errores se han cometido al juzgar aquellos sucesos.

Y muchas responsabilidades se han querido arrojar sobre el general Prim, responsabilidades de todo punto injustas, y que como injustas las proclamo, á fuer de hombre honrado y de conciencia; porque así lo siento y así lo creo, y hasta pudiera decir que así lo vi en la realidad de los hechos, como ahora lo veo en el recuerdo de aquella época memorable.

No he de lanzarme ni á consideraciones abstractas, ni á teorías históricas, ni á hipótesis y suposiciones, sino que he de atenerme á hechos que presencié, á palabras que oí, á actitudes que observé, y que procuraré trasladar con fría exactitud.

Ni retóricas ni literaturas.

¿Cómo surgió la candidatura del príncipe alemán, cuál fué su historia, ya que el tristísimo desenlace todo el mundo lo conoce?

Sobre esto voy á decir lo que entonces supe, y nada más que lo que supe como ministro, y no lo que oí contar ó he podido leer como ciudadano independiente y lector aficionado á la prensa y á los libros.

Soy, pues, un testigo que declara en forma escueta los hechos, y nada más que los hechos que presencié.

Y cuenta que no oculto nada, porque en rigor nada tengo

que ocultar, y aun sin faltar á la discreción ni al secreto profesional, pude decir en el año 70 esto que voy dictando en el año 8 del siglo xx.

\*  
\* \*

Para comprender bien lo que voy á referir, es forzoso que explique el estado de la Cámara, las pasiones que en ella se agitaban, los intereses en ardiente lucha que hacían del problema regio, llamémoslo así, el eje alrededor del cual giraban los partidos y las fracciones de la Asamblea constituyente.

Y sobre todo, es necesario que explique la situación especialísima, difícil y comprometida en que se encontraba el general Prim ante la Asamblea constituyente y ante los partidos monárquicos.

Y cuenta que no me refiero á nada que el general Prim me confiase; ni él era hombre que fácilmente se espontaneara, ni era natural que tuviese espontaneidades conmigo, que, al fin y al cabo, era nuevo en la política.

Cito hechos y situaciones que eran de toda publicidad en aquella época, y que resultan evidentes con sólo recordar la composición de la Cámara.

Podía dividirse ésta en dos partes opuestas: irreconciliables y enemigas á muerte.

Por una parte, los republicanos, casi todos federales, sin más que dos excepciones: el Sr. Ruano y el Sr. García Ruiz, que eran republicanos unitarios.

Este gran grupo combatía á muerte y por todos los medios, el de la fuerza inclusive, cualquier candidatura monárquica.

Tan luego como se anunciaba el nombre de un candidato posible al trono, caían sobre él, con toda la ferocidad de los partidos extremos, analizándolo, triturándolo, poniéndolo en ridículo á él y á toda su familia, hasta arrastrarlo por el lodo.

El segundo grupo era el de los monárquicos.

En éste se encontraba un pequeño grupo, dirigido por Cánovas del Castillo, cuyo candidato era D. Alfonso; los demás

monárquicos, como hemos indicado varias veces, se dividían en tres fracciones que, unidas, habían realizado la revolución de Septiembre.

Que unidas, aunque con mucho trabajo y á fuerza de transacciones, habían elaborado la Constitución democrática de 1869; pero que, al llegar al magno problema de la elección de rey, se dividían profundamente y se hacían la guerra con más encono que el de los republicanos contra los monárquicos.

Casi toda la unión liberal, que es una de las tres fracciones á que antes nos referíamos, tenía ya su candidato, lo tuvo aun antes de que la revolución estallase; su candidato era el duque de Montpensier. Montpensierista era, como se decía entonces, el regente del reino. Montpensierista era Topete, y aun entre los progresistas y los demócratas afirmaba la murmuración que había algún montpensierista de fuerza y de valer.

El resto de los progresistas, casi en su totalidad, no tenía ningún candidato determinado; pero estaban dispuestos á recibir con disciplina inquebrantable al que D. Juan Prim señalase.

Y otro tanto puedo repetir del grupo democrático y economista, que era la tercera de las tres fracciones á que antes me referí.

El general Prim era, pues, el árbitro de aquella situación.

Árbitro indiscutible por su talento, por su energía, por sus grandes condiciones de hombre de estado y porque, además, era el dueño absoluto del ejército y ocupaba el ministerio de la Guerra.

Por convenio tácito puede decirse, el general Prim estaba encargado, por ser Presidente del Consejo de ministros, y sobre todo, por ser quien era, de buscar un rey para el trono vacante.

—Yo me encargo de este difícil problema—había dicho;—pero estoy aleccionado por la experiencia, y ni soy tan inocente ni soy tan torpe que entregue mis trabajos á la publicidad, ni que de antemano arroje al candidato que escoja á los

ataques envenenados, á las violencias sin límite, al escarnio y á la burla de los republicanos federales, y á la enemiga sistemática de los partidarios del duque de Montpensier.

Yo no me duermo, yo trabajaré sin descanso; yo soy el primero en reconocer que la interinidad en que vivimos es la muerte por aniquilamiento de la revolución de Setiembre; pero en adelante, mi candidato ó mis candidatos y mis esfuerzos diplomáticos ó de otro orden para buscar un rey que ocupe el trono de España, serán absolutamente secretos.

Nadie sabrá cuál es el candidato que yo escoja hasta la víspera, por decirlo así, de la elección; cuando los federales y los montpensieristas no puedan ya destruir mi obra.

Esto dijo una y muchas veces; esto repetía de continuo, no con las palabras que acabo de dictar—claro es que mi memoria fonográfica no puede llegar á tanto,—pero sí con palabras equivalentes.

En suma, la idea fundamental era ésta: el secreto y el silencio, y la candidatura presentada de pronto, para que la rapidez del golpe sorprendiese é inutilizase á los adversarios.

Las tres candidaturas anteriores, la de D. Fernando de Portugal, la primera; la del duque de Génova, aquélla que se fundaba en el matrimonio del duque con la hija de Montpensier, la segunda; y la tercera, es decir, la del duque de Génova, sin compromiso de ningún género; las tres, repito, habían fracasado.

D. Juan Prim se encargó personalmente de la cuarta, que también fracasó en medio de una gran catástrofe, y luego se encargó de la quinta, que dió por resultado la elección de D. Amadeo.

\*  
\* \*

Pero detengámonos en la cuarta candidatura: la del príncipe alemán.

De ésta nadie supo nada; quiero decir que, en el público, ni aun los hombres políticos de mayor altura tuvieron noticia ni sospecha de los trabajos del general Prim.



En Consejo de ministros, jamás, ni directa ni indirectamente, se habló de la candidatura del príncipe alemán.

Cuando le preguntábamos:—¿Cómo van esos trabajos para la solución del gran problema? ¿tenemos ya rey?—contestaba sonriendo: No falta mucho; ya saben ustedes que yo soy terco; que no abandono las empresas por difíciles que sean, y el día menos pensado les doy á ustedes la gran sorpresa.

De todos los ministros, ninguno sabía una palabra, exceptuando Sagasta, para quien las gestiones de D. Juan Prim no podían quedar ocultas, porque en aquella época Sagasta era ministro de Estado.

Además, lo he dicho varias veces: Sagasta era el hombre de confianza de D. Juan Prim, y era el ministro que le inspiraba más cariño; como era Moret el ministro que le encantaba con sus discursos sobre Hacienda.

Moret—decía—me consuela y me ensancha el corazón, que los demás hacendistas me meten en un puño. Además, á Moret le entiendo perfectamente y me convence, porque lo que dice es de sentido común, al paso que no entiendo una palabra de todo lo que me cuentan los demás. En suma: que le inspiraba grandísima simpatía y era su Mentor en materias de Hacienda.

Volviendo ahora á mi asunto, afirmo una vez más que, exceptuando Sagasta, los demás ministros nada supimos de la candidatura Hohenzollern, que él estaba trabajando por aquel entonces.

Por ejemplo: tengo la seguridad que D. Nicolás María Rivero, que por su alta personalidad y por su significación revolucionaria, y por su gloriosa historia parlamentaria, era el ministro más caracterizado y de más importancia, la ignoraba por completo.

De igual ignorancia participaba Martos; si Martos hubiera sabido algo, lo hubiera sabido yo, porque no tenía secretos para mí.

Es más, y este ejemplo baste de las gestiones de D. Juan Prim en pro de la candidatura alemana: no supo nada, hasta el

último momento, el presidente de la Cámara, D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Tanto es así, que la opinión dominante en la Cámara era la de que D. Juan Prim se había fatigado de buscar candidatos inútilmente, y daba treguas y descanso por algún tiempo al magno y difícil problema.

Claro es que las imaginaciones volaban, que las invenciones eran muchas y que la murmuración no se daba punto de reposo.

Todos los días en los pasillos del Congreso circulaban multitud de candidaturas: un candidato en Inglaterra, otro en Alemania, otro en Italia.

Algunos afirmaban que D. Juan Prim no rechazaba en absoluto la candidatura de Montpensier, y no faltaba quien asegurase que había hecho gestiones para traer al trono á Don Alfonso.

¿Qué más? Llegando al absurdo, hasta se sostenía que andaba en tratos con D. Carlos.

En suma: todas las candidaturas posibles é imposibles, incluyendo la del general Espartero.

Y esto mismo prueba el secreto absoluto que en sus trabajos en pro de la candidatura alemana guardó siempre el general Prim.

Esta reserva absoluta le facilitaba la maniobra diplomática, en la que sólo intervenían Sagasta, como ministro de Estado, y nuestro representante diplomático en Alemania, que si no recuerdo mal, porque mi memoria en punto á nombres propios flaquea, era el Sr. Salazar y Mazarredo.

Pero si el secreto en que se envolvía el general Prim era prudente y hasta cómodo, este mismo secreto hacía su posición falsa ante la Cámara, y le creaba, como antes dije, muy serias dificultades.

\*  
\* \*

D. Juan Prim en aquella época era todopoderoso, hablando en términos humanos; quiero decir, que era el amo de España, y, por decontado, el candidato que él presentase tenía asegurada la elección, exceptuando candidaturas absurdas ante la Cámara revolucionaria, como la del pretendiente don Carlos.

Pero, ¡ay!, que los poderes humanos, por firmes que parezcan, tienen su carcoma, que poco á poco les roe los cimientos, y D. Juan Prim tenía muchos enemigos, que estaban en acecho, y que explotaban bajo todas las formas su aparente inacción.

Decían los montpensieristas: el juego está visto; D. Juan Prim no se propone traer un rey, no busca candidato, quiere fatigar al país, dar tiempo al tiempo, y hacer imposible toda candidatura monárquica, para decirnos dentro de un año: «Ya ven ustedes; no encuentro candidato, nadie quiere venir al trono de España; estoy harto de sufrir repulsas y humillaciones; la monarquía es imposible, una triste experiencia nos lo prueba; no queda más recurso que proclamar la república, y proclamada la república, ¡es claro!, D. Juan Prim sería el Presidente. Esta es su ambición, y esta es su labor artificiosa y traidora; y por eso, aunque nos asegura que busca candidato, nosotros tenemos la seguridad de que su afirmación es de todo punto falsa.»

Y no es extraño que así pensasen y que esto propalaran en todas las formas los montpensieristas, creyendo lo que decían, ó no creyéndolo, que en política la calumnia es un arma que las pasiones no desdeñan, ó creyéndolo quizás, por aquello que dijo un gran poeta:

Persuade tanto un deseo.

No es extraño, repito, que los enemigos natos de Prim, quiero decir, los partidarios del duque de Montpensier, le acusasen en esta forma; singular es que sus calumnias tuvieran

eco en otros grupos de la mayoría, sobre todo en el grupo democrático.

Dudaban de la lealtad del general Prim muchos demócratas; acaso dudaban, no lo afirmo, pero no era imposible, el mismo Rivero, y hasta D. Manuel Ruiz Zorrilla, cuyos lazos con el general se iban aflojando, como lo demostró más tarde en su brindis de la fragata *Zaragoza*, en aquella alusión á los puntos negros.

Y, sin embargo, todas estas dudas eran infundadas, todas estas acusaciones eran calumniosas: el general Prim procedió con absoluta lealtad; podría tener otras ambiciones más nobles, no tenía la ambición que se le atribuía.

Quizás su exceso de lealtad fué contraproducente; si hubiera acariciado el pensamiento que en él suponían sus adversarios, lo más cómodo, lo más práctico y hasta lo más hábil hubiera sido ir presentando candidatos á la luz del día para que entre republicanos y montpansieristas los fueran inutilizando.

Pues qué, ¿en los pocos días que estuvo sobre el tapete la candidatura alemana no se desencadenó contra ella el elemento popular avanzado, poniendo en ridículo hasta el nombre del príncipe, al que ya en los clubs, en los periódicos republicanos y hasta en las plazuelas llamaban el rey *Hole-hole, sin narices*, como habían llamado en otro tiempo á José Bonaparte «Pepe Botellas»?

No, lo repito; el general Prim no era el ambicioso vulgar que se suponía; de buena fe buscaba candidato, y lo encontró y lo hubiera presentado, como más adelante explicaré, en el momento que él creía oportuno y con las seguridades y garantías que él esperaba obtener, seguridades y garantías absolutamente necesarias, como lo demostraron tristes acontecimientos.

La fatalidad, ó la ligereza, ó la precipitación, ó lo que fuese, dispusieron las cosas de otro modo y destruyeron el plan meditado y justo de aquel insigne hombre político.

Pero ¿que más? Aún, anulada y hundida con estrepito trágico la candidatura alemana, D. Juan Prim no cedió en su empeño, y siguió buscando candidato y cumpliendo su compromiso, hasta que obtuvo de la casa real de Italia el consentimiento en favor de D. Amadeo de Saboya.

La desconfianza en política, como en la vida ordinaria, puede ser un arma defensiva; pero llevada al exceso, puede provocar daños mayores que los que se pretenden evitar, imaginando en todas partes y en todos los hombres traiciones y añagazas.

Ciertos filósofos dirían que la idea del mal crea el mal.

Pero sigamos haciendo la historia de la candidatura de Alemania, y demostremos con hechos, por lo menos con los hechos que yo presencié, que el general Prim no pecó de imprudente, ni puede ser responsable ante jueces imparciales de la tempestad que más tarde se desencadenó sobre la nación vecina.

Quede, pues, para el artículo siguiente la continuación de mi relato.

JOSÉ ECHEGARAY

# EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

---

## CAPITULO XIII

Mientras las damas, en los respectivos cuartos dispuestos para su llegada, descansaban de la fatiga y calor del viaje y arreglaban su *toilette*, Guido había corrido junto á la condesa, aun con el polvo del camino, que esperaba en el salón situado al Norte, sobre la terraza, á sus huéspedes. Encontrábase en una de las ventanas abiertas, su sitio favorito, y sonrió cariñosamente cuando sintió el paso apresurado de su hijo en la antesala.

—¡Mamá, querida mamá! ¡Ya está aquí!

—Ya me lo han revelado tus ardientes labios—contestó la condesa, retirando dulcemente su mano, que Guido besó repetidas veces.

—¡Ay, mamá mía! Estoy muy excitado; y tú...

—Hijo mío; uno de los dos debe conservar su serenidad. Pues que no eres tú, lo cual comprendo, tengo que ser yo.

—¡Ah, mamá! Si tú no te...

—¿No me enamoro de ella en seguida? Estate tranquilo; yo me enamoraré de ella... perdidamente. ¡Ah! Te iba á decir: si, contra mi costumbre, me encuentras algo fría, no te inquietes. Es por las otras. ¿Está Brita con las señoras?

—Sí, mamá.

—Bueno. Pues ahora, hijo mío, desnúdate, y date prisa para estar aquí cuando vengan las señoras.

Guido salía aprisa; la condesa quedóse recostada en su sillón, con las manos en el regazo, mirando fijamente ante ella. Su espíritu no estaba tan tranquilo como se esforzaba en asegurar á su hijo. Su corazón latía con ansiedad. ¿Si se habría equivocado el buen muchacho? Y aunque no se hubiese equivocado, aunque fuese tan bella y tan simpática como él la describía, si no le amaba, ¡pobre chico! Al fin y al cabo, se hubiera sobrepuesto á su dolor; pero ¿qué madre no trata de evitar á su hijo un dolor, aunque sea pasajero?

Aún tuvo que esperar algún tiempo, durante el cual creció su impaciencia. Por fin oyóse ruido en la antesala, y la voz de Guido que iba al encuentro de las damas. Al levantarse para recibir á sus huéspedes, su corazón latía hasta ahogarla.

Es singular, pensó: parece que tengo diez y ocho años, y espero á mi novio.

Eleonora y Clementina pronto estuvieron listas; pero la generala siempre encontraba algo que perfilar en Kitty, hasta que por fin ésta perdió la paciencia, y dijo en tono agrio, que si su mamá se había propuesto ponerla nerviosa, podía estar satisfecha de haberlo conseguido; con lo que la mamá dijo no sé qué de ingratitud que laceraba el corazón de una madre.

No estaban las dos, pues, de muy buen humor, cuando Brita, la antigua criada de confianza de la condesa, apareció acompañada de Eleonora y Clementina, y las condujo, primero, por una alta y fría habitación; después por una escalera de mármol, que conducía á una pequeña rotonda abovedada, con estatuas en nichos, en cuyo lado izquierdo había una puerta cubierta con riquísimo tapiz, que daba acceso á una especie de sala, donde Guido esperaba, y se encargó de seguir conduciéndolas mientras Brita se despedía. Había trocado su traje de camino por uno de verano de color claro, ya que las damas, para complacer á la condesa, habían ido en traje de paseo. Su

rostro, generalmente encarnado, estaba pálido, y el brazo que ofreció á la generala temblaba. Él lo advirtió, y para disimular, habló del calor tropical, que le había puesto un tanto nervioso. La generala sonrió bondadosamente, y dijo que á Kitty le pasaba lo mismo. De buena gana hubiera alentado al tímido joven; pero no se atrevió, en consideración á las muchachas que iban detrás de ellos. Ya habían llegado á la puerta que, como ella sabía, daba acceso á la sala de la condesa. Era indudable que ésta apadrinaba el proyecto. Pero en el carácter de la condesa, incomprensible para ella, no se sabía cómo pensaría mañana, y el buen Guido era cera en las manos de su madre. ¡Tenía miedo!

Tampoco los demás estaban muy serenos; Guido, porque sometía su amor al arbitrio de un juez, supremo para él; Eleonora, porque comparecía ante la dama que había dado su bendición á un proyecto rechazado por ella; Clementina, porque lo sabía todo desde el día anterior, y empezaba á comprender la importancia del día en un asunto en que tan cordial parte tomaba. La más tranquila relativamente era Kitty. Consciente de su triunfo, le salía la satisfacción á la cara, á la cual sólo faltaba para mostrarse radiante que Guido hubiese hecho su declaración oficial.

En las habitaciones que habían atravesado, cuyas cortinas estaban corridas, reinaba cierta oscuridad crepuscular, mientras que en el salón de la condesa entraba la luz á torrentes por las ventanas y la puerta de cristales, abiertas de par en par. En el centro de la magnífica habitación, radiante de luz, estaba la condesa. Eleonora se estremeció. Por la deficiente descripción de Guido, se había imaginado á su madre pequeña, enfermiza y vieja, de rostro arrugado y amable, ojos bondadosos, enrojecidos bajo unas gafas verdes. Por el contrario, se encontraba ante una señora de majestad nunca vista. Su cuerpo, de estatura más que mediana y de esbeltez juvenil, estaba cubierto por un vestido sencillo, pero elegante, de seda gris plata; la cabeza, no muy grande, cubierta de pelo gris,



abundante, peinado con raya en medio, y sujeto por detrás con un moño casi exuberante, estaba noblemente conformada como por el pincel de un pintor griego; las facciones de su rostro, blanco mate, ligeramente coloreado por las mejillas, en plena armonía con la forma de la cabeza, imponían por su severa belleza, iluminadas, sin embargo, por un rayo de bondad; los grandes ojos azules bajo las pronunciadas cejas, miraban poderosamente, á la vez que con seductora amabilidad. En consonancia con esta majestuosa bondad de su aspecto, además, estaba el tono de su voz al disculparse de que por estar casi ciega no hubiera salido á recibirlas. Estrechó la mano de todas las señoras, y besó á las jóvenes. Eleonora había tenido horror siempre á besar la mano de nadie; sus padres en vano se esforzaron por inculcarla esta costumbre cuando la llevaban al castillo los príncipes. Ahora, cuando le tocó su turno y sintió en la suya la mano delgada, suave y fría de la anciana, bajó de buen grado su cabeza. Cuando la levantó, estremeciéndose bajo la mirada firme y penetrante que sus grandes ojos azules fijaron en su rostro; la bondad había desaparecido de ellos, y sólo expresaban dignidad y altivez, pero no más que por un momento; después volvió otra vez como el sol en un cielo azul; la severidad se disolvió en una bondadosa sonrisa, y soltando su mano, que había tenido cogida, dijo la condesa con su dulce y armoniosa voz, que una ligera acentuación extranjera hacía aún más graciosa, medio vuelta á las demás señoras:

—Esta señorita dispensará mi indiscreción; pero tengo que acercarme mucho á una persona si he de conocerla.

Clementina, que esperaba secretamente en su cariñoso corazón que la condesa confirmaría la distinción que su hijo hacía con Eleonora, se vió chasqueada. Y no fué la única. Ninguna de las damas podía jactarse de que la condesa la distinguiese de las demás. Su amabilidad aristocrática era la misma con todas; sus palabras salían con fluidez, melódicas, de sus labios, y se dirigían tan pronto á una como á otra.

Entretanto, ya habían traído refrescos los criados, y pronto empezaron á llegar los demás convidados: el barón de Trottau, su vecino; un viejo muy jovial con un sobrino suyo, joven oficial que sustraía ocho días de permiso á las fatigas de las maniobras para pasarlos con su tío; el director de bosques, Wittmams, administrador del patrimonio real, lindante con los bosques de Wendelin; por último, el Sr. Busse, un joven que recientemente había comprado unas tierras vecinas, y que hacía á la condesa la obligada visita.

En esto dieron las cuatro, hora fijada para la comida. Unos minutos antes, Guido charló con cada uno de los señores, con expresión aparentemente natural, hablándoles de negocios, en tono importante é íntimo á la vez, cuando dos criados abrieron las puertas del comedor.

—¿Tienen ustedes la bondad?—dijo Guido con voz un tanto insegura, al mismo tiempo que ofrecía el brazo á Clementina. La generala no dió crédito á sus ojos. Debía haber error. Pero ni siquiera tuvo tiempo de cambiar una ojeada con Kitti, que estaba tan desconcertada como su madre, pues ya el señor de Trottau estaba delante de ella ofreciéndola el brazo. A éstos siguieron la condesa con el director de bosques, Kitti con el joven Trottau, Guido con su dama, Eleonora con el señor de Busse. Después Brita cerrando la marcha.

El comedor era de tan grandes dimensiones, que la mesa del centro, dispuesta para once personas, casi desaparecía. A la impresión imponente que producía, contribuía no poco el haber sido cuidadosamente corridas las cortinas de damasco de las cuatro ventanas para impedir que entrase el sol de la tarde. La araña del centro estaba encendida, como también numerosos candelabros hábilmente repartidos en las paredes. La plata de los cubiertos refulgía sobre la mesa. A los dos criados de librea habíanse unido otros dos, mientras que el maestra-sala, con el obligado frac, calzón corto, medias de seda, zapatos de hebillas, servía el *buffett*, que ocupaba casi todo un tes-tero de la habitación. Desde que Eleonora abandonó Inglate-

rra no había visto tanto lujo. La anchurosa habitación inmediata al comedor, con sus altos paneles, sus gobelinos y sus valiosos cuadros de marcos dorados y emblemas caballerescos en bronce oscuro, recordábale el castillo de Elenmore. Despertóse en ella cierta melancolía no exenta de dulzura. Las horas tristes y alegres de su existencia pasaban por su mente como veladas por el claro-oscuro en que estaba sumido el fondo de la habitación. La misma herida de que sangraba su corazón parecía dolerle menos. En aquel ambiente aristocrático, la resignación parecía el sentimiento más noble de todos los humanos, el único digno de su alma altiva. Involuntariamente, sus miradas se dirigían á la dueña de la casa, que estaba sentada junto á ella, y sentía que el encanto que la noble dama ejerció sobre ella desde el primer momento, aumentaba. ¿De dónde provenía la claridad y firmeza de aquella delicada frente? ¿Y el profundo brillo de aquellos ojos medio ciegos? ¿Y la sonrisa que se dibujaba á veces en sus labios y la seductora gracia que aparecía como un rayo de sol que resbalase sobre una profundidad insondable? Pudo abandonarse á sus pensamientos, merced á la circunstancia de que su compañero de mesa más parecía preocuparse de hacer los honores á la comida que de proporcionarla una amena conversación, así como Guido, que estaba á su derecha, si bien apenas tocaba los manjares, parecía haber perdido su habla candorosa. Apenas si alguna que otra vez se volvía á ella para hacer una insignificante observación; y no dejaba de advertir Eleonora que, de cuando en cuando, tomaba fuerzas en una mirada alentadora de su madre. En cualquier otro caso, aquella ciega dependencia en un hombre de la edad del conde, de una mujer, aunque fuera su madre, le hubiera parecido ridícula, si no despreciable; en el caso presente era una excepción; no se podía rechazar el influjo de una personalidad tan poderosa, al menos el hijo. Se sintió conmovida por la respetuosa cortesía que expresaba cada una de sus palabras ó miradas, como si la pidiera perdón por la situación penosa de haber tenido que hacerle daño. De

buena gana le hubiera dicho una palabra de consuelo; pero no podía, pues él rehusaba entrar cortésmente en conversación íntima.

Con esto y con el silencio de su vecino, hubiera podido abandonarse á sus pensamientos, si el señor de Trottau no hubiera tenido á bien hacer una observación con respecto á ella. Al principio no había entendido el nombre de Eleonora, y hacia el fin de la comida se lo hizo repetir la generala, que añadió algunos detalles de su juventud. Antes de retirarse á sus posesiones había sido diplomático, y durante la niñez de Eleonora, cuando ésta vivía con sus padres, fué Enviado en la pequeña corte del duque. Entonces le llamaban el «hermoso Trottau», y recordaba aquella época como la edad de oro de su vida. No desperdició la ocasión que se le presentaba de refrescar sus recuerdos ante aquella reunión. Dijo que conoció al padre de Eleonora; había sido más de una vez vecino suyo en las cacerías del duque, y debía la vida á su resolución y valentía. En un espesísimo bosque, donde no había refugio posible, le acometió un jabalí, que el padre de Eleonora tendió en tierra de un tiro, mientras que los demás cazadores no se atrevían á tirar, por miedo de herir al hombre en vez de herir á la fiera. Esta anécdota fué referida por el señor Trottau con gran prolijidad de detalles, é hizo que todos los comensales se convirtieran en oyentes, merced á su poderosa voz y al interés emocionante con que la relató. Entró después en la descripción del padre de Eleonora, hombre ejemplar en todos conceptos, y que gozaba de gran prestigio ante el Serenísimo. Así como también la gratitud con que se conservaba en los alrededores del castillo y en la villa el nombre de su señora esposa. De ello tuvo ocasión de persuadirse cuando, dos años antes, á su regreso de Kissingen, visitó aquellos lugares, para él de gratos recuerdos.

Y ahora renacía ante él una figura de aquellos recuerdos, que, como era fácil comprender, tenía especial gusto en recordar, en vista de las circunstancias.

—Sí, amigos míos—exclamó;—al mismo tiempo que he disfrutado la honra y el placer de sentarme á esta mesa al lado de nuestra ilustre huésped, he vuelto á ver á la bella dama que se sienta frente á mí, que conocí en su niñez cuando tenía seis años, y jugaba en los bosques del castillo con el príncipe heredero, hoy reinante. Llevaba un vestido blanco con un cinturón azul; el pelo negro en bucles, que flotaban alrededor de su cabeza. Pudiera contar más; pero los favores que se reciben de una dama, aun cuando sólo tenga seis años y se pueda muy bien ser su padre, es deber de honor guardarlos en el más profundo silencio, sobre todo, cuando, como aquí, se trata de un solterón con el pelo blanco, cuyos recuerdos en este punto pueden ser más ó menos sospechosos. Así, pues, señorita, no como premio á una discreción que se impone por sí misma, sino en señal de que no veis con disgusto á un antiguo amigo de vuestros señores padres, os ruego me permitáis vaciar esta copa á vuestra salud.

El viejo caballero tenía en la mano rebosante copa de champagne; se inclinó ante Eleonora con la elegancia de un exdiplomático, y como Guido y su vecino solicitaran el honor de brindar, los dos señores restantes se inclinaron también con la copa en la mano ante Eleonora, y la condesa, pocos instantes después, dió la señal de abandonar la mesa; el banquete terminó dignamente con esta pequeña ovación para Eleonora.

#### CAPÍTULO XIV

Los convidados volvieron al salón inmediato á la terraza, que ocupaba toda la parte trasera del edificio. Allí se tomaría el café bajo el toldo. El señor de Trotttau había vuelto á reunirse con Eleonora. Como no era conveniente estrechar otra vez su mano y asegurarla cuán feliz le hacía su encuentro, empezó, para retenerla á su lado, á explicarle la situación del palacio, uno de los más notables del mundo.

—Habrá usted notado, señorita... ¿verdad que no se enfadará si alguna vez, por descuido, la llamo «querida niña?...» ¿qué iba á decir? Sí, que el camino del bosque al castillo forma una suave pendiente. Es el principio de la colina que se alza á espaldas del palacio, en gradual bajada por aquel lado y por éste en escarpado corte que da al río. Lo mandó construir Guido Wendelin (los primogénitos de la familia se llaman todos Guido), general que fué bajo el gran Elector, y fué elevado por él á condado, y, lo que era más importante, medía unas cuantas leguas de bosque y tierra laborable; toda la que había entonces por aquí. Naturalmente, el conde debía tener un palacio para sus posesiones. Y como había estado muchas veces en Italia, se inspiró en los palacios y castillos edificadas en las vertientes de las montañas. Esto ya no está de moda aquí. Así, pues, tuvo que construir una colina, esta que ve usted, que no es de granito ni de mármol, ni siquiera de grava, sino de pura arena apisonada. La arena es un buen cimiento, á condición de que no pueda moverse, á lo cual tiene una natural inclinación si se la carga demasiado, en cuyo caso puede ceder; este era el caso. Así, pues, se decidió que la colina de arena sustentara necesariamente un castillo. Había precisión de enmurallararlo en cierto modo. Era rudo trabajo y exigía sumas locas; pero al conde se le había metido en la cabeza. ¡Pero la estoy aburriendo á usted con estas explicaciones!

—Nada de eso, excelencia—contestó Eleonora;—sabiendo su origen se mira todo esto con otros ojos.

—¿Verdad, verdad?—exclamó el vehemente anciano.—Desde que yo conozco la historia del castillo me interesa más. ¡Dios mío, puedo decir que he recorrido el mundo!... Tívoli, ¡un *tour de force*! Cuando se tiene tras sí una masa ingente de rocas, y delante la campiña, en donde crecen los cipreses y los pinos como espárragos; cactus, áloes, rododendros, camelias, magnolias, que crecen como la mala hierba. ¡Y todo ello de la nada, por decirlo así! ¡Haga usted el favor de volverse! ¡Vea usted qué hermosa fachada Renacimiento! Como que mandó

venir un arquitecto de Italia. ¡Y ahora póngase usted aquí! ¿No es todo esto maravilloso?

Condujo á Eleonora á la balaustrada de la terraza, que, mediante cuatro ó cinco atrevidos tramos de escalinata, descendía hasta la orilla del río, cuyas aguas se veían brillar entre los árboles. Un puente de piedra unía la escalera en un arco algo ostentoso, pasando por el riachuelo, con un jardín á la inglesa, cuyos macizos se ocultaban unos á la sombra del bosque, y otros se ofrecían á pleno sol. Sobre el parque tendíase la vista, cuando no lo impedían los elevados árboles, por la llanura que se extendía como un mar, en la cual, el edificio, rodeado de sus jardines, se hubiera tomado por una isla.

—Y ahora, ¡piense usted—exclamó el anciano—que todo esto, hace doscientos años después de la guerra devastadora, no era más que un desierto de arena y bosque agreste habitado por lobos y osos!

—Y no olvidemos—dijo Eleonora—lo mejor y más honroso: que tales edificios, entre nosotros, se edifican para alivio del pobre, y no á su costa, como sucede á menudo en Italia, donde yo, á la vista de tales magnificencias, pensaba siempre dolorosamente en la miseria que se extiende en torno, y de la cual el constructor no sabe ó no quiere saber ó no puede saber nada; pues si la conociera, tal vez perdería el valor de construirlos.

El anciano la miraba con ojos muy abiertos.

—¡Sí, sí—dijo,—tiene usted razón, mucha razón; no pueden saber nada! Usted ha puesto el dedo en la llaga. En suma, ¡usted... usted debe darme la mano otra vez! Yo me alegro mucho haber tenido la dicha de... iba á decir de conocerla, siendo así que la conozco desde... desde... ¿cuánto tiempo hace? ¿Unos diez y seis años? Y aun... ¡oh Dios mío, no comprendo á los jóvenes de hoy en día! Si ¿yo... querido conde?

—Perdone—dijo Guido, que estaba ya hacía medio minuto detrás de ellos.—Mamá quiere saber si su excelencia quiere ser

de la partida que se va á organizar á las tumbas ciclópeas. Ha sido proposición de mamá.

—Si es cosa de su mamá de usted, equivale á una orden. Voy al momento...

El señor de Trottau voló á buscar á la condesa, que conversaba bajo el toldo en un extremo de la terraza con la generala y dama Brita. Guido quedó de pie al lado de Eleonora, con una sonrisa un tanto vaga y embarazosa en su bondadoso rostro.

Ahora no sabe cómo empezar la conversación que la ha dicho su mamá que debe darme, pensó Eleonora.

—Cuán pequeño es el mundo—dijo ésta.—Dos personas que nunca se han visto, se encuentran en el ferrocarril; pasan una hora de amena conversación; se despiden con la idea de no volver á verse, y cinco semanas después se vuelven á encontrar, por disposición del mismo acaso que la primera vez los reunió.

—¿Sería indiscreción, si yo añadiese que le estoy reconociéndísimo al acaso?—dijo Guido.

—Nada de eso—contestó Eleonora;—en todo caso, á mí me sucede lo propio. Me alegré muy sinceramente, señor conde, de haberle visto ayer por la tarde, y he venido aquí con mucho gusto.

En las mejillas de Guido asomó un ligero rubor.

—Me proporciona usted una dicha, señorita—murmuró.—También mi mamá...

—Quería hablarle á usted de ella. Yo no sé si sabrá usted que nunca adulo á nadie. Por esto me atrevo á decirle que todos deben envidiarle á usted por tener tal madre, y que considero el mayor placer de mi vida haberla conocido.

—¡Ah! Si usted la conociera á fondo.... Usted precisamente, usted.

Calló de pronto, y parecía no poder reanudar el hilo de la conversación.

—¿Qué partida es esa de que usted hablaba antes?—dijo Eleonora.

—La visita á las tumbas ciclópeas—contestó Guido con ve-



hemencia, visiblemente aliviado.—Un lugar digno de ser visitado en el bosque por que hemos pasado. Dos sepulcros rodeados de inmensas piedras erráticas. Virchow, hace dos años, las estudió á ruego mío, y halló una multitud de cosas interesantes.

—¿Está lejos?

—No llega á un cuarto de hora.

—No es mucho. Pero, francamente, estoy un poco mareada, y preferiría quedarme aquí. ¡Es esto tan bello!... ¡Pero si es preciso!...

—No, no es preciso—dijo Guido con vehemencia.—Al contrario, tengo que darle á usted un recado de mamá, un ruego...

—¿A mí? ¿De su señora mamá?

—Sí. Que si tiene usted la bondad de hacerle compañía mientras los demás hacen la excursión. ¿Querría usted?...

—¡Oh, señor conde!... ¿Y usted me lo pregunta?...

—Entonces, con el permiso... pues me parece que ya vamos á partir.

Fueron á unirse con los demás, que rodeaban ya á la condesa, con excepción de Kitti y del teniente Trottau, que, apoyados en la balaustrada, sostenían animada conversación, interrumpida frecuentemente por las carcajadas de Kitti.

—Yo... tenía que pedirla á usted aún un favor—dijo Guido, después que hubieron dado unos pasos en silencio,—que usted me negará, naturalmente, si...

—¿Qué es ello, señor conde?

—Pasado mañana es nuestra fiesta del lago. ¿Vendrá usted?...

—No sé. Depende de la señora generala.

—Si viene usted... como se bailará... ¿querría usted concederme el honor del primer vals?

—Con el mayor placer.

Guido volvió á ruborizarse y quiso contestar algo; pero en aquel momento se dirigieron hacia ellos Kitti y el teniente;

Kitti, presa de nerviosa excitación; el teniente, retorciéndose el bigote, con risa de satisfacción.

—¡Mire usted, conde Guido!...—exclamó Kitti.—¡El señor de Trottau ha estado en el último baile de corte y no ha hecho que me le presentaran! ¿Qué le parece á usted?

—Incomprensible, naturalmente—murmuró Guido.

—¿Verdad?... En castigo, tiene que llevarme del brazo toda la tarde, al ir y al volver.

—¿Acaso es eso un castigo?—preguntó Guido, distraído.

—Por lo menos, yo conozco personas para quien lo sería—contestó en su tono más satírico.

—¡Kitti! ¡Kitti!—dijo la generala.

—¡Ya voy, mamáita!—contestó Kitti, corriendo hacia ella, seguida del teniente.

—Me parece que pierde usted el favor de Kitti—dijo Eleonora riendo.

—No puede usted figurarse cuán sin cuidado me tiene—contestó Guido íntimamente.

La generala fué á su encuentro, separándose del círculo que rodeaba á la condesa. Sus duros ojos brillaban horriblemente y sus delgados labios se comprimían más fuertemente que nunca contra sus grandes dientes.

—La señora condesa desea que se quede usted con ella, querida Eleonora—dijo en un tono afectadamente indiferente;—una horita de conversación en inglés. He dado mi permiso gustosa.

—Se lo agradezco á usted, señora—contestó Eleonora tranquila, mientras Guido arrojaba una furiosa mirada á la generala, que ésta felizmente no notó por haberse vuelto de espaldas.

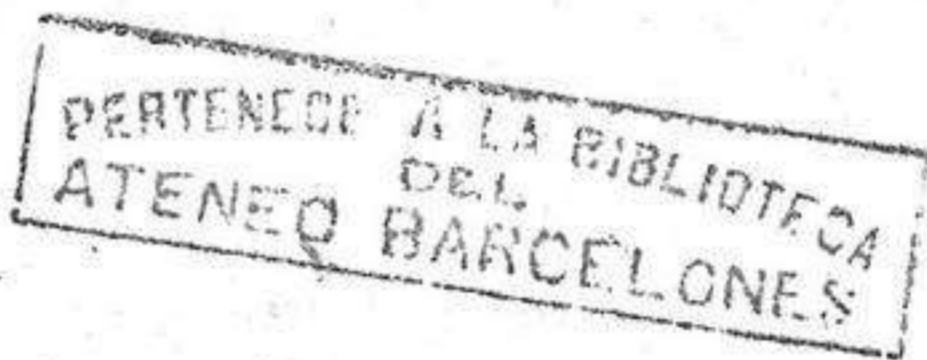
—*Shocking*—murmuró Guido.

—*Why, dear count*—dijo Eleonora negligentemente;—*she is the mistress, and I am used to be treated as governess.*

—*But you shuldn't*—balbució él.—*I can't stand it. And I have a great mind to tell that... that woman.*

No pudo continuar; llegaron los demás ya dispuestos á partir; las damas, con sombrillas; los señores, con bastones, que Guido había mandado llevar de su colección. El director de bosques era el guía. Su excelencia el señor de Trottau, llevó aparte á Eleonora, y la aseguró, en tono medio agriado, medio humorístico, que si él hubiera sabido que ella no era de la partida, no le hubieran llevado á tres tirones á las dichas tumbas, que ya había visto una docena de veces, y que maldito lo que tenían de particular. Kitti cumplía su amenaza dando el brazo al teniente y echando á la generala una mirada de insubordinación, á que ésta respondió con una mueca que pugnaba por ser una sonrisa. Guido fué el último que abandonó la terraza, después de haber dicho á su madre unas palabras en voz baja. Los criados lleváronse los utensilios del café; dama Brita colocó el sillón de la condesa junto á la balaustrada, y, por último, se alejó también. La condesa y Eleonora estaban solas.

## CAPÍTULO XV



—¿Le parece á usted bien que nos quedemos aquí fuera?—comenzó la condesa, cuando Eleonora se dispuso á sentarse, invitada por un signo de aquélla.—No todos tienen mi pasión por el aire fresco.

—Yo, señora—contestó Eleonora.

—Perfectamente—dijo la condesa.—Así, pues, podremos gozar de lo que los ingleses llaman un *chat*. Nos queda bastante tiempo. Necesitan un cuarto de hora para ir, otro para volver, y el director no empleará menos de media hora en su discurso. Es su tema favorito. Además, para que no se mueran de aburrimiento, les he dispuesto una pequeña merienda.

Dijo todo esto en tono vivo, casi alegre, con una sonrisa picante, casi maliciosa. A pesar de que Eleonora no conocía la timidez, cuando se quedó sola con la condesa no pudo menos

de sentir cierta zozobra, que por fin se disipó en una risa en voz baja.

—Ría usted á su gusto—dijo la condesa;—me gusta oír reír cuando se ríe como usted ríe. Las personas que, como yo, casi sólo se sirven del oído, llegan á adquirir una sensibilidad que no siempre produce placeres. Una voz como la de la generala es capaz de ponerme enferma. Y además, estoy persuadida de reconocer á las personas por la voz, en cuanto á nosotros, pobres gusanos, nos es dado conocernos, lo que después de todo es poco agradable. Usted tiene una voz que acaricia el oído verdaderamente: la voz de Cordelia. Me molestaba cuando estábamos en la mesa que el señor de Trottau apenas dejase la palabra. Ahora podemos desquitarnos. Todo lo que dijo de sus padres de usted, y de usted misma en su niñez, me interesó mucho. Me gustaría saber más detalles. ¿Perdió usted pronto á sus padres?

Eleonora, sin saber cómo, sin que la condesa hubiese mostrado una curiosidad impertinente, que más bien la hubiera dejado muda, sentíase atraída por una fuerza simpática, contra la cual no podía ni quería resistir, á la cual se entregaba sin reservas. Mientras contaba la historia de su vida, le parecía verla á una nueva luz que iluminaba con rara claridad partes que hasta entonces le parecieron oscuras. Las atinadas observaciones y las oportunas preguntas que su oyente la dirigía en el curso del relato, más que de interrupción, le servían de aliciente para proseguir éste. Por fin, cuando llegó á su vida de Inglaterra, la condesa apoyó la mano en su rodilla, y la dijo en inglés:

—La suplico que continúe usted en inglés. ¡Me gusta tanto oírlo cuando lo hablan tan bien como usted! Parece que oyendo hablar el idioma de una nación se evoca el país y la gente. Además, mi disculpa para retenerla á usted ha sido la necesidad irresistible de tomar una lección de inglés; y yo no puedo engañar á esas buenas gentes.

Al decir esto rió de corazón, y Eleonora rió también y si-

guió contando en inglés, que poseía como la lengua materna, su historia, y volvió á reír cuando la condesa, que la seguía con la más viva atención, en inglés fluido, sólo con un ligero acento murmuró:

—¡Es precioso! Es un capítulo de Dickens.

Por fin terminó sus episodios de Inglaterra y toda su historia. Lo que restaba no era ya su propia vida, de la cual pudiera hablar, y hablar con gusto: era su vida fatalmente ligada con la de otra persona, un santuario cuyo dintel no tenía derecho á trasponer ella ni nadie, ni siquiera la noble dama que se sentaba enfrente de ella.

—Le doy á usted las gracias. ¡Gracias de todo corazón!—dijo la condesa.—Me ha proporcionado usted una hermosa hora; puedo decir á usted que su aspecto, su carácter, su lenguaje, su voz, todo me ha sido desde el primer momento extraordinariamente simpático. Sin embargo, todo esto no eran más que acordes sueltos; ahora he oído la sinfonía completa, y puedo decir que la amo á usted.

Eleonora trataba de hallar una respuesta. También la condesa calló un rato; después prosiguió en tono dulce:

—Me ha dicho usted, ya lo sé, todo lo que puede decirse. Si usted me ha callado algo que en la vida de una joven es de mucha importancia; si ha callado sobre su corazón, yo sé, por una boca que me es querida, el por qué. ¿Quiere usted decir á una mujer que puede ser su madre, que es vuestra amiga, y aún más, quiere usted decirle una cosa: es vuestro amor feliz?

—Es un amor sin esperanza, enteramente sin esperanza—contestó Eleonora, con voz apagada.

—¡Lo sospechaba!—dijo la condesa.

Y, después de una pequeña pausa:

—Puedo contarle á usted la historia de otro amor sin esperanza. Pues oiga usted:

En Noruega vivió, hace treinta y tantos años, una joven, á quien llamaremos Federica, que también es mi nombre de bautismo. Su familia era, después de la reinante, la primera en el

país, y aun podía preciarse de no menos ilustre que aquélla, pues sus antepasados dominaron en el país en tiempos remotos. Realmente, de su esplendor no le quedaba más que el nombre, que todo noruego pronunciaba, y aun hoy pronuncia, con respeto; por lo demás, el padre de la joven, hija única, no vivía peor ni mejor que cualquier paisano vecino suyo. De cuando en cuando tenía que ir á la corte como representante de su comarca y porque pertenecía á la grandeza del reino. Cuando la hija fué crecida, llevóla con él á la corte. Esto la proporcionó un rudo contraste con su vida habitual. Yo no sé si las gentes tendrían razón, pero las gentes decían que Federica era bella. Supongamos que tenían razón. En todo caso, siempre que se mostraba en público se veía colmada de ardientes homenajes, que si no llegaban á su corazón, ocupaban su fantasía. Nunca volvía á su casa sin haber traspasado algún corazón, como decían sus adoradores. Esto no le gustaba á su padre. Ya no era joven, y quería ver asegurada la suerte de su hija antes de morir; como ya he dicho, era pobre, y deseaba para su hija una felicidad mundana de que él supo prescindir con dignidad. Cuando la joven apareció por cuarta vez en la corte y cumplió los veintiún años, presentóse un pretendiente, que debía ser tomado más en serio, ó, por lo menos, que ella tomó más en serio que los precedentes. No porque fuese más rico que aquéllos, esto no hizo en Federica la menor impresión, sino porque, con su escrupulosa honradez, su infinita bondad, y, no en último lugar, por su indudable y sincero amor, fidelidad y nobleza, parecía garantizar un matrimonio dichoso, si es que existen garantías de esta clase. Dióle respuesta favorable después de una terrible batalla con su corazón, que amenazaba romperse en mil pedazos, pues amaba á otro hombre con ardiente, loca pasión. Este hombre era el hijo de un vecino, unos años mayor que ella. Habían crecido juntos, estudiado juntos, compartido sus aficiones musicales, pues ella era gran aficionada y su alma estaba llena de música. Su padre le envió, para formar su educación musical, pues allí, como entre nosotros, los artis-

tas, sabios, empleados y militares salen casi todos de los aldeanos, primero á Cristianía y Stokolmo; después á París, donde su extraordinario talento hizo furor; así que, realmente, era un hombre célebre cuando volvió entre nosotros... para casarse con una muchacha igualmente hija de un vecino, mi principal y casi maternal amiga. Ella era un año mayor que él, y la amaba hacía largo tiempo, mientras que conmigo no había hecho más que jugar. Poco tiempo después de sus esponsales, á los cuales yo no asistí, mi padre me llevó á Cristianía, y allí nos volvimos á ver. Nos saludamos como antiguos amigos, y él, para estar cerca de su novia, permaneció en el campo con nosotros, reanudando nuestra antigua vida de lecturas y música. Era el hombre más guapo que pueda verse, y no necesitaba de su genio para que las muchachas se enamorasen de él. Revelóme sus mejores talentos. Yo no había vuelto á oír nunca tocar el violín, y yo no sé si, al cabo de unas semanas ó días ú horas, le amaba y él me amaba á mí. Yo lo hubiera sabido, aunque él no me lo hubiera dicho; pero me lo dijo en una hora de transporte, al cual yo pude arrancarme despedazando mi corazón. Ya no podía ser. Su novia, llamémosla Brita, era una criatura sin defecto, era mi amiga, que había hecho infinito bien al niño que perdió prematuramente á su madre.

Y amaba á Hialmar con todo su corazón; rechazó por causa de él más de un buen partido; arrebatársele hubiera sido matarla; yo hubiera preferido robar una iglesia que robarle á ella su prometido. Esto le dije. Él respondió que si Brita no podía vivir sin él, él no podía vivir sin mí; que todo su arte sólo había sido un presentimiento de su amor hacia mí, y que en este amor había alcanzado su cima, que cada vez era más irresistible, y que caería sin fuerzas en tierra si yo no le aceptaba. Yo le dije que lo que yo perdía con él no era para mí lo que para él su arte; pero que más alta que la felicidad, y que el arte, y que todo en el mundo, estaba una buena conciencia, imposible de conservar si se menospreciaba el deber, y los dos sabíamos cuál era este deber. Exigí de él la prueba de que sin

mí no podía ser un gran artista. Debía hacer una *tournée* por Europa con tal motivo. Cuando volviese hablaríamos. Un año después volvió cargado de gloria y oro. No había conseguido realizar la prueba que yo exigía. Los periódicos de todos los países afirmaban que era el primer violín del mundo; pero yo no había vencido aún su pasión, era más fuerte, más salvaje, más absorbente que nunca.

No alargaré la triste historia más de lo preciso para su comprensión. Pasaron tres años, en los cuales mi corazón no tuvo una hora de sosiego; ¡cómo había de tenerle, si contemplaba la lucha que Hialmar sostenía entre su pasión y su deber! Su siniestra profecía de que sin mí declinaría su arte, parecía cumplirse. La pobre, la confiada Brita, poco á poco se fué dando cuenta de la horrible situación, sin tener fuerzas para renunciar á una felicidad de que aun creía poder participar. Yo no tenía derecho á segar esta esperanza por poco que participara de ella. El siguiente cálculo no entraba en mi mente, á pesar de que él se esforzaba por demostrarle. Si Hialmar y yo satisfacemos nuestra pasión, sólo habrá una víctima. Mi eterna contestación era esta: «Yo no puedo ser feliz á costa de Brita.» Al mismo tiempo hubiera sido un terrible golpe para mi leal padre, que no habría podido bendecir semejante unión. Algo decisivo debía ocurrir. Si yo tomé el partido que debía tomar, no lo sé; ¡debemos contentarnos tantas veces con haber querido lo mejor! Pensé que mientras Hialmar conservase una chispa de esperanza, no podría dominar su pasión; y que si yo me casaba, esta chispa se apagaría. Así llegué á ser la novia y luego la esposa del conde.

La condesa calló; llevóse el pañuelo que tenía entre sus manos, en el regazo, á los ojos, y miró persistentemente al campo. Eleonora no se atrevía á moverse, ni siquiera á respirar. Aun cuando la condesa, impensadamente, no hubiera identificado en su propia persona la Federica de su relato, hubiera ella adivinado que la heroína de su historia la tenía ante sí en aquella venerable y amable figura. ¡Y la historia se parecía



tanto á otra que ella podía contar, á veces con las mismas palabras! Esto no podía saberlo la condesa. Sin embargo, parecía como si hubiese puesto delante de Eleonora con mano amiga un espejo en que contemplase su propia faz con un dolor que, sin embargo, ya no era la amargura de antes; parecía como si los años, con dulces alas, pasaran ante ella y refrescasen su abrasadora herida.

La condesa se volvió á mirarla; sus párpados estaban rojos de llanto contenido; pero la voz, que en sus últimas palabras temblaba un poco, era firme cuando prosiguió con una sonrisa:

«Extraña recompensa ¿verdad?, contarle á usted esta triste historia, á cambio de todo su hermoso y agradable relato. Sin embargo, por lo menos, termina mejor que empezó. No he tenido que arrepentirme de mi elección ni un instante; mi marido no era, como no es su hijo, ningún genio; pero sí un buen hombre, en el más bello sentido de la palabra. Y si usted me pregunta que si he sido feliz, la preguntaré yo á mi vez: ¿qué es la felicidad? ¿Ha nacido el hombre para ser feliz? Para la felicidad que presiente en sus años de pasión juvenil, no, ciertamente. Eso es un dulce sueño, del cual ¡ay! se despierta har- to pronto. ¿Y qué es el dolor, cuándo se vence, y qué dolor no se vencerá? Sólo un sueño también al cabo de los años, del cual se despierta para dar gracias á Dios ó no dárselas. Por esto, no debemos ser débiles ni cobardes si queremos vivir. Y si nos preguntamos por fin, ¿y por qué vivir? A menudo me lo preguntaba yo, y sólo he podido hallar una respuesta que, si no disipa toda duda, nos hace llevadera la existencia: para hacer en todo momento lo que tengamos, según nuestro leal saber y entender, por nuestro deber. En el caso de que la existencia sea una invención, no de Dios, sino del diablo, por lo menos le habremos defraudado. Así, pues, no preguntemos si esto ó lo otro nos causa placer ó alegría. Nos habremos emancipado del dolor, y hasta (no tome usted esto por una blasfemia, pues no lo es), si hay un Dios, nos habremos emancipado de él. Hasta

creo que debe ser esto conforme á su divina voluntad: siendo como es, Libre, debe odiar la Esclavitud. ¿Y qué otra cosa son los hombres que buscan el placer y tiemblan ante el dolor, si no esclavos? Hialmar lo dijo con tristeza; pero ya pertenece á la historia; Hialmar era un esclavo. Así como la dicha le daba valor, no podía soportar la desgracia.

Si hubiera sido suya, más tarde ó más temprano se hubiera demostrado esto, y nuestro destino quedaría resuelto. Puede no amarse á una persona á quien se estima; pero si se ama á alguien, debe estimársele. Si hubiera sido el genio que realizaba los ensueños de mi juventud, pues creo que puedo llamarle así sin faltar á la verdad, no hubiera caído en el abismo del vicio nunca.

¿Qué ha sido de Brita? Es la silenciosa y dulce criatura que habéis visto aquí como un buen espíritu doméstico. Dama Brita, como yo en broma la llamo, y como la llaman en serio todos, hasta los criados. Yo no sé lo que será de mí si ella muere antes que yo; pero creo que si yo muero antes que ella, no tardará en seguirme.

Así, pues, termino. ¡Dios mío, sólo me falta mostrarla una cosa! Mostrar lo que parece una persona que ha dominado un amor sin esperanza. ¡Míreme usted una vez siquiera con sus grandes y bellos ojos! ¿Verdad que no tengo un aspecto tan espantable? Eleonora obedeció. Pero no pudo ver aquel noble, pálido y dulce rostro sonriente más que un momento. Después se le ocultó un velo de lágrimas que brotó de sus ojos. Y por fin, resbaló de la silla en que estaba, y cayó de rodillas, sollozando y apoyando su pálido rostro en el regazo, en las manos de la condesa.

—¡Hija mía! ¡hija mía!—oyó que decía la dulce voz sobre su cabeza.—¡Oh, Dios mío! ¡Con qué gusto me llamaría su madre! Prométame usted, prométame una cosa: Si la herida de tu desesperado amor llega á cicatrizarse, y llegará, créeme, y puedes casarte con mi Guido, jamás él te atormentará con una palabra, con una mirada hasta tanto, sino que esperará pacien-

temente, con la fe del creyente, la tierra prometida; si llega ese caso, escíbeme sólo una palabra: ¡que quieras ser mi hija! ¿Quieres?

Eleonora no pudo contestar con palabras, pero hizo un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sellemos el pacto—dijo la condesa. Levantó con sus pálidas manos la cabeza de Eleonora dulcemente, y la besó en la boca.

—Y ahora, en pie, hija mía. Oigo que vuelven. No deben saber lo que ha pasado entre nosotras.

## CAPÍTULO XVI

Una hora después, la generala y sus damas encontrábase de regreso para su casa. Habían vuelto en el coche de la condesa, pero sin que les acompañara Guido, el cual se quedó en Wendelstein. El regreso no fué alegre, á pesar de que todo el camino estaba iluminado, primero, por los últimos rayos del sol, y después por una magnífica luna. La generala, recostada en un rincón del carruaje, parecía dormir, aunque en realidad no hacía sino devorar en secreto la rabia que sentía. Kitti recapitulaba sus conversaciones interesantes con el teniente Trottau, persuadida de que había hecho bien, á pesar de las exhortaciones de su madre, en castigar á Guido por su indolencia. Su *flirtation* con el teniente era un golpe maestro. Sin género de duda, el hermoso joven se había enamorado de ella *prima vista* hasta los tuétanos, y como presunto heredero de su tío, era siempre *Fant de mieux*, un partido aceptable. La había pedido para la noche de la fiesta del lago todos los bailes que tuviera libres, y ella esperaba seguramente «arreglar el asunto» en la primera ocasión. Clementina, por su parte, pensaba en Guido y Eleonora. Henchido su corazón de orgullo, veía en aquellas dos personas queridas sus protectores, á quienes podía ahora ayudar en su felicidad, que consideraba

próxima desde que vió su cordialidad con la condesa. La razonable Eleonora debía comprender que el bueno y excelente Guido, por lo menos valía tanto como el hijo del lord, cuya pálida imagen preocupaba su hermoso corazón desde Inglaterra.

Como la madre y la hija, la una sumida en sus tristes pensamientos y la otra entregada á sus esperanzas, callasen, Eleonora sintióse á gusto con aquel silencio, que sólo rompía de vez en cuando alguna insignificante observación de parte de alguna de ellas.

Cuando bajaron del coche, que debía quedarse allí hasta la mañana siguiente, púsose de manifiesto que á causa del estado de ánimo que reinaba, la tan ponderada hora de conversación de la noche se quedaba reducida á una simple taza de té. Con lo cual separáronse en la sala, marchando la generala y Kitty á sus habitaciones del mismo piso, y subiendo Eleonora y Clementina la escalera que conducía á sus habitaciones.

Clementina renunció con gusto á la conversación de abajo, en la esperanza de una larga charla en su cuarto con Eleonora. Sintióse, por tanto, chasqueada, cuando Eleonora, al llegar á la puerta de su cuarto, se contentó con un «¡Buenas noches, Clementina!», y se despidió con un beso, que á ésta le pareció muy frío.

Aquello no había ocurrido desde que Eleonora llegó, desde que se llamaban amigas. Clementina encendió la luz de su alcoba, que puso sobre la mesa, y se arrojó en una silla llorando. ¿La ingrata, la pícara Eleonora? Pero quizá estaba enferma. ¡Abajo en el vestíbulo estaba tan pálida! O quizá la había molestado la conducta de mamá y Kitty, que también á ella le parecía aborrecible. Ella, ¡ah! ella estaba acostumbrada á este trato, y tenía derecho á que no se la mirara como si no fuera nadie. No tenía la culpa de que su excelencia, el señor de Trottau, la hubiese hecho tan descaradamente la corte, ni de que la condesa la hubiera distinguido, ni de que Guido la prefiriese á Kitty, como ya empezaban á comprenderlo; y Eleo-

nora lo sentía, comprendiendo quizá que en semejantes circunstancias no podía ni quería estar mucho tiempo entre ellas.

Cuando Clementina llegó á esta conclusión, que le parecía indudable, se levantó, y retorciéndose las manos, empezó á pasear por su cuarto. ¡Eleonora se marcharía! ¡Qué sería de ella sin Eleonora! ¡Prefería morir! Sí; era mil veces preferible volver á arrastrar su miserable vida. Seguir siendo tratada por su madre como la última criada, y por Kitti como una débil criatura, cuyos caprichos más groseros quedaban impunes. Debía llamar á la puerta de Eleonora, y arrojarse á sus pies, y decirla: «Eleonora, si tú te vas y no me llevas contigo, corro á arrojarme al lago.»

De pronto sintió algo que detuvo por un momento los latidos de su corazón, que luego golpeó con más fuerza. Había oído en el cuarto de Eleonora un ruido hacia el lado de la escalera que conducía al jardín. No podía ser nadie más que Eleonora; sin duda abandonaba la casa. Tenía de su parte al rentero Bessekow, á quien había hechizado en tres días como nadie ignoraba, excepto mamá y Kitti. A un ruego suyo, habría enganchado el coche, á pesar de lo avanzado de la hora, y la conduciría al pueblo. Allí pasaría la noche en la fonda, y al día siguiente, en el primer tren de Berlín, desaparecería para siempre.

Todo esto pasó como un relámpago por la mente de Clementina, sin pararse á pensar ni un momento en su poca verosimilitud. Debía detener á Eleonora, ó, mejor, huir con ella.

El sombrero y la manteleta se habían quedado abajo, por lo que tuvo que coger un pañuelo, el que primero encontró, que se echó por la cabeza y por los hombros, y voló tras de Eleonora, á quien esperaba encontrar en el pasillo ó en la escalera. Pero debía haber perdido mucho tiempo; el corredor y la escalera, iluminados por la claridad de la luna que por una estrecha ventana penetraba, estaban vacíos, así como la parte de jardín que pudo inspeccionar desde la puerta, que Eleonora había dejado abierta. Pero no cabía duda sobre la dirección

que la fugitiva tomara; dando vuelta á la casa, habría atravesado la plazoleta de delante del portal; ó si, como era de suponer, la había querido evitar, cruzar el jardín por el camino de las puertas laterales, por donde la tarde anterior salieron y volvieron de paseo. De allí se llegaba al camino del campo, del cual distaba la cochera cinco minutos.

Clementina tomó esta dirección, segura de que seguía una buena pista, caminando despacio, sentándose en un banco cuando su corazón palpitaba con demasiada violencia hasta que pasaba el ataque. Además, si el señor Besekow no se daba mucha prisa, debía invertir una media hora en enganchar.

Eleonora no había podido sufrir la cárcel de su cuarto. Ya en el camino, la había acometido el anhelo de saltar del coche y echar á andar entre las sombras de la noche. Todo lo que oyó de labios de la condesa de cumplimiento del deber y de sacrificio, le parecía muy hermoso, y ya se lo había dicho ella cien veces. Pero en el fondo sólo era cobardía y traición al amor, que sólo podía cometer el que no amase de veras, con todas las fuerzas de su alma, con todos sus sentidos. Así, no había podido amar la condesa, era imposible. Pudo renunciar á Hialmar porque su inteligencia dominaba á su corazón, y Hialmar sucumbió porque su corazón era más grande que su inteligencia. La condesa había dicho bien: «hubiera sucumbido también conmigo; pues no era un genio». ¿Cuándo se ha alimentado el genio del verdadero artista de otra cosa que de su corazón? Rompe su corazón, y has roto su genio. ¿Qué objeto tendría entonces toda la suprema sabiduría? Para que Guido tuviera la esposa que amaba, como aman los hombres vulgares, y llevara una vida honorablemente aburrida, era preciso destrozar un corazón que era para ella el centro del mundo.

Estos pensamientos agitaban el alma de Eleonora mientras atravesaba el jardín, á trechos inundado por la deslumbrante blancura de la luna, á trechos sumido en la oscuridad, de modo que la sombra de su cuerpo, tan pronto se dibujaba detrás de ella como se alargaba delante de su paso. No llevaba objeto

determinado. Inconscientemente llegó á la puerta donde la tarde antes, al separarse, la dirigió él aquella terrible mirada de cólera por despedida. ¡De sus queridos ojos! ¡Ah! ¡Mirarle otra vez, sólo otra vez, implorando perdón con la mirada! ¡Y si le perdonaba y le amaba con el amor mortal y anhelante de Norderney, poder morir en un último beso!

El camino terminaba en la puerta, fuertemente defendida por espeso follaje, entre el cual había una especie de gruta con banquillos. Repentinamente, oyóse el débil relincho de un caballo, y en el mismo momento apareció en el camino la figura de un hombre que se dirigía á la gruta. Un grito de loca alegría se escapó de su pecho. ¡No podía ser otro que él! Entonces el hombre extendió los brazos, y ella, con un dulce sollozo de júbilo, se arrojó á ellos, devolviendo sus besos con embriaguez.

Y luego (ninguno de los dos sabía cómo había llegado hasta allí) sentáronse en la gruta, estrechándose el uno contra el otro, diciéndose mil veces, entre besos, que se amaban y que no podían vivir el uno sin el otro.

Después evocaron los dulces recuerdos de los días de Norderney, la tormenta que los juntó, las deliciosas comidas en la mesita del comedor de Otterndorf, entre los mil cachivaches y *bric-à-brac* que le adornaban; con el adusto fondista, que trataba á sus huéspedes con tan ingenua brusquedad, y que tenía á Eleonora en continuo sobresalto de un encuentro entre Ulrico y él; y sus paseos por la isla y su descanso en las dunas ante la perspectiva del mar; él siempre á los pies de ella, de modo que la pudiera ver los ojos; y el último día, la gran excursión á las dunas, donde tan precioso tiempo perdió pintando y donde él no pudo hacer más que mirarla con la boca abierta. ¡Oh! ¡Muda, adorable contemplación! ¿Qué hechizo tenía para que la mirara tanto?

Y lo que el uno y el otro, en esta ó en aquella ocasión, se habían dicho: ¡Qué ingeniosa ella, qué infinitas tonterías él! Cómo habían luchado desesperadamente, cediendo él siem-

pre... no por convicción, por cierto, nunca, sino por cortesía y compasión, con la carencia femenina de lógica y las faltas horrendas de su instrucción fragmentaria. ¡Ni la más pequeña escena ni la más insignificante palabra habían olvidado!

Y después empezó la disputa de quién de los dos había amado primero. Según Ulrico, él, que la amó desde que por primera vez la vieron sus ojos, en lo cual ella, aunque quisiera, no le podía llevar ventaja. Lo único que podía concederle á ella era que hubiese empezado dos minutos después, en el momento en que el viento la arrojó en sus brazos y sintió que no la oprimía más de lo preciso para sostenerla. Caballerosidad que ella recompensaba ahora con un tardío beso.

—Y este es el último, querido. Tengo que volverme á casa. De lo contrario, pudiera sospechar Clementina. Duerme en el cuarto de al lado.

—¡Pobre muchacha! ¿Sabe que nos amamos?

—¡Dios nos libre!

—Pero yo sé de otro. No te inquietes. El hombre no ha divulgado un secreto, pues yo mismo lo he adivinado: el conde Wendelin te ama.

—Al menos, me lo ha dicho.

—¡Traidora! ¿Cuándo?

—¡Oh! Ya hace ocho días, poco más ó menos... en Berlín.

—¿Y tú? ¿Qué le has contestado?

—Que no era dueña de mi corazón. Que amaba sin esperanza. Desgraciadamente. Querido, debes irte; tu Robín se impacienta.

—Déjale.

—¿Y en casa?

—Yo no tengo casa.

—¿Y tu mujer?

—No tengo mujer. Querida: ¿puedes tú creer que mis labios hayan tocado los de otra mujer después que tú los has besado?

—¡No, por Dios, no! ¡No! Déjame esa única dicha.



—Pero esto no puede quedar así.

—¿Pues cómo?

—Es preciso. No debes separarte de mí; debes seguirme. ¿Dónde? ¡A cualquier parte. Lo mismo da; pero debes seguirme! ¡Al momento! El rentero es un buen amigo mío. Nos dará un coche. Mañana temprano estaremos á cien leguas de aquí. ¡Ven, yo te lo suplico: ven!

—¡Ulrico, ten piedad! Mira, yo lo haré si tú quieres; pero tú no debes quererlo.

—Entonces no me amas.

—Más que tú á ti mismo. Si sucediese lo que tú quieres, te convertirías en el más miserable de los hombres.

—¡Más miserable de lo que soy!

—Mil veces más. No olvides, Ulrico, que yo soy tan miserable como tú.

—Tú no lo eres; tú eres libre; no tienes que dar cuenta á nadie; no tienes que contemplar á tu lado la desesperación. ¡Ah!

—¡Pobre, pobre Ulrico mío! Sí, eres más desgraciado que yo; mucho, mucho más. Pero eres un hombre.

—Y he sufrido lo que un hombre puede sufrir. Ya no puedo más.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

Lloraron los dos abrazados. Eleonora fué la primera que se separó.

—Debemos separarnos, querido. Todavía te queda buen camino.

—No voy á casa; al pueblo, á cualquier parte, menos á casa.

—De todos modos, debes partir. Y no debes volver aquí. ¿Verdad que es imposible? Pasado mañana es vuestra fiesta. Creo que nos veremos. Estarás allí. Ya hablaremos. Si no, te escribiré. ¿Puedo?

—Sí, al pueblo: *poste restante*.

—Bien. Te acompañaré hasta el caballo. ¡Ven!

Abandonaron la gruta, enlazados el uno al otro.

Clementina había llegado por un estrecho sendero hasta la

gruta, cuando oyó voces dentro. Detúvose asustada. Sería una pareja del pueblo, que en el parque reservado, siempre abierto, se habían dado cita. Fatalmente tenía que pasar por delante de la gruta ó volver el camino andado. Esto era imposible. Podía darse por contenta si reunía fuerzas para llegar hasta la cochera.

En la gruta de follaje había un agujero. La luna, últimamente cubierta por una nube, iluminaba ahora el interior. Sus rayos fueron á dar en el banco en que estaban Eleonora y Ulrico. Clementina los vió.

—¡Era verdad! ¡Imposible!

Pero no había lugar á duda; podía distinguir todos los detalles de su fisonomía.

Y ahora, en el completo silencio que reinaba alrededor de ellos, oía cada una de sus palabras; palabras dulces, apasionadas, recuerdos, confesiones, juramentos y besos, besos.

Quiso huir; pero su corazón enfermo latía despiadadamente; temía meter ruido al andar, y caer desplomada al primer paso y revelar su presencia. No pudo hacer más que apoyarse en el tronco de un arbolillo con ambas manos, y permanecer así inmóvil. ¿Cuánto tiempo? No lo supo. Le pareció que horas, pero pudieron ser minutos, hasta que abandonaron la gruta.

Aún permaneció inmóvil: Eleonora debía recorrer el mismo camino.

Y volvió, en efecto, la esbelta figura con paso apresurado, pasando tan cerca de ella, que fué un milagro que no la viese.

Después dejó de percibir su elástico paso y pudo arrojarse al suelo, y fijando los abrasados ojos en el suelo, tratar de coordinar en su perturbado cerebro lo que había visto y oído.

Era el amor, no el que tantas veces había leído descrito en los libros, sino el real, de carne y hueso, de dos personas sanas, bellas, que podían beber la dulce bebida hasta apurarla. ¡El amor, del cual ella estaba desterrada, deforme, tullida, con el pie torcido y el hombro aplastado! ¡Ah! ¡Cómo odiaba á Eleonora, á la dichosa Eleonora, la amada de Ulrico! ¡Que le

amaba como se debe amar á un Ulrico, como ella le amaría, como le amaba! ¡Si Ulrico la hubiese dicho á ella: Huye conmigo! ¡Sí, Ulrico, sí, hasta el fin del mundo! ¡Para hacerte feliz, si puedo; si no, para morir! ¡Y no preguntar á nadie del cielo ni del infierno si debía hacerlo!

Y ahora, ¿qué? ¡El lago! ¡Era lo más sencillo; podría arrastrarse hasta allí! ¡O permanecer allí en la tierra húmeda! Moriría antes de que saliese el sol.

Por fin fundióse su rudo dolor en un torrente de lágrimas, y el torturado corazón volvió á sentir su antiguo dulce y amoroso latido. ¡Ah, los dos queridos! ¡Que tan infinitamente desgraciados eran! ¡Si ella los pudiese ayudar! ¡Con gusto daría su vida!

Por eso no podía morir aquella noche. Debía volver á su casa, á su cama. Iría muy despacito para que Eleonora no la oyese.

Y aunque la oyese, ¿por qué no había de haber tenido el capricho de dar un paseo en aquella noche de luna?

¡Ya podía permitírsele este placer á una pobre tullida, aun cuando no tuviese ningún amor secreto, y estar segura de permanecer sola, completamente sola, sola y abandonada, como las piedras del camino... en la hermosa noche de luna!

# PARNASO ESPAÑOL

---

## ALDEBARÁN

---

Rubí encendido en la divina frente,  
Aldebarán,  
lumbrera de misterio,  
perla de luz en sangre,  
¿cuántos días de Dios viste á la Tierra,  
mota de polvo,  
rodar por los vacíos?  
¿Viste brotar al Sol recién nacido?  
¿Le viste acaso cual diamante en fuego  
soltarse del anillo  
que fué este nuestro coro de planetas  
que hoy ruedan en su torno,  
de su lumbrera al abrigo,  
como á la vista de la madre juegan,  
pendientes de sus ojos,  
confiados los hijos?  
¿Eres acaso un ojo del Señor en vela,  
siempre despierto,  
un ojo escudriñando las tinieblas  
y contando los mundos  
de su rebaño?  
¿Le falta acaso alguno?

¿O alguno le ha nacido?  
 Y más allá de todo lo visible,  
 ¿qué es lo que hay del otro lado del espacio?  
 Allende el infinito,  
 ¿dí, Aldebarán, qué queda?  
 ¿Dónde acaban los mundos?

Todos van en silencio, solitarios,  
 sin una vez juntarse;  
 todos se miran á través del cielo  
 y siguen... siguen...  
 cada cual solitario en su sendero.  
 ¿No anhelas, dí, juntarte tú con Sirio  
 y besarle en la frente?  
 ¿Es que el Señor un día  
 en un redil no ha de juntar á todas  
 las celestes estrellas?  
 ¿No hará de todas ellas  
 una rosa de luz para su pecho?  
 ¿Qué amores imposibles  
 guarda el abismo?  
 ¿Qué mensajes de anhelos seculares  
 transmiten los cometas?  
 ¿Sois hermandad? ¿Te duele,  
 dime, el dolor de Sirio,  
 Aldebarán?  
 ¿Marcháis todos á un punto?  
 ¿Oyes al Sol?  
 ¿Me oyes á mí?  
 ¿Sabes que aliento y sufro en esta tierra,  
 —mota de polvo,—  
 rubí encendido en la divina frente,  
 Aldebarán?  
 Si es tu alma la que irradia con tu lumbre,  
 lo que irradia, ¿es amor?



¿Es tu vida secreto?  
¿O no quieres decir nada en la frente  
del tenebroso Dios?  
¿Eres adorno y nada más que en ella  
para propio recreo se colgara?

¡Siempre solo, perdido en lo infinito,  
Aldebarán,  
perdido en la infinita muchedumbre  
de solitarios,  
sin hermandad!  
¿O sois una familia que se entiende,  
que se mira en los ojos,  
que se cambia pensares y sentires  
en lo infinito?  
¿Os une acaso algún común deseo?  
¿Como tu luz nos llega, dulce estrella,  
dulce y terrible,  
no nos llega de tu alma el soplo acaso,  
Aldebarán?  
Aldebarán, Aldebarán ardiente,  
el seno del espacio,  
dí, ¿no es regazo vivo,  
regazo palpitante de misterio?

Tú sigues á las Pléyades  
siglos de siglos,  
Aldebarán,  
y siempre al mismo trecho te mantienen!  
Estos mismos lucientes jeroglíficos  
que la mano de Dios trazó en el cielo  
vió el primer hombre,  
y siempre indescifrables  
ruedan en torno á nuestra pobre Tierra.  
Su fijidez, que salva

el cambiar de los tiempos agorero,  
es nuestro lazo de quietud, cadena  
de permanencia augusta;  
símbolo del anhelo permanente  
nos son esas figuras que no cambian,  
Aldebarán.

De vosotros, celestes jeroglíficos,  
en que el enigma universal se encierra,  
cuelgan por siglos,  
los sueños seculares;  
de vosotros descienden las leyendas  
brumosas, estelares,  
que cual ocultas hebras  
al hombre cavernario nos enlazan.  
Él en las noches de tormenta y hambre  
te vió, rubí impasible,  
Aldebarán,  
y loco alguna vez, con su ojo en sangre,  
te vió al morir,  
sangriento ojo del cielo,  
ojo de Dios,  
Aldebarán!  
¿Y cuando tú te mueras?  
¿Cuando tu luz al cabo  
se derrita una vez en las tinieblas?  
¿Cuando frío y oscuro  
—el espacio sudario—  
ruedes sin fin y para fin ninguno?

Este techo nocturno de la Tierra  
bordado con enigmas,  
ésta estrellada tela  
de nuestra pobre tienda de campaña  
es la misma que un día vió este polvo

que hoy huellan nuestras plantas,  
 cuando en humanas frentes  
 fraguó vivientes ojos.  
 Hoy se alza en remolino  
 cuando el aire lo azota  
 y ayer fué pechos respirando vida.  
 Y ese polvo de estrellas,  
 ese arenal redondo  
 sobre que rueda el mar de las tinieblas,  
 ¿no fué también un cuerpo soberano,  
 sede no fué de un alma,  
 Aldebarán?  
 ¿No lo es aun hoy, Aldebarán ardiente?  
 ¿No eres acaso, estrella misteriosa,  
 gota de sangre viva  
 en las venas de Dios?  
 ¿No es su cuerpo el espacio tenebroso?  
 Y cuando tú te mueras,  
 ¿qué hará de tí ese cuerpo?  
 ¿Adónde Dios, por su salud luchando,  
 te habrá de segregar, estrella muerta,  
 Aldebarán?  
 ¿A qué tremendo muladar de mundos?

¡Sobre mi tumba, Aldebarán, derrama  
 tu luz de sangre;  
 y si un día volvemos á la Tierra,  
 te encuentre inmoble, Aldebarán, callando  
 del eterno misterio la palabra!  
 ¡Si la Verdad Suprema nos ciñese  
 volveríamos todos á la nada!  
 ¡De eternidad es tu silencio prenda,  
 rubí encendido en la divina frente,  
 Aldebarán!

MIGUEL DE UNAMUNO



## PARNASO INTERNACIONAL

---

### EL ALMA ÚLTIMA

---

*(De Catulo Mendes.)*

Ya no quedaban en el mundo altares,  
ya no quedaban dioses en el cielo;  
no había ya, tras la existencia breve,  
eterna vida. Los antiguos sueños,  
disipados, sólo eran inmortales  
para los hombres el Temor y el Tedio.  
Visitaba, no más, chacal inmundo  
la vieja tumba donde largo tiempo,  
juntas las manos, la marmórea estatua  
durmió tranquila, del difunto abuelo;  
y corroída la devota efigie,  
hechos ya polvo los piadosos dedos,  
hasta la profanada sepultura  
olvidó la oración. Nadie el recuerdo  
guardaba de que un alma generosa  
hubiese dicho alguna vez:—«Yo creo».  
Tenaz olvido sepultó por siempre  
las divinas leyendas. Postes hechos  
en figuras de cruz, lonjas de carne  
al comprador mostraban en los puestos  
de los mercados públicos. Cansado

estaba el sol, cruzando el firmamento,  
de iluminar vulgares muchedumbres...  
Un hombre, que venía de muy lejos,  
me dijo:—«Hay en mi patria todavía  
un templo y un altar. Último resto  
de remotas edades, se derrumba  
entre rocas y hiedras, y aún excelso,  
en su ruina majestuosa guarda  
la memoria de un Dios, á quien, incrédulo,  
olvidó el mundo ya».—Dejé yo entonces  
las ciudades sin aras y sin templos;  
dejé los corazones desprovistos  
de Esperanza y Amor, en los que ha muerto  
hasta la misma Duda, y los sosiega  
la Certeza fatal. Pasaron lentos  
los días tras los días. Yo iba siempre.  
Al triste borde de los ríos secos  
las vetustas ciudades perecían.  
Visitaban las ráfagas del viento,  
por los rotos portales penetrando,  
á la callada Soledad, que dentro  
de los viejos alcázares yacía.  
Con firme paso, mi camino incierto  
emprendí, mozo audaz; con pie cansado  
y con trémula marcha llegué al término.  
Coronaban mi sien cabellos blancos  
al llegar al ruinoso monumento.  
Estremecido, atónito, radiante,  
la mustia frente, ya doblada al suelo,  
alcé dichoso ante el altar augusto;  
arrojé un grito de éxtasis supremo,  
y exhalé en aquel grito el alma mía:  
¡para el último dios, último incienso!

TEODORO LLORENTE

## CRÓNICA LITERARIA

---

Ojeada á la dramática.—Balance de la temporada teatral.

Vamos á echar en esta Crónica una rápida ojeada á la temporada teatral. Entre los estrenos verificados en los teatros grandes y chicos desde la *rentrée* ó apertura del otoño, podrá señalarse media docena de obras dotadas de interés literario. De ellas hablaré principalmente en este artículo.

*Las de Caín*, comedia en tres actos de los Sres. D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero, fué la primer obra importante de la temporada. En sí no tiene *Las de Caín* gran importancia, pero en ella se refleja la que han adquirido sus autores en la dramática contemporánea. Los Sres. Alvarez Quintero son de los autores dramáticos más celebrados, y figuran entre los príncipes del trimestre. Su fama es verídica y sólida, fruto del gusto del público, fama espontánea, rodeada del general asentimiento; no de las que fabrica un grupo de intelectuales, una minoría literaria, que son, á veces, famas de más porvenir, pero por lo general de menos presente. Su teatro no es profundo, no agita grandes problemas; pero tiene los dones de la discreción y de la gracia, observación sagaz y animada pintura de las costumbres. No hay que buscar en ese teatro grandes vuelos líricos ni hondos atisbos de la psiquis humana; pero la frescura y la espontaneidad de sus creaciones, la fácil presentación de tipos y de escenas, la maestría con que suele desarrollarse la acción, hace gratas y comprensibles estas obras para los públicos contemporáneos. Gran parte del éxito de los

Quinteros se debe á su consonancia con el público, á que interpretan maravillosamente el sentido estético actual de la burguesía ilustrada, de la clase media social é intelectual. Su teatro no es siempre el teatro de los críticos, pero casi siempre es el teatro del público.

*Las de Caín* es una comedia que tiene un mínimo asunto, si lo miramos desde el punto de vista del interés dramático, del estudio de almas, de los caracteres y las pasiones que forman la base del teatro duradero. Pero ese asunto crece si se considera su generalidad y difusión, y se observa que refleja los cuidados cotidianos de infinitas gentes. En esta comedia se pintan los afanes de un matrimonio pobre para casar á una dilatada serie de hijas. Gracias á ser tantas las hijas casaderas, puede la comedia llenar tres actos, con lo cual queda dicho que el argumento se diversifica en una serie de episodios semejantes, y que el mismo motivo teatral se repite constantemente con diversos personajes.

*Las de Caín* no tiene más argumento ni más enjundia dramática que cualquiera de los sainetes ó zarzuelas cómicas de los Alvarez Quintero, como *La Patria chica* ó *La mala sombra*. De ellas podría sacarse igualmente una comedia en tres actos por el estilo de *Las de Caín*, sostenida á fuerza de factura, de habilidad, de gracia, de un nimio realismo, bien observado, pero sin nada dentro, á la manera de un guiso en que hubiese una ilusión de manjar con una agradable salsa.

Este teatro costumbrista está demasiado apegado á lo presente; es demasiado histórico y actual para que dure. Citemos el ejemplo ilustre de Bretón de los Herreros. ¿A quién no fatigan ya sus comedias? ¿Cuán envejecidas no parecen? Probablemente ese es el destino del teatro de los Quintero, que no es al cabo tan mal destino, puesto que habrá disfrutado del aplauso de una generación.

Muy inferior á *Las de Caín* es *La Nube*, de D. Ceferino Palencia. *La Nube* es un drama anticlerical. El carácter social del teatro lleva á él á veces el eco de las disputas de la calle ó

de la agora, que diría un clásico. La escena se convierte en ocasiones en tribuna, pocas veces en provecho del arte, frecuentemente en su daño. El Sr. Palencia es un autor dramático muy estimable, que tuvo sus horas de éxito. Es á la vez empresario del Teatro Español en una interinidad nada gloriosa, que empezó con *La Nube* y acabó con un mediano arreglo del vaudeville *Encárgate de Amelia*, representado, sin duda, á la mayor gloria del Teatro Nacional, que ahora nos ocupamos en fomentar. La naturaleza de empresario ha vencido á la de autor en *La Nube*. Es una obra que, salvando el sagrado de las intenciones, parece escrita con vistas á la contaduría, pensando en los éxitos de *Electra*, de *Ruido de campanas* y *Las bribonas*. El Sr. Palencia se ha equivocado de medio á medio. No ha tenido en cuenta que *Electra*, además de llevar impresa la garra de león de un autor como Galdós, en plena fama de novelista y dramaturgo cuando la escribió, nació en un momento especialmente propicio, en que la atmósfera de la calle estaba cargada de esa electricidad en que fácilmente se desarrollan los entusiasmos escénicos y oratorios. No ha considerado tampoco, que si la tesis anticlerical puede resultar divertida con música de Calleja ó de Lleó y con la colaboración de unas cuantas tiples bonitas, vestidas con trajes sugestivos, y de unos números de *machicha* ó de *cake*, á palo seco, sin estos aderezos, no entretiene ni conmueve á las gentes, á menos que esté hecha con arte. Descubrámonos ante *Los malhechores del bien*, obra que, sin ser propiamente anticlerical, pertenece á esa tendencia, en cuanto satiriza el tartufismo y la práctica indiscreta y fanática del bien. *Los malhechores del bien*, y pongo este ejemplo para demostrar que no me asusta esa tendencia, ni influye en mi juicio la orientación política ó religiosa del teatro, tiene lo que le falta á *La Nube*: un profundo sentido de observación, gracia alada y aguda, poesía sentimental, maestría dramática; en una palabra, arte. El éxito teatral de los dramas y comedias anticlericales, como el de todos los dramas y comedias, depende de sus condiciones literarias y escé-

nicas, no de su tesis; de lo dramático, no de lo anticlerical. Por eso *La Nube*, como obra drámática, estaba condenada á irremediable fracaso.

Es una obra anticuada, que nos lleva á los tiempos de Eugenio Sué. Pero ¡qué diferencia entre Sué y estos sus continuadores modernos! Al menos, poseía él en máximo grado el ingenio folletinesco, y sabía revestir á sus jesuítas de la aureola de una temible potencia oculta. El jesuíta de *La Nube* es una caricatura, un personaje completamente ridículo, cuyo arte de intriga se reduce á inducir á una criada á que emplee los periódicos liberales en chamuscar una gallina, y á captarse la voluntad de un librepensador muy mal criado, acompañándole, de sotana y todo, ¡á cazar codornices! Además de su pesadez escénica y de su vulgaridad, *La Nube* revela un completo desconocimiento del problema del clericalismo en España. Las mujeres son allí los espíritus despreocupados; el tópico manido de la oposición entre el clero secular y el regular hace también de las suyas. ¿Conocerá el Sr. Palencia las asambleas de la buena prensa y los periódicos integristas y carlistas, donde generalmente son curas y no frailes los que dan la nota de la más extremada intransigencia? ¿Tendrá idea del espíritu del clero rural? Conteste quien haya visto *La Nube*, y haya observado un poco la realidad española. Por otra parte, el cura de aldea del Sr. Palencia es una figura completamente convencional: Pérez Escrich y Víctor Hugo echados á perder, y perdone el autor de *Nuestra Señora de París* el emparejamiento.

La representación de *La Nube* ha demostrado también que los efectos del bombo periodístico son mucho más limitados de lo que se cree. Desde antes del estreno, á raíz del estreno y mientras han durado las representaciones, el parche no ha dejado de sonar en obsequio de esta obra, pero han sido vanos sus redobles y llamamientos. Suelos de contaduría, artículos de crítica benévola hasta la ceguera, reproducción de escenas, nada ha faltado para crear en torno de *La Nube* una atmósfe-

ra de notoriedad. Todo ello ha sido ineficaz para atraer el voto favorable del público ó siquiera público. La obra se ha sostenido trabajosamente en los carteles. Y es que el público es menos necio de lo que se supone, y no comulga con todas las ruedas de molino que se le presenten.

Benavente, el primero de nuestros autores dramáticos en la actualidad y uno de los primeros dramaturgos europeos si le ayudase la difusión de nuestra lengua y literatura, ha dado tres obritas á la escena: *El marido de su viuda* (representada en el Príncipe Alfonso), *La casa de la dicha* (en el Ideal Polístico) y *La fuerza bruta* (en Lara). *El marido de su viuda* es una obra insignificante en el teatro de Benavente. Es un *vau-deville* comprimido, de corte enteramente francés, y que hubiera ganado desenvolviendo el asunto en dos ó tres actos, en vez de reducirle en los breves límites de uno no largo. El asunto es muy cómico. El posesivo *su*, en *El marido de su viuda*, indica que el difunto tiene bastante importancia para seguir absorbiendo, aun después de muerto, la representación de la que fué su mujer. La heroína de esta novela está casada, á la vez que con un hombre vivo, con una sombra, con un prestigio. Se puede decir que, después de casada en segundas nupcias, sigue siendo viuda, la viuda del hombre célebre. En esta situación, un poco ridícula para el segundo marido y un tanto difícil para la mujer, está basada la comedia. El personaje más gracioso de ella es, sin duda, el segundo marido, admirador del primero, hasta el punto ser el más penetrado de que su mujer es *su* viuda, la viuda del hombre famoso de quien él fué satélite, sin perjuicio de cortejarle la señora en vida. Tiene esta obra pinceladas demasiado gruesas que disuenan del fino ingenio de Benavente, tan delicado y sutil psicólogo por lo general. Es obra entretenida, pero epidérmica, superficial, de un cómico algo tosco, sobre todo para la firma que lleva.

*La casa de la dicha* es un intenso drama, concentrado en muy pocas escenas. Habíase publicado ya en la colección de obras dramáticas de Benavente, y su lectura me produjo honda

emoción, reproducida al ver la obra en escena. Aquí encontramos en toda su plenitud el genio dramático del autor de *Los intereses creados*, el cual, con elementos sencillísimos, ha sabido construir un drama verdaderamente conmovedor, de avasallador interés dramático. Todo es allí sencillo, natural, humano, observación de la vida. El dolor se presenta sin afeites, ni máscara trágica, y por eso nos impresiona más su terrible belleza. En *La casa de la dicha* vemos una fugitiva visión de felicidad doméstica, amenazada por un fatal misterio. Vemos allí la casa feliz, envidiada por los vecinos; el matrimonio modelo que se mira en la hija única, una chicuela encantadora; el marido trabajador y cariñoso, la mujer hacendosa y amante, la holgura del hogar, el dulce calor de una intimidad dichosa. Ese es el cuadro que nos ofrece al empezar *La casa de la dicha*. Y he aquí que de repente resulta que el marido modelo es un falsificador de billetes. Un soplo trágico barre la ilusión de la casa de la dicha; los padres presos, la niña abandonada, toda aquella apariencia de felicidad destruída por una realidad amarga y desconsoladora. El contraste no puede ser más dramático, ni se puede pintar mejor que ha pintado Benavente en este breve drama lo falaz y engañoso de las apariencias de la dicha. ¡Hay tantos felices por fuera que llevan dentro una inmensa angustia, una zozobra, un drama interior que no se ve debajo de su sonrisa! La sencilla acción de esta obrita está desarrollada con verdadera maestría, y el conjunto resulta de una asombrosa objetividad, de un realismo insuperable.

*La fuerza bruta* es, hasta el momento en que escribo estas líneas, el éxito más legítimo de la temporada. Ha hecho llorar á mucha gente, en época en que las lágrimas son difíciles y no se rinden así como así á los simulacros del arte. Es una comedia dramática, compuesta de dos elementos que no suelen andar juntos; un elemento satírico, de observación y crítica de costumbres, y un elemento sentimental. En el primer cuadro de esta obra traza Benavente un animado cuadro, rebo-



sante de realidad y de gracejo, de las costumbres de una *troupe* de circo. Allí todo es donaire, sagaz y penetrante observación de tipos. El segundo cuadro es de una intensa poesía idealista. Uno de los artistas de la *troupe* ha quedado inútil en un ejercicio peligroso. ¿Qué va á ser de él? Joven, robusto, imprevisor, no ha pensado nunca en lo porvenir, en la eventualidad de una desgracia. Sus compañeros le compadecen, le auxilian en la medida de sus fuerzas, pero les es forzoso abandonarle. La errante *troupe* tiene otras contratas, y no puede llevar consigo á un hombre inútil. Pero hay quien no abandona al inválido: es una mujer que le ama y es amada por él. Nell se separa de la compañía para atender al pobre gimnasta inutilizado, y hasta realiza el milagro de llevar consigo, para formar un embrión de compañía de saltimbanquis vagabundos, á un su enamorado platónico, que se sacrifica con una nobleza de ánimo rara en la realidad. El inválido quiere rechazar aquel sacrificio, que le hace feliz, pero le humilla, y es una hermana de la Caridad del hospital donde ha sido asistido quien le convence de que debe aceptar; de que debe desoir las sugerencias del orgullo; de que no es tan inútil como parece, aunque haya quedado inhabilitado para sus ejercicios. Algunas inverosimilitudes hay en este cuadro. Acaso la hermana de la Caridad tiene una filosofía demasiado mundana y tolerante para su estado; acaso Nell tiene una incomprensible crueldad cuando hace creer al hombre por quien se sacrifica, que le abandona como todos. Mas la belleza y la elevada poesía del conjunto aparta la atención de estos pormenores. La misión del idealismo en el arte es embellecer y sublimar la realidad. Los pequeños reparos que podrían hacerse á una obra que tan hondamente hiere la fibra sentimental como *La fuerza bruta*, si la examinásemos con frialdad analítica, desaparecen y se funden en la intensa emoción del espectador.

Dos obras de ambiente histórico se han representado en el Español: *Gerineldo*, poema de amor y caballería, de los señores Castro y Alarcón, y *La Corte de Carlos IV*, adaptación á

la escena del primer episodio nacional de Galdós, llevada á cabo con más estudio que fortuna por el Sr. López Roberts, que ha conquistado un puesto distinguido entre los novelistas jóvenes. *Gerineldo* no es una obra histórica propiamente dicha. Es el espíritu del romance caballeresco llevado al teatro. Sus fuentes son tres de los más celebrados romances: el de Gerineldo, el paje ó camarero polido, el del Conde Sol y el del Conde Claros de Montalbán. Para dar alguna unidad á este tríptico romancesco, los autores han atribuído las aventuras á un mismo personaje. Además de la bella y brillante versificación, es de alabar en esta obra el instinto dramático con que están tejidos los materiales, algo heterogéneos, aunque conformes en lo sustancial del espíritu legendario, que han tomado de la inagotable cantera de los romances caballerescos los señores Castro y Alarcón. Una obra de esta especie no puede ser juzgada con el mismo criterio que una comedia realista ó un drama estrictamente histórico, ligado á sucesos ciertos y que tienen una precisa determinación de tiempo. Hay que apreciarla con el espíritu del Romancero y de la Caballería, que no nos da una visión histórica precisa (hablo del Romancero caballeresco), sino un ambiente de época poetizado. ¿Qué es la leyenda sino la versión poética del espíritu de una época? Eso es *Gerineldo*: una leyenda dramática basada en el Romancero, y por eso no sería discreto aplicar á su examen estrictas medidas históricas. Basta con que nos dé, como efectivamente nos ofrece, la emoción de lo caballeresco tal como se les representaba á los poetas, y por conducto de ellos al público, cuando ya la caballería medioeval iba convirtiéndose en un recuerdo y un mito poético.

Mejor representado, y contando con un público más culto y más aficionado á la historia que el nuestro—que en el teatro suele ser un público actualista,— *Gerineldo* hubiera podido durar largamente en los carteles.

*La Corte de Carlos IV* es un ensayo dramático poco feliz de un literato distinguido. Lo que falta precisamente en esta

obra es técnica y habilidad dramática; no se ha operado en ella con fortuna el tránsito de la novela al teatro. Por seguro tengo que, leída, agradará más que representada la obra del Sr. López Roberts. Mucho contribuyeron, sin duda, al fracaso de esta obra, que sin ser una maravilla ni mucho menos, no era más indigna que otras de la tolerancia y la paciencia del público, lo deficiente de su interpretación y la falta de afición á la historia y de conocimiento de ella por parte del público. Evidentemente, ese período interesantísimo de la historia de España, en que se destaca la privanza de Godoy, y al que prestan tan dramáticos episodios el proceso del Escorial y el motín de Aranjuez, no interesaba al público que asistió al estreno de *La Corte de Carlos IV*. Quizás tenía de él muy vagas noticias. Hay en esta obra, como principales componentes, un cuadro de costumbres goyescas; duquesas con alma y desenvoltura de majas que enamoran á comediantes y caballeros; escenas de farándula y galantería, que sirven de fondo al drama de amor y celos de Isidoro Máiquez, enamorado de la Duquesa Silvia; drama que es como la cristalización individual de ese ambiente, y hay también el marco externo y público de la historia, las intrigas de la Corte, la lucha entre los partidarios del Príncipe Fernando y los de la Reina y Godoy en torno á la desdibujada figura de Carlos IV asistiendo indolente y soñoliento al ocaso de un régimen y al desprestigio de una Monarquía.

El Sr. López Roberts, que ha seguido con fidelidad á Galdós en lo tocante á los amores de Máiquez y Silvia, ha querido dar mayor relieve é importancia al cuadro histórico. Ese ha sido su error, porque las aficiones del público no van por ese camino. De ahí, que en las escenas mejor construídas de la obra, aquella en que Carlos IV, de regreso de una de sus cotidianas cacerías, se duerme escuchando el manifiesto en que se explica á los españoles el desenlace del proceso del Escorial, y aquella otra en que María Luisa reconoce y llora su envejecimiento, su decadencia de mujer, escena conmovedora y poética, el público *no entrase*, como se dice en la jerga teatral.

Nuestro público es, por lo general, un público anti-histórico. No le interesa en los dramas y comedias históricos más que la ropa. No sería justo, sin embargo, culpar al público en absoluto del fracaso de *La Corte de Carlos IV*. Es una obra lánguida, desmayada, sin vigor, escrita con discreción y galanura, pero que no ha acertado con la fórmula dramática. Con todo, creo que una obra semejante, con los mismos defectos, hubiese despertado mayor interés en Francia ó Alemania.

*Pedro Minio*, comedia en dos actos, de Pérez Galdós, fué escuchada en el teatro Lara con el respeto á que tantos títulos tiene el eminente novelista y dramaturgo. Pero ¿es que no se les debe la verdad á los genios? *Pedro Minio* es en el teatro de Galdós, del cual he sido uno de los más ardientes defensores, la obra más desdibujada é incolora. Es una comedia en que se refleja la tristeza del espectáculo de la vejez, que es su asunto. Encierra bellas y elevadas ideas. ¿Quién no aplaudirá la protesta contra el régimen semicarcelario de los asilos? ¿Quién no se sentirá conmovido por la aspiración á conservar la lozanía de la ilusión, el amor á la vida, hasta en el ocaso de la existencia? Pero aun en el teatro de ideas, las ideas por sí solas no dan el triunfo, necesitan encarnar en una adecuada representación dramática. El asilo presentado por Galdós, en que los pobres ancianos recogidos se divierten, tienen teatro, moneda convencional y hasta lotería, es una triste parodia de las alegrías de la vida, y da la sensación de una casa de locos. El flirt ó galanteo entre el sesentón Pedro Minio y la cocinera asilada, á pesar de la ternura que ha querido poner el autor en ese idilio de viejos, tiene también algo de grotesco, de un grotesco triste, de Tenorio con canas y arrugas, que se resiste á la pérdida irreparable de la juventud. Canas y arrugas tiene también la comedia, como si en ella se reflejara intensamente la sensación de ocaso irremediable de su asunto, en que juegan los personajes la farsa de la ilusión y de la alegría, cuya crítica hace la mera contemplación de los rostros seniles de los personajes. El contraste del millonario enveje-

cido prematuramente, con la verde vejez de Pedro Minio, no basta para despejar la atmósfera opaca, gris y pesada de esta obra. La impresión que deja *Pedro Minio* no es aquella impresión optimista que ha buscado el autor, de la juventud perenne de las ilusiones. Esa juventud resulta contrahecha, afectada, vencida por la realidad, donde las horas son inexorables. Aunque Pedro Minio siga figurándose que es un conquistador, harto vemos que no es más que un viejo alegre, y sus alegrías tienen algo de triste y de burlesco. Cada edad pide lo suyo, tiene distintos sentimientos y costumbres. La vejez, por mucho que haga, no robará á la juventud su gallardía, que en ella embellece lo que en un anciano es ridículo.

Pedro Minio tiene la lentitud propia de las obras en que hay más intelectualismo que pasión y, en general, del teatro psicológico. Encierra bellezas parciales, como obra de tal autor, pero el conjunto no está á la altura de otras obras de Galdós.

Podría prolongar esta reseña hablando de *Mi cara mitad*, una honrada comedia burguesa de Ramos Carrión, que hace años hubiera gustado mucho, y que tiene su correspondiente moraleja contra el despilfarro y el lujo; de *Lo que no muere*, de los señores Alonso y Manzano, comedia discreta, bien hecha, pero de esas en que todo está tan visto, que nos dan la sensación de haber asistido á esa misma comedia infinitas veces; de *Sherlock Holmes*, arreglado por el Sr. Melgarejo, melodrama policíaco muy inferior á *Raffles*, y que es, como éste, una traslación del folletín al teatro. Sólo añadiré, por tratarse de un autor nuevo en el teatro, unas palabras acerca de *Nochebuena*, de D. Eduardo Zamacois, estrenada en Romea, después de escrito lo que antecede en esta Crónica. El Sr. Zamacois es conocido como cronista y novelador. Con esa obra ha hecho sus primeras armas en el teatro, y las ha hecho con fortuna, revelando certero instinto de la escena, además de las dotes de observación que por igual pueden aplicarse á la novela y el teatro.

El asunto de *Nochebuena* hubiera parecido atrevido hace algunos años, cuando parecía atentatorio á las conveniencias escénicas el sacar mujeres galantes al teatro, entre las *dramatis personæ*. Pero los novelistas y dramaturgos nos han curado de espanto. Todavía, sin embargo, á una parte del público le parecería osado el asunto si la obra se representase en un teatro menos popular que el de Romea. Esta *Nochebuena* es la de una pecadora elegante, que en esa noche, consagrada á la intimidad del hogar, se queda sola, aburrida, contrariada, triste. El protector, los amigos, el amado, hasta la misma doncella, cenan en familia, y dejan sola á la *cocotte*. Al gabinetito solitario y silencioso de la hermosa llega el alegre bullicio de la calle, el estrépito de panderos y zambombas, el desgarrado són de los villanciscos callejeros. Por medio de este contraste ha querido pintar el Sr. Zamacois la parte de dolor y de soledad afectiva que hay en la existencia de estas brillantes mariposas del placer.

No encierra sólo *Nochebuena* esta nota sentimental, que el autor ha contenido en discretos límites, sin hacerla lacrimosa y afectada. Encierra una sagaz observación del mundo galante. Las figuras de las *cocottes*—la heroína y sus amigas—están llenas de vida, son de un sobrio y seguro realismo, que recuerda el ambiente de *Todos somos unos*, de Benavente. La influencia del teatro benaventiano es manifiesta en la comedia de Zamacois, á quien no se podrá acusar de escoger mal sus modelos.

Cierto que la soledad de la pecadora es algo convencional. Ni en *Nochebuena*, ni en ninguna otra fecha de las que consagra el calendario doméstico, faltan en una ciudad populosa como Madrid hombres de placer, juerguistas, desgarrados de su hogar ó ausentes de él, muy dispuestos á hacer, en una alegre *reveillon*, la parodia de la cena familiar. Pero algo hay que conceder á la ficción dramática. El Sr. Zamacois ha hecho una obra que conmueve é interesa, y ha sorteado con habilidad y delicadeza los escollos del asunto.

En esta breve reseña, que casi es enumeración, he prescindido, fuera de alguna alusión accidental, de la interpretación de las obras mencionadas, con ser punto tan importante en el teatro y de tan notoria influencia en el destino de las comedias. Exigiría otro tanto espacio ese examen. Además, el juicio de la representación de las obras dramáticas está muy ligado á la actualidad. Por eso he preferido hablar de las obras en sí, suponiendo para juzgarlas una interpretación justa y aceptable, que no es poco suponer.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—HIGIENE EDUCATIVA: Prejuicios educativos perjudiciales.—HISTORIA: El lema: «Libertad, igualdad, fraternidad».—FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA: Las glosolalias y su interpretación psicológica.—CRÍTICA: Mauricio Barrés pintado por sí mismo.—COSTUMBRES: Las mudanzas.—LITERATURA: Las peripecias de un verso dantesco.

## HIGIENE EDUCATIVA

PREJUICIOS EDUCATIVOS PERJUDICIALES.—Se trata de un libro del Dr. Toulouse, que Emilio Faguet recomienda en *La Revue*, no porque esté bien escrito, ni menos por su originalidad ó su profundidad, pues nada tiene en ese sentido de particular, sino por estar inspirado en el buen sentido, y sus conclusiones son de provechosa aplicación práctica. El libro se titula *Cómo formar un espíritu*; título algo petulante, que pudiera ser reemplazado, según Faguet, por el de *Pequeña contribución al arte de la educación*, ó simplemente por el de *Manifiesto contra una docena de errores corrientes*.

Es, en efecto, muy buen consejo el de recomendar á los niños que observen, en lugar de contentarse con afirmarles verdades autoritariamente. Nótese que el niño de cuatro á siete años es profundamente observador; es la edad de los *por qué*, que indican el espíritu observador del niño y su deseo de darse clara cuenta de sus observaciones. ¿Por qué, desde los siete ú ocho años, cesan los *por qué*s del niño? Porque nuestra educación les extravía, apartándoles del método espontáneo que hasta entonces habían venido empleando.



Dice Toulouse que «se puede sentir poco más ó menos lo que se desea sentir», afirmación que deja á Faguet completamente *ébouiffé*, aunque reconoce que la intervención de la inteligencia en la dirección del sentimiento para apartarle insensiblemente de su curso natural, es cosa muy buena y en ciertos límites bastante práctica. Toulouse aconseja suprimir la manifestación externa del sentimiento para reprimirlo. Es posible que esta sofocación redoble la viveza interna del sentimiento así reprimido exteriormente; pero poco á poco llega uno así á dominar sus impresiones, comenzando por los sentimientos menos vivos y concluyendo por los más violentos.

También es buen consejo el relativo al trabajo: «Hay que trabajar con lentitud, y con más calma cuanto más se tenga que hacer.» La lentitud *sin detención* hace ganar tiempo. Dupuytren decía á veces al empezar una operación: «Esta operación exige unos veinte minutos, y no tenemos más que un cuarto de hora; no nos precipitemos. La prisa por acabar es la que impide acabar.»

Faguet bendice á Toulouse, y nosotros unimos á las suyas nuestras bendiciones, por haber protestado contra el exceso y casi contra el uso de los ejercicios físicos. El axioma de los cursis: «hay que hacer que descansa el espíritu por medio de ejercicios corporales», no se sabe el número de enfermos que ha producido. La fisiología burguesa suponía que mientras el cuerpo se fatigaba, el espíritu descansaba. Los fisiólogos serios nos han prestado un buen servicio, demostrando que el esfuerzo muscular fatiga el cerebro, y por lo tanto, el intelectual que después de seis horas de trabajo cerebral hace otras seis horas de ejercicio muscular, aumenta su fatiga cerebral. Las mujeres hacen en general menos ejercicio corporal que los hombres, y viven más. «Para estar bien, conviene poco ejercicio físico.» El aire puro y el desentumecimiento, mediante un paseo de una hora diaria, es lo que necesitan los intelectuales. Los juegos y ejercicios musculares deben reservarse á los que no viven de la inteligencia.

El Dr. Toulouse no se cansa de repetir, y hace bien, que la castidad no ofrece absolutamente ningún peligro. El hombre sólo tiene tres verdaderas necesidades físicas: comer, beber y dormir. Las demás funciones son *funciones de lujo*, necesidades intelectuales, de imaginación, y nada más, aunque tan arraigada se halle la creencia contraria.

Tiene también razón Toulouse en criticar el empeño de muchos padres en enviar á los colegios, escuelas ó Institutos á los incapaces de enseñanza colectiva, que se conocen con el nombre de *retrasados*. Su escasez de inteligencia se agrava con la educación común, con las heridas de amor propio, y llegan al completo abandono por el convencimiento de la propia inutilidad. Para esos seres está indicada sin vacilación la educación privada, ó al menos—y esta es indicación que no hacen Toulouse ni Faguet—la educación en Colegios especiales, semejantes á los establecidos para los anormales, donde se sacaría todo el partido posible de los rezagados, hasta ponerlos al nivel de los normales.

No está Toulouse tan acertado al aconsejar que «no se debe llevar al ejercicio de la actividad ninguna parte de emoción, ningún esfuerzo de sentimiento». Si así fuera, no se haría nada ó se haría muy poco, pues lo que aligera el peso del trabajo es el placer con que se realiza; el trabajo sin emoción es el hastío. Si Toulouse quiere decir que no se debe trabajar con ansiedad, con angustia, con temor febril de hacerlo mal, eso es otra cosa; y así hay que pensarlo, pues Toulouse añade: «Se posee la buena técnica cuando algunos instantes después de haber suspendido un trabajo absorbente, se puede no pensar en él á voluntad.» ¡Muy bien! Los que tienen esa facultad están á salvo: los que carecen de ella están en peligro. Pero eso no quiere decir que durante el trabajo no deba sentirse ninguna emoción; los hombres de buena constitución intelectual son los que sienten una viva emoción (de investigación, de busca, de hallazgo, de nueva busca, de sensación, de progreso, etc.), durante el trabajo, y luego tienen el dón de no

pensar más en él en cuanto llega el momento en que lo suspenden á voluntad.

En lo que está acertadísimo Toulouse es en el modo con que distribuye el tiempo dedicado al descanso. Es absurdo, según Faguet, el descanso prolongado por largos períodos, un día por semana, ó un mes ó dos por año. En esos períodos, ó se aburre uno, ó se adopta otro género de trabajo, y es dudoso que el cambio de trabajo sea reposo; es una distracción que da la ilusión del descanso, pero no la realidad. La naturaleza no obra así, y hay que imitar á la naturaleza. La fórmula de Toulouse para el caso consiste en «acercarse lo más que se pueda á las condiciones en que trabaja el corazón». Es un error creer que el corazón no descansa nunca; descansa después de cada esfuerzo; se detiene después de cada contracción esperando á recobrar su vigor, como si no hubiera latido nunca. Y eso es lo que debemos hacer: muchos pequeños descansos. Sucede con el descanso lo que con las comidas, y precisamente por las mismas razones, puesto que el reposo es la reconstitución de la actividad.

Viniendo á términos concretos, Toulouse y Faguet aconsejan que, en lugar de descansar diez y seis horas los domingos, se descansen cuatro medias horas al día; es decir, que la jornada de trabajo de diez horas debe cortarse por cuatro descansos de media hora; en lugar de las vacaciones de uno ó dos meses después de diez ú once de vida intensa, deben repartirse esos treinta ó sesenta días seguidos en sesenta ó en ciento veinte medios días de *dolce far niente* entre todo el año. ¿Qué diríamos de un hombre que trabajara seis años de un tirón, y luego descansara un año entero? Pues algo semejante es lo que venimos haciendo con nuestros domingos y nuestras vacaciones.

No; eso sería forzar el argumento, y forzándolo también en sentido opuesto, se llegaría á conclusiones que harían imposible todo trabajo serio. La fórmula de los pequeños descansos está bien; pero no hay que traducirla tan literalmente, y cada

cual debe aplicarla como sus condiciones individuales requieran: se debe descansar en cuanto se sienta la fatiga, y en todo caso no trabajar nunca más de dos horas seguidas, especialmente cuando se pasa de los cuarenta años, pues si antes se ha podido abusar sin grave trastorno, después todo exceso se paga, y la medida normal es esa.

Faguet felicita calurosamente á Toulouse por insistir con energía contra el sistema de ocultar á los adolescentes todo lo relativo á las relaciones sexuales, accidentes que de ellas pueden resultar, enfermedades que ocasionan, etc. Dejar que los niños lleguen á saber esas cosas por la enseñanza mutua es una cobardía, cuyos resultados espantan. Es preciso, según Toulouse y Faguet, que los niños, llegados á la edad de la pubertad, varones ó hembras, sean informados seriamente, gravemente, hasta tristemente, pero completamente, de todas esas cuestiones. Es preciso, sobre todo, que no las lleguen á saber por medio de confidencias, mezcladas siempre, más ó menos, con fines de depravación. Las madres deben instruir á las hijas, y los padres á los hijos, al llegar á la edad de la pubertad, y para ello nada mejor que encajar esas enseñanzas en un cuadro general, donde, hablando de antropología, se dedique una lección á las relaciones sexuales; hablando de higiene, se consagre otra á los cuidados necesarios, averías posibles, etc.

En principio hay que convenir en que Toulouse y Faguet tienen muchísima razón: todo, en efecto, antes que el aprendizaje por confidencias corruptoras, que despiertan apetitos y sensaciones que llevan más ó menos directamente á la depravación, con gravísimo daño de la salud y de la pureza del alma y del cuerpo. Pero, ¡cuán difícil es, aun para los que aceptan este modo de pensar, hallar la ocasión y el modo de hacer esas revelaciones! Jamás daríamos para ellas una regla general: cada padre y cada madre, estudiando á sus hijos, vigilando sus palabras y sus actos, debe espiar el momento oportuno, é ir preparándolo poco á poco, con suavidad, con lec-

turas adecuadas, para amortiguar el golpe y evitar en lo posible los muchas veces funestos resultados de tales conocimientos.

## HISTORIA

EL LEMA «LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD».—La divisa de la República francesa es la que expresan las tres hermosas palabras—no pasan casi nunca de palabras:—«Libertad, igualdad, fraternidad». Esta República las ha heredado de la República anterior, la de 1848, cuyo Gobierno provisional la adoptó en su primera proclama al pueblo, el 24 de Febrero, disponiendo dos días después que se inscribieran en la bandera tricolor.

¿Ha sido también esa divisa la divisa de la Revolución y de la primera República? Así se venía creyendo; pero Aulard ha dedicado al examen de este asunto un erudito trabajo en la *Revue Bleue*, y de él resulta que la elaboración del lema ha sido menos sencilla de lo que veníamos creyendo.

Realmente, ni la Revolución ni la primera República tuvieron divisa ó lema oficial, pues ni la Constituyente, ni la Legislativa, ni la Convención adoptaron, ni menos impusieron, divisa ninguna, como lo hizo el Gobierno provisional de 1848. Hubo, sí, usos ó prácticas determinadas, pero nunca se llegó á la adopción de un lema. Así, por ejemplo, cuando la ley de 22 de Diciembre de 1789 formuló el compromiso de fidelidad «á la nación, á la ley y al rey», se pusieron á veces á la cabeza de ciertos documentos las palabras: «La Nación, la Ley, el Rey», que formaban como una especie de divisa, como otras veces se ponía: «Vivir libre ó morir».

La primera palabra aceptada por todos, como consecuencia de la Revolución, fué la de *libertad*. Todos los franceses eran libres, pero no todos eran iguales; el censo los dividía en ciudadanos *activos*, con derecho á votar, y *pasivos*, sin ese derecho. El golpe de Estado del 10 Agosto de 1792, que derribó

á Luis XVI, suprimió aquella distinción, y la libertad vino entonces á robustecerse con la *igualdad*, dictándose el 14 de Agosto un nuevo juramento cívico, en el que se afirmaba la fidelidad á la Nación y el mantenimiento de la Libertad y la Igualdad. La ley de 25 de Agosto del mismo año, que ordenaba la acuñación de nuevas monedas, consagraba también las dos palabras, aunque invirtiendo el orden, pues disponía que la leyenda de las nuevas piezas diría: «Igualdad, Libertad». La inversión no fué del agrado del pueblo, y el club de los Jacobinos se tituló «Sociedad de los Amigos de la Libertad y la Igualdad». Puede decirse que desde el 10 de Agosto de 1792 esas dos palabras fueron la divisa preferida de los patriotas ó revolucionarios, sin que prevaleciera su inversión, á pesar de que el *Boletín de la Convención* la llevaba á la cabeza de cada número.

*Libertad é Igualdad* parecían los dos principios esenciales del programa revolucionario, de tal modo que en el preámbulo de la ley del 11 pradial (1) del año II se habla de «basar las leyes en los principios de la Libertad y la Igualdad». El uso de esta divisa, no prevista por ninguna ley, se mantuvo generalmente hasta mediados de la época del Consulado, y poco á poco fué cayendo en desuso, hasta que en los primeros años del Imperio acabó por desaparecer del todo, no encontrándose ya ningún ejemplo de su empleo posterior al año 1808. En el extranjero se la consideraba como divisa oficial de Francia, y las repúblicas fundadas á la sombra de la francesa la adoptaron también. Así se lee en el encabezamiento de los documentos de la república romana el membrete: *Libertà, Uguaglianza*.

Los aficionados á los lemas trimembres adicionaban el lema

---

(1) *Pradial* se ha traducido siempre *prairial*, pero es un solemne disparate castellano. Si se tratara de un vocablo intraducible por carecer de raíz propia en nuestra lengua, se comprendería el transporte al castellano de la voz francesa; pero si el francés sacó de *prairie prairial*, ¿por qué el castellano no ha de sacar de *prado pradial*, ó de *pradera praderial*, conforme á los principios de la evolución de sus voces?

corriente con otra palabra; pero esta palabra no era siempre *Fraternidad*. La Sociedad popular de Granville usaba la divisa *Libertad, Igualdad, Virtud*; la de Valognes, *Igualdad, Libertad, Virtud*; la del Departamento del Cher, *Libertad, Igualdad, Unión*; la del Herault, *Libertad, Justicia, Igualdad*; la más usada, sin embargo, era la de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, que al fin prevaleció.

La tradición atribuye á esta divisa origen masónico, y en la logia de las Nueve Hermanas, según Luis Combes, figuraba entre otras varias, aunque Luis Aimable no la cita en la monografía que dedica á la logia citada. Más positivo es el hallazgo de ese lema en una epístola de Voltaire, en que celebra, en 1755, el lago Lemán y las virtudes helvéticas. Según Larousse (¿es de Combes el artículo?), la fórmula trimembre apareció por primera vez en París el 14 de Julio de 1700, en la gran fiesta de la Federación en el Campo de Marte, pudiéndose ver inscrita en varias banderas, especialmente en las del Delphinado y Trascondado. Aulard no ha podido comprobar este aserto, y lo que puede asegurarse es que el lema no figuraba en ninguna de las 60 banderas de los distritos de París; estas divisas celebran la libertad, la unión, la ley, la patria y el rey; ninguna invoca la igualdad, y sólo en una, la de Val-de-Grace, se cita la fraternidad.

Hay que llegar á 1791 para encontrar el famoso lema trilogico. Entonces, el 29 de Mayo, el exmarqués de Girardin, el amigo de Rousseau, pronunció en el club de los Franciscanos un discurso, en el que hablaba de Igualdad, Justicia y Fraternidad, y á consecuencia del cual el club acordó que, debiendo convenir el uniforme nacional á toda clase de ciudadanos, es necesario que sea sencillo, sólido y de un mismo color, con una placa del lado del corazón que lleve estas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*». No por eso la fórmula se hizo popular, porque en aquellos tiempos de guerra civil y de lucha de clases, no era fácil que el aristócrata mirara al patriota como hermano, ni que los descamisados de los ejércitos

republicanos se avinieran á ver hermanos en los realistas de la Vendée ó en los emigrados de Coblenza; pero, de todos modos, ¡la palabra se abría camino y la fórmula estaba lanzada. El abate Gregorio, demócrata cristiano, decía de la religión el 26 de Septiembre de 1791: «Hija del cielo, nos trae la *Fraternidad*, la Igualdad, la Libertad.»

El Directorio del departamento de París fué quien popularizó la divisa en 1793, ordenando, á propuesta del ciudadano Momoro, que en todo el mes de Julio, como plazo, los propietarios ó principales inquilinos harían pintar en la fachada de sus casas, en nombre del patriotismo y de la libertad, estas palabras en grandes caracteres:

«Unidad, indivisibilidad de la República,  
Libertad, Igualdad, Fraternidad ó la Muerte.»

Esta orden fué ejecutada en París y copiada en otras poblaciones, y hoy todavía existe, profundamente grabada, aunque encalada, por encima de la puerta de la Facultad de Derecho de la plaza del Panteón.

Chamford, según Mercier, decía, comentando aquellas inscripciones, que la famosa diosa, con su «Fraternidad ó la Muerte», quería decir: «Sé mi hermano, ó te mato.» Claro es que el sentido no era ése, sino el de la fórmula del juramento cívico «Vivir libre ó morir». Pero bajo el Terror, las palabras de la divisa, con su adición «ó la muerte», se tomaron en sentido de amenaza contra los aristócratas. De ahí que, pasado el 9 Termidor, empezó á sentirse el deseo de hacer desaparecer las palabras «ó la Muerte», y comenzaron las peticiones de las secciones con ese objeto, hasta que el Directorio declaró que no podía hacer más que dar el ejemplo á sus conciudadanos, reemplazando la palabra *Muerte* por las de *Justicia* y *Humanidad*, que figuraba en su casa de la plaza Vendôme. Poco á poco fué así desapareciendo la fórmula, y desde el Consulado dejó de inscribirse en los monumentos, hasta que la segunda República impuso su empleo.



## FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA

LAS GLOSOLALIAS Y SU INTERPRETACIÓN PSICOLÓGICA. — Muy interesante y original es el estudio que en el *Monitor de la Educación común*, de Buenos Aires, publica Rodolfo Senet sobre el curioso tema de Patología verbal, que sirve de encabezamiento á este artículo.

El término *glosolalia* — que, dicho sea entre paréntesis, no nos parece el más adecuado, ni tampoco el de *estoglosia*, que propone Senet, pareciéndonos preferible el de *puerilalias*—se usa en Psiquiatría para expresar el trastorno que da por resultado la producción de un lenguaje anormal por el empleo de automatismos fónicos, que tienden á revestir la forma de un idioma distinto del hablado normalmente por el sujeto.

Estos fenómenos pueden ser aislados ó colectivos. Lombard encuentra semejanza en todos ellos, á pesar de las diferencias de lugar y tiempo, y piensa que pueden englobarse en cierto número de grupos fijos, como lo había ya intentado Flournoy en 1900. La clasificación de Lombard abarca tres grupos: 1.º Fonaciones inarticuladas y fenómenos conexos, tales como los gritos, suspiros, sollozos, murmullos, etc. — 2.º Glosolalias propiamente dichas, producto de una actividad subconsciente, como en los casos de éxtasis alístico; á este grupo corresponden las voces ininteligibles de los poseídos, los casos de pseudo-lenguaje, en el que falta la correspondencia entre los sonidos y las ideas; los galimatías de los ensueños, y las formaciones neológicas ocasionales ó sistematizadas.— 3.º *Fenoglosias* ó voces extranjeras, desconocidas del que las emplea, en cuyo grupo pueden figurar las irrupciones aisladas de palabras exóticas, las falsificaciones lingüísticas y el dón de lenguas de la tradición ortodoxa.

Extendido á la glosolalia fisiológica, podrían también dividirse las glosolalias en *normales* (propias del niño y de no pocos

adultos), y *patológicas*, que no son más que la exageración de las primeras, explicables por una involución psíquica, un retorno á la niñez. Las normales son un fenómeno general, estimado como cosas de chicos, pero que obedecen á un principio general.

Si se estudia el fenómeno atentamente, se observa desde luego que las glosolalias de los varones no son usadas por las niñas, y viceversa, siendo más frecuentes en las niñas que en los niños. Así, cuando los niños quieren echar suertes para saber quién es el último, á quién toca la *mancha*, el *mosquito bombo*, la *paja*, etc., dicen (todo en Buenos Aires, aunque el origen claro es que es español, y se encuentra igual ó con ligeras variantes en España):

Lori bilori,  
Vicente colorí,  
Loribirín,  
Contramarín,  
Picarisote,  
Afuera chicote. (1)

Las niñas, por su parte, para el mismo efecto, emplean esta otra fórmula:

Uni, duli, pimpolín,  
cuatro letras en latín,  
la coqueta estaba en ella,  
salta tú la puerta afuera (2).

(1) En Salamanca solíamos decir:

«Zurrón,  
butón,  
de la buta butera,  
cerriquili,  
¡fuera!»

(2) En Guadalajara dicen las muchachas para echar suertes:

«Pití, capitón  
de mi San Antón;

O bien esta otra:

Una, dona,  
tena, catena,  
somacarabaca,  
debirabirón,  
andaba la reina,  
con cinta de oro,  
para el toro.

Los juegos del corro están llenos de glosolalias, ya revis-  
tan sus cantos la forma de cuentos, ya otra cualquiera:

Esta era una madre que biraba, biraba  
de pico y picotaba  
de pomporerá.

Tenía tres hijos, berijos, berijos,  
de pico y picotijos  
de pomporerá.

El uno iba al estudio, berubio, berubio,  
de pico y picotubio  
de pomporerá.

El otro iba á la escuela, biruela, biruela,  
de pico y picotueta  
de pomporerá.

---

me dijo María  
que en este ó en este,  
estaría.»

En Badajoz se dice, pero por los muchachos:

«Uni, doli, teli, catoli,  
quili, quileña,  
estaba la reña  
al pie de una peña;  
vino Gil,  
quebró un cuadril,  
cuadril, cuadrilón,  
cuéntalas bien,  
que veinte son.»

Con variantes distintas se halla este tipo de glosolalia en casi todas las  
provincias.

El otro iba á perdices, berises, berises,  
de pico y picotises  
de pomporerá.

Y aquí se acabó el cuento, biruento, biruento  
de pico y picotiento  
de pomporerá (1).

En todas las edades de la vida se emplean las glosolalias; pero hay una edad especial, la segunda infancia, caracterizada por el mayor uso de este género de lenguaje. Unos se limitan á imitar siguiendo la corriente, y otros son innovadores, llegando á crear lenguajes especiales (*yopo-mepe-llapa-mopo-feper-napan-dopo*, y hasta simulando falsificaciones lingüísti-

(1) Por el estilo de éste es el conocido del gatito:

«Estaba el señor gatito  
birulito,  
en silla de oro sentado  
birulado, etc.

Pero es más típico este otro del juego del corro:

«Ambo, ato,  
matarilerilerile,  
ambo, ato  
matarilerilerón.  
A *Fulana* quiero yo,  
matarilerilerile,  
á *Fulana* quiero yo,  
matarilerilerón, etc.»

También merece consignarse el del juego del *Pin pin*:

«Pin, pin  
zaramacatín,  
la pega, la mega,  
la tortolega  
pasó por aquí  
vendiendo los huevos  
á maravedí.  
El mortero  
la cuchar  
¡zape, aquí!  
Vete á acostar.»

cas en indio, chino, etc.). Nada más conocido que las frases de cariño que las madres, las amas de cría emplean con los niños de pecho: «repiquirimititín, pirlonchimino, chichito, colito, remonononín, etc., voces que sirven para dar salida á estados emotivos ó afectivos intensos. Cuando el sujeto es indolente ó se halla en estado de anestesia psíquica, el lenguaje glosolálico no brota; pero cuando es sensitivo y en los estados de hiperestesia psíquica, la glosolalia surge espontáneamente, como la risa ó el llanto.

Es, pues, la glosolalia una forma de expresión eminentemente afectivo-emocional, y no exteriorizando sino afectos y emociones, hay que descartar de ella el factor intelectual, pudiendo compararse á la interjección ó á la frase interjectiva. Fisiológicamente son articulaciones reflejas, pero de origen emotivo. Por eso no significan nada, y es inútil tratar de interpretarlas ni explicarlas intelectualmente. No son realmente, como algunos quieren, un trastorno del lenguaje de transmisión, pues entonces se reducirían á *disfasias motrices*; no pueden confundirse con las *disartrias*, porque no hay en ellas síntoma alguno de parálisis; ni con *dislogias*, porque en ellas no hay propiamente ideas ni perturbaciones de ideación. Por todo esto, y para marcar su carácter puramente emocional, preferiría Senet que se llamasen *estoglosias*: variedad de las *estocinesias* de Sergí.

Las primeras palabras que el niño aprende, fuera de las que oye repetir con más frecuencia; *papá* y *mamá*, son sustantivos concretos, y apenas comienza á hablar, pasada la crisis de la dentición, entra en el período onomatopéyico; el perro es *guau-guau*, el gato *miau-miau*, el pájaro *pi-pí*, etc.; del mismo modo procura exteriorizar las sensaciones y percepciones, llegando hasta á formular juicios y raciocinios más ó menos aglutinados y sintéticos en expresiones onomatópicas. De aquí las *fasogenocusias* (palabras de origen auditivo, onomatopeyas propiamente dichas), *fasogenokinesias* (voces generadas por el movimiento, también abundantes), *fasogenopsias* (de origen

visual, muy corrientes), *fasogenestesis* (de origen táctil, no raras), *fasogenalgias* (originadas por el dolor), *fasogenogensias* (de origen gustativo, bastante oscuras) y *fasogenosmias* (de origen olfativo, tan oscuras como las gustativas).

La asociación de sensaciones y su trastrueque es fenómeno normal. Los fotismos y fosismos son fenómenos muy corrientes, y la audición coloreada es un hecho muy general, lo mismo que la cinética, menos estudiada. En las estoglosias la idea es un factor secundario ó nulo (1); pero su carácter emotivo obliga á relacionarla con las demás *glosias*, *fasias* y *lalias* para explicar su generación y su evolución.

Si quisiéramos establecer la graduación evolutiva de las estokinesias y sus modalidades, tendríamos las fases siguientes: 1.<sup>a</sup> Estokinesias simples (reacciones del protoplasma). 2.<sup>a</sup> Estokinesias complejas (actitudes estofosias). 3.<sup>a</sup> Actitudes, gestos, estoglosias. 4.<sup>a</sup> Lenguaje mímico eideosoráfico. Manifestaciones superiores del arte. Lenguaje racional.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONÉS CRÍTICA

MAURICIO BARRÈS PINTADO POR SÍ MISMO.—Pocos escritores han sido tan alabados como Barrès, á quien se han consagrado libros enteros de elogios, apologías tan exageradas, que una de ellas se titula *Nuestro Maestro Mauricio Barrès*, como si quisiera decir: «Nuestro Señor Jesucristo». La glorificación de Barrès es, sin embargo, exclamativa; se le enaltece sin demostración; y lo que sucede con estas exageraciones es que se excita á otros á llevar la contraria. Así ha sucedido con Pablo Reboux, que ha hecho un análisis de las obras de Barrès para

(1) Cuando ella prima, dejan de ser estoglosias, para ingresar al lenguaje racional, añade Senet, destrozando horriblemente el castellano: ¡Qué lástima de lengua! ¡Qué manía de decir en galiparla las cosas más lisas y llanas, convirtiendo en oscuro lo semiclaro.

reconstituir su personalidad, no quedando muy bien parada la figura del ilustre nacionalista con este análisis.

Anatolio France había ya calificado á Barrès de «Budha político y literario», y no deja de tener razón, pues Barrès se considera un ídolo: «Mi Yo, dice en *Un homme libre* (180), es celoso como un ídolo; no quiere que le abandonen; ese cansancio, esa hartura nerviosa me habían ya advertido cuando yo me descuidaba por adorar á otros.» «Los Sainte-Beuve y los Constant no valen sino como espejos de aumento para ciertos detalles de mi alma.» Tan penetrado está de su cualidad de Dios, que no vacila en escribir en sus *Amori e Dolori*: «Esas bolitas floridas (las mimosas) no sabían que estaban allí por mí tanto como por las abejas, para que su mirada y su soplo embalsamado me hiciesen aquella hora inolvidable.»

Su doctrina se condensa en estas fórmulas: «Tomar el pulso á nuestras emociones es digno y suficiente empleo de la vida (*Sous l'œil des barbares*, 20).» «Sólo dos cosas importan: 1.<sup>a</sup> Desarrollarse á sí mismo para sí mismo. 2.<sup>a</sup> Ser bien educado (*Ibid*, 126).»

Como Budha y como Jesús, Barrès se aisló también una temporada; pero se hizo acompañar por un amigo, del que dice, sin embargo: «¿Por qué me he de inquietar en explicar esa alma que no es la mía? Basta que os haga ver á Simón en los instantes en que, comparándome con él, sacaréis de ello el conocerme mejor (*Un homme libre*, 35).» Una vez metido en su retiro, hace bajar los stores «para ocultarse la ignominia del mundo»; permanece «acostado todo el día, cuidándose únicamente de interrogar á su conciencia», y se impone la ley cartujana del silencio, aunque para marcar ciertos días con algunos rasgos singulares, dispone que él y su amigo se vistan «de frac, con corbata negra y zapatos de charol, bebiendo té y tomando golosinas y no acostándose hasta el alba».

De aquel voluntario destierro salió Barrès hecho un patriota, refractario á todo lo extranjero: «¿Qué queréis que me importe todo Wagner?» dice en *Les Amitiés françaises*; ni Wag-

ner, ni nada que no sea francés. ¿Tienen acaso alma los alemanes?—«Escucha, papá, voy á decirte una cosa: si en Alemania no tienen alma los perros, ¿crees tú que la tienen las personas?—Es algo tonto lo que estás pensando; pero mira, quede entre nosotros: yo mismo pienso lo que tú.»

Sus ideas sobre la mujer son singulares: «Las jóvenes son animalitos burlones, egoístas y ardientes» (Prefacio de *Venus*, X). «Gocemos y bailemos, pero veamos claro: hay que tratar todas las cosas como los hombres de talento tratan á las jóvenes; las jóvenes, por lo menos en deseo, se entregan á todos los imbéciles; hay, pues, que hacer poco caso de las jóvenes (*Un homme libre*, 82).» Para disciplinar á la mujer debe acostumbrársela á todo: «Como ropa blanca, la había rogado que no llevara sino telas gordas y ásperas; le complacía que esta especie de cilicio atenuado le ligase constantemente en el espíritu de la joven á una molestia de orden tan íntimo. (*Du sang, de la volupté et de la mort*, 22).» Le gustaba hacer creer á su amante que se iba por dos meses para hacerla llorar, lo que le proporcionaba «una delicada sensualidad», cuando pensaba en volver á los dos días. Quiso mucho á una tal Berenice, y «para que se ennobleciese en una atmósfera adecuada á sus sentimientos melancólicos y acalenturados», la instaló en el país de Aguasmuertas (*Ibid*, 115). «Toledo hubiera sido para Berenice una jaula excelente; allí no hubiera tenido las fiebres que suben todas las tardes de los estanques de Aguasmuertas; pero para justificar su agotamiento habrían bastado aquellas estrechas callejuelas, y los chinarrros puntiagudos del empedrado herirían á veces sus talones, hasta el punto de que sus ojos se llenarían de lágrimas.» Para el caso de agonía de la desdichada, tiene consuelos como éstos: «Vas á morir, perfección querida; la muerte va á contraerte entre mis brazos; en estos últimos minutos confíame tu último aliento, para que yo lo eche en mis primeros suspiros de duelo; deja que mi cuerpo tome del tuyo el supremo calor, para que yo caldee algunas horas más tu cadáver (*Ibid*, 53).»



Antes de su sublime retiro, Barrès había gastado poca clemencia con los literatos: «En cuanto á Ohnet, espero que dentro de poco nos lo van á guillotinar» (*Taches d'encre*, 46). ¡El señor Deroulede! He ahí un mozo generoso que haría mejor en comprarse un buen tratado de versificación para aprender á no hacer más versos. ¡Y que patriótico sería esto!» (*Ibid.* 47).

Después ya es otra cosa. «A la hora en que Zola es aclamado en Italia, nos vemos forzados á reconocer con orgullo que hay todavía en nuestra raza hombres que saben imponer su admiración á los pueblos.» Recientemente, sin embargo (*Echo de París*, 10 Marzo 1908), decía: «Nada debemos á la labor de Zola, que siempre nos ha horrorizado, cuando no nos ha hecho bostezar.» Contradicción semejante se halla cuando trata de Taine: «el primero de los analistas de este tiempo» y «gran historiador de las pasiones intelectuales» por un lado, y «vieux cuistre (viejo pedante)» por otro. Pero esas son fruslerías. Otros pecados más gordos pueden descubrirse en sus obras.

Estos, por ejemplo: «He visto á una serpiente boa morir de hambre, arrollada en torno de una campana de cristal que encerraba un cordero» (*Un homme libre*, 100). ¿Qué tal? Para morir de hambre una boa necesita estar sin comer algunos meses. ¿Qué sería del pobre cordero entre tanto? ¡Bueno quedaría!» Este perro cobró afecto, sin embargo, al que le alimentaba con bondad, y una noche, habiéndose deslizado hasta la almohada de Andres, adormecido, le murmuró como una musa de la Restauración: «Soy yo, no lo digas» (*L'ennemi des lois*, 161). ¡Vaya un perro listo! ¡Ni la burra de Balaam! ¿Y esta imagen: «El altar de plata tiene menos brillo que esa roca, helada por besos ardientes?» (*Amitiés françaises*, 220). Corre parejas con esta otra: «Venecia tiene caprichos, pero no estaciones. Sólo conoce de ellas lo que le cuentan las nubes cuando *suben al cielo* para casarse con la laguna» (*Amori et Dolori Sacrum*, 142). ¡Vaya un matrimonio bien avenido el que van á hacer con la laguna las nubes subiendo al cielo!

En cuanto á delicadeza y gusto para la elección de imáge-

nes, hay que convenir en que Barrès suele estar poco afortunado: «Mi sueño fué siempre asimilar mi alma á un organillo, para que me cantara los aires más variados cuando me agradara oprimir tal ó cuál botón.» «Hay liras en todas las cimas de Francia.» «Hay penacho en una joroba.» «El cochero se puso á cantar por sí mismo una especie de queja gimiente y monótona que á pesar del aire vivo me trastornaba el corazón: era una canción tan agobiada y tan yacente, que temía uno se metieran en ella las moscas.» Esta afición de Barrès á la vagabundería cerebral le impulsa á confesiones como éstas: «Nunca he sabido comprender qué interés puede encontrarse en una narración, sea la que quiera.» «¿Habéis notado que la claridad no es necesaria para que una obra nos conmueva? El prestigio de lo oscuro en los niños y en los simples es positivo.»

La afición á apartar las palabras de su verdadero sentido y de atribuir á las anécdotas un sentido hermético, puede hacer creer que Barrès es un lujurioso. ¿Cómo si no explicar ciertas frases suyas? «De todos los cafés, el único admisible es el servido por mujeres.» «Hemos perdido la costumbre de la castidad. Por eso hemos ido á misa; y entre las jóvenes hemos distinguido á una muchacha por su fresca salud y su impersonalidad. Hicimos, pues, un arreglo con la familia de esta joven, y tuvimos por ello satisfacción.»

Ni siquiera como estilista puede pasar Barrès, pues realmente hay en sus obras descuidos de redacción tan patentes, que saltan á la vista del más miope: «En algunos paseos de salud, *cortados por frescas pastelerías* en la plaza de la Estrella, es donde yo», etc. «Es frecuente que un apasionado por los tulipanes raros se desinterese de sus más bellas *flores* desde el día en que mueren unos *señores* cuyos *amores* consistían en exasperar sus vanos *ardores*» (1). Hasta da tropezones de ma-

(1) El francés dice: «Se désintéresse de ses plus belles fleurs du jour que meurt un amateur avec qui c'était son bonheur d'exaspérer sa vaine ardeur.» He tenido que modificar algo el original para que se perciba en

las concordancias y de mal empleo de los auxiliares y de los posesivos, como si se tratara de un estudiantillo poco aplicado.

En fin, que no hay por donde coger á Mauricio Barrès, á pesar de la mucha trompetería que han puesto á su servicio sus amigos personales y políticos, si hemos de creer (y las citas son exactas, pues hemos comprobado algunas para asegurarnos de su exactitud) lo que dice Paul Reboux, sin más que presentar sus propios textos.

## COSTUMBRES

LAS MUDANZAS.—Hacen mal los que se mudan, y sobre todo los que tienen la manía de las mudanzas; tal es la conclusión de Renato Boylesve. Llegado el otoño ó la primavera—sin contar las demás épocas del año, menos propicias al caso, —nunca dejan de verse parados en medio de la calle esos enormes vehículos que parecen de otro siglo, con sus ruedas enanas, su estiramiento gigantesco y sus abultados caballos, dispuestos á á llevarse una casa entera con sus muebles, sus ropas, sus trastos, sus cuadros y sus libros.

No es posible asistir á una mudanza sin enternecerse. «Mudarse—dice Boylesve—es morir tres días ó provocar tres semanas de convalecencia.» «Tres mudanzas, dice la sabiduría popular aquí en España, equivalen á un incendio.» Pero entonces, ¿por qué se muda uno? Generalmente, no es porque se esté mal, sino porque se quiere estar mejor. El deseo y el gusto por el cambio y la ilusión de mejorar, explican casi siempre el capricho de la mudanza. Se dedica todo el cuidado posible á instalarse uno bien, y cuando se ha llegado á crear un retiro delicioso, no se piensa sino en salir de él.

Todos ó casi todos los placeres de los ricos y los entreteni-

---

castellano el sonsonete, haciendo sensible la falta de que se trata, pues traduciendo de otro modo no resultaba la murga en castellano.

mientos de los pobres tienen por objeto el atraerlos fuera de su casa; y sin darse de ello cuenta, todos tratan de huir del hogar, de pasar fuera de su casa el mayor tiempo, porque la casa, dice Boylesve, «no son sólo las piedras, los ladrillos, las colgaduras y los muebles, sino que es la mujer, el marido, los hijos, los hermanos y las hermanas; es la atmósfera de inquietante misterio formada en torno de las almas emparentadas». Por eso se va—habla siempre Boylesve—á la calle, á los almacenes, á los cafés, al paseo, al teatro, á todas partes, con tal de no estar en casa.

Y ¿por qué huímos de estar en casa? Porque la casa nos obliga á gastarnos, á fatigarnos, á hacer un esfuerzo sentimental y moral, porque nos obliga á reconcentrarnos. Por eso mismo huímos de la soledad. «Poned á un hombre sólo en su habitación, y se aburre», ha dicho Pascal. «Y no es porque esté solo, añade Vontade, sino porque la habitación ha hablado; hay en las habitaciones en que se ha vivido un murmullo incesante que nos dice: «Acuérdate de lo que fuiste, de lo que quisiste ser, piensa en lo que eres.» Y eso es lo que nos vuelve á nosotros mismos, al sentimiento de nuestra impotencia, de nuestra fragilidad, recordándonos que somos mortales y haciéndonos huir en busca de otras impresiones.»

Todo esto me parece alambicado y falso. Nos gusta salir de casa porque nos gusta variar de impresiones, porque la repetición de las mismas sensaciones, por deliciosas que sean, nos fatiga. Con eso basta y sobra para explicar el gusto por salir, no por huir de casa, pues sólo huyen los disipados, los viciosos y los desgraciados, unos para buscar placeres más ó menos lícitos y otros para escapar del infierno de su domicilio. Pero eso, dígase lo que se quiera, es la excepción. La regla general es que todos salgamos de casa sin huir, en busca de distracciones y movidos por la necesidad natural del cambio exigido por la complejidad de nuestra existencia.

En lo que sí hay que convenir es en que no hay mujer, á pesar del trastorno y de los malos ratos de la mudanza, que no

se complazca en disfrutar del placer de la nueva instalación. Es la ocasión de refrescar ó renovar el mobiliario, de desplegar el gusto por la novedad, y todas son sensibles á este encanto, que es la compensación de los disgustos y trabajos de la mudanza... Alberto Flament ha tratado de guiar á las señoras en este terreno, hablándolas, en un interesante artículo, del «mueblaje de estilo».

Hace treinta años estaba en boga el Renacimiento, y para poner un cuarto á la moda había que atascar las habitaciones, si se quería pasar por puro, de objetos heteróclitos y negros, vistiendo de terciopelos, felpillas y pelusas las ventanas, cosa que, sin embargo, jamás se había visto en la época de los Valois, que se intentaba reproducir. Hoy todo se ha convertido en «fin XVIII», y para estar en estilo hay que vivir casi en el valois. Las paredes blancas sólo están guarnecidas de un pastel, de un retrato, género Nattier ó Fragonard, y algunos grabados, sacados de cobres viejos ó groseramente falsificados. Suelos desnudos, algunas *bergères* cubiertas de antigua, clara y fragil sedería, unas sillitas con respaldo de lira ó recostadas en guirnalda, y unas cónsolas de mármol blanco con un sólo objeto de valor encima, completan ese conjunto sin atmósfera ni vida, sin nada que denote la edad, ni aún el sexo del habitante, pues hay solteros que están alojados así. Las ventanas veladas con muselina unida y trasparente dejan ver la luz uniforme sobre esas cosas invariablemente blancas, porcelanas, telas y paredes, y no sabe uno ni donde sentarse ni donde recogerse. Fuerza es confesar que entre decoraciones tan *puras* se siente indefinible tristeza, algo así como una sensación de vacío y de muerte, de país abandonado y desierto.

Si resucitaran nuestros abuelos, se quedarían asombrados, con razón, los del tiempo de Luis XVI sobre todo, al ver cómo nos imaginamos copiar sus interiores. ¿Cómo habían ellos de vivir en piezas tan sosas y tan frías como esas, que parecen salas de museos pobres? Ellos amaban la vida y vivían de otro modo. Lo que crea una atmósfera, lo que *habla* en las casas,

son los muebles legados por las generaciones precedentes, de los que no se desembarazaban las gentes como lo hacen hoy. Claro es que la mujer joven se arreglaba un cuartito tocador ó un gabinete á su gusto ó á la moda del día; pero el resto de la casa conservaba su antiguo mobiliario, sillerías anticuadas, cofres añejos, cuadros de familia; y no se temía mezclar lo antiguo con lo moderno, porque cada cosa tenía su utilidad, su gracia particular, sus recuerdos, y todas se respetaban porque todas eran amistades antiguas y probadas.

¡Cuántas veces se oye decir á una señora en casa de un mueblista: «Sí, este mueble es precioso, este juguete es lindísimo, pero no puedo comprarlo porque no iría bien en mi cuarto; no es Luis XVI!»! ¿No sería conveniente reaccionar contra semejantes tendencias? Hemos sido *Imperio*, hemos sido *Renacimiento*, hemos sido *Luis XIV*. ¿Por qué no atrevernos á ser «sin estilo» y querer lo bonito de todos los tiempos? Hay que querer todos los estilos, y poseer, cuando se puede, todo lo que han dejado de bello el siglo XIV y el XIX, la Antigüedad y el Renacimiento. Puede uno tener gusto de agrupar las cosas de la misma procedencia, pero sin olvidar que no llevamos ya calzón de seda, ni pelucas empolvadas, ni casacas, ni corazas. Claro es que se necesita gusto para colocar una fotografía al lado de una figurita de Tanagra, para no dar en la cursilería del bazar; pero eso ya es asunto de otro orden, y un ama de casa ilustrada tiene casi siempre el tacto necesario para disponer las cosas de modo que no choquen al buen gusto.

## LITERATURA

LAS PERIPECIAS DE UN VERSO DANTESCO.—Se trata del famoso verso de la *Divina Comedia* (*Infierno*, VII, 1), que dice:

*Pape Satan, Pape Satan, aleppe,*

una vez más interpretado en el *Corriere d'Italia*, de Roma, por Gabriel María de Aleppo, profesor de árabe en las escue-

las de misiones de Italia, del convento de Capuchinos de Palermo, y en *El Monitor de la Educación común*, de Buenos Aires, por Rodolfo Senet.

Para este último, el verso dantesco es sencillamente una frase glosolálica, y el Dante en este caso un estoglósico. Quería producir una impresión, y la produce. No es una frase que suene á cólera, á furor, ni provoca ninguna idea semejante, sino sólo la de vaguedad, misterio, nebulosidad. Es empeño inútil buscar la lengua á que pertenece, porque no corresponde á ninguna, y es y debe ser intraducible. Esas palabras las dice Plutón, y el Dante no puede hacer hablar á Plutón en ninguna lengua conocida; trata de producir una impresión y acude á una glosolalia, único modo de lograr su propósito y única solución posible del problema de hacer hablar á Plutón.

No han pensado así los comentaristas del Dante, ni lo piensa tampoco el Capuchino Aleppo, ni el mismo Galli, que en la *Rivista d'Italia* pasa la vista á todas las opiniones emitidas por los eruditos sobre este asunto. Veamos cómo surgen esas palabras en el poema, para darnos cuenta clara de la situación.

El Dante, al entrar en el infierno, se ve rodeado de terribles amenazas y de espantosas visiones. En la puerta de ingreso tropieza con la tremenda inscripción del *Lasiate ogni speranza*; avanza, y se encuentra con los gritos y aullidos de Caronte, Minos y Cervero; en el quinto círculo le aterra Flegias; en el sexto tropieza con las tres furias y con los diablos; en el séptimo, con el Minotauro; en el octavo, con el monstruoso Gerión, y en el noveno, con los bestiales gigantes. Plutón, que es el guardián del cuarto círculo, grita furiosamente y sale al paso al Dante y á Virgilio, aullando así:

Pape Satán, Pape Satán, aleppe...

Claro es que Plutón, con esas misteriosas palabras, amenaza á los dos poetas; pero ¿qué les dice? Y aquí es donde la exégesis dantesca despliega todas sus galas de erudición, torturando el ingenio de los dantófilos.

De los antiguos comentaristas, Pedro de Dante, Guiniforte, Landino, Vellutello y Daniello, sin meterse en honduras, se limitan á declarar que Plutón quería expresar con aquellas palabras el asombro que le causaba el atrevimiento del Dante y de Virgilio, pidiendo auxilio al Padre Satanás, como demonio mayor y jefe del infierno. Así el Ottimo decía: «Pape es una parte de la gramática que demuestra aquella afeción del ánimo propia del estupor y del asombro, y se repite dos veces para expresar aquel asombro; *Satán* es el gran demonio, y *aleppe* es una dicción para demostrar el efecto del ánimo cuando se duele; de modo que, en suma, puede decirse que el padre de las riquezas, Plutón, gustaba maravillándose y reclamando ayuda á su jefe.» Boccacio, Benvenuto y Buti vieron en aquel *aleppe*, más que una petición de ayuda, una exclamación de dolor, algo así como un *jay!* ó un *jheu!*

Pero he aquí que un día Cellini, hallándose ante un tribunal de París, oyó decir, ó creyó oírlo á un juez para calmar á gente que asistía á la Audiencia: *Paix paix, Satan! Paix, paix, Satán, allez paix!* (¡Paz, paz, demonio, den paz!), y entonces se le ocurrió encontrar en aquellas palabras la explicación del verso dantesco, resultando de aquí que Plutón había hablado francés sin saberlo, y que el Dante había disfrazado con otra escritura homófona las voces de Plutón. Tan buena parecía la explicación, que no dudaron en aceptarla el canónigo Dionisi de Verona y Perazzini; Scolari también admilió la lengua, pero varió la lectura para mejor ajustarla á los términos dantescos, y el *Pape* lo leyó *pas paix*, el *aleppe* á *l'epée*, resultando el verso citado reconstituído así:

*Pas paix, Satan! pas paix, Satan! à l'epée!*

lo cual no estaba del todo mal discurrido, aunque no se ve bien por qué Plutón había de gritar aquello. Otro comentarista, Venturi, encontró de perlas la interpretación de Scolari, declarando que así se tiene «sin retóricas ni reticencias lo que verdaderamente dijo Plutón á su señor pidiéndole soco-



ro.» El mismo Scartazzini aceptó esta lectura, sosteniendo que debía mantenerse ortográficamente la ortoepia francesa.

Vicente Berni estimaba también que Plutón había hablado en francés; pero estaba por la paz y no por la guerra, y entendía que lo dicho por Plutón era *Paix, paix, Satan! paix, paix, Satan, à l'épée* (¡Paz á la espada, Satanás!). Tantonni vuelve á la idea de guerra, pero desecha la espada y quiere que el *aleppe*, en lugar de *à l'épée*, se entienda *à l'épais* (á lo espeso), siendo el *espeso* el mismo Dante, que peregrinaba entre las sombras. ¿Puede concebirse cosa más descabellada, ni explicación más alambicada?

Pues á todo hay quien gane; y el doctor Coltelli, descubriendo, ó pretendiendo descubrir, que en algunos manuscritos la segunda *p* de *Pape* era una *y* (*Paye*), discurrió la siguiente lectura: *Paye ça tant, paye ça tant, alles paix* (paga eso tanto y vete en paz). ¡Esto sí que es un colmo!

No todos, sin embargo, podían conformarse con que Plutón hablara en francés, lengua desconocida y nonnata en los tiempos mitológicos. Ya á los más antiguos comentaristas, como Buti, les había sonado el *aleppe* á algo hebraico, recordándoles la primera letra del alfabeto hebreo *aleph*. El gran descubrimiento, sin embargo, estaba reservado al docto orientalista del siglo XIX, José Venturi, que consiguió leer en las palabras del verso dantesco otras tantas voces hebreas que querían decir *aquí, aquí, Satanás; aquí, aquí, Satanás emperador*. Benassuti acogía esta interpretación diciendo que era la única que hacía sentido, y que se maravillaba de que, «después de tan bello descubrimiento, los modernos comentadores sostengan todavía las insubsistentes interpretaciones pasadas».

No á todos, sin embargo, parecía lo mismo, y otro emérito orientalista, Miguel Angel Lanci, descubría que el verso dantesco quería decir, en hebreo también, *Resplandezca la faz de Satán príncipe*, versión aceptada, entre otros, por Rosell en sus notas á la magnífica edición de Montaner, con ilustraciones de Gustavo Doré. Otro orientalista de Leipzig, el protes-

tante Carlos Schier, leía por su parte lo siguiente, también en hebreo: *Boca de Satanás, Boca de Satanás, echa fuera la llama.*

Lo gracioso en todas estas versiones hebraicas es que el Dante no sabía hebreo, ó por lo menos, nadie ha demostrado que lo hubiera estudiado ni lo supiera, aunque quizá ese fuera un motivo para emplear esa lengua, pues pudo pedir á cualquier judío que le dijera tales ó cuales palabras, y luego él las transcribió en su verso caprichosamente.

Hablando en serio, lo positivo es que tales versiones hebraicas no tienen sentido común. Por eso otros comentadores, echando por otro camino, acudieron al griego en busca de nuevas luces, y no tardó en figurar al lado de las versiones francesas y hebraicas la clave griega del enigma. El profesor Olivieri, de Roma, leía así:

Παπαι Σαταν, παπαι Σαταν, αληπτε,

es decir, *¡Ah, ah, Satanás; ah, ah, Satanás invicto!* José Pucianti mantenía la lectura de Olivieri en las cuatro primeras palabras; pero sostenía que el *aleppe* no era otra cosa que una variante de la primera letra del alfabeto, y que *aleph, alfa, y aleppe* eran la misma cosa, debiéndose entender el verso en este sentido y traducirse así: *¡Ah, ah, Satanás! ¡Ah, ah, Satanás príncipe!*

Todo esto es fantasía pura. Pero siquiera tiene la base de una investigación lingüística. Dejándose de buscar analogías con otras lenguas, otros comentaristas se han lanzado á las más atrevidas suposiciones; así, Jacinto Carlona y Víctor Bacci han visto en cada palabra de Plutón el nombre de un demonio, siendo *Pape, Satán y Aleppe* tres diablos llamados por Plutón para cortar el paso á los Vates; Mazzoni Toselli ve en esas palabras una fórmula de conjuro mágico usada en el siglo XIV entre la plebe toscana; Rosetti escribe *pape* con *æ*, y dice que el verso debe traducirse así: *Al Papa, Satanás prin-*

*cipe, este imperio es sagrado.* Picci, por su parte, supone que el verso en cuestión es un anagrama italiano escrito así:

Pape saTAN, PApe saTAN aLEPpe,

y que debe leerse, deshecho el anagrama, de este modo: *Pesa, pesa tanta pena pel Papa.* ¡Qué galimatías, y cuánta necesidad!

Afortunadamente, semejantes dislates no encontraron émulos, y Volpi y Lombardi se inclinaron á ver en las palabras de Plutón una «mescolanza de varios idiomas para hacer borrosa el habla de Pluto ó por mostrar que era perito en varias lenguas», cosa natural en el infierno, donde, como dice sabrosamente Biagioli, entran gentes de todos los países. Monti, Delatre, Tommaseo y Fraticelli vuelven á buscar explicaciones en el latín, el francés y el hebreo, pero mezclados en el verso discutido; Baratta halla en él una mezcla de griego y de lombardo; Scolari relaciona el *aleppe* con la palabra veneciana *slepa*, y Altri da á *Satán* el sentido de adversario, hace *pape* genitivo de *papa* y *aleppe* forma verbal del arcaico *aleppare*, huir, largarse, y saca de todo esto la traducción *¡Largo de aquí el enemigo del Papa!*

Más reservados otros, como Romani, Foscolo, Costa y el mismo Monti, reconocieron que las palabras de Plutón son voces brutales é infernales fuera de todo humano concepto. El buen sentido se fué así abriendo paso, y los últimos y más autorizados dantófilos, Blanc, Campi, Cassini y Poletto, estiman aquellos términos intraducibles, viendo sólo en ellos una amenaza del demonio hecha en lenguaje diabólico. Así, parecía ya todo concluído, cuando salta el P. Gabriel María de Aleppo con su nueva versión, poniendo otra vez sobre el tapete las debatidas palabras de Plutón, en las que él ve una frase árabe (*Babus Sciaytan, Babus Sciaytan galaba*), que significa *la puerta de Satanás, la puerta de Satanás está.*

¿Merece ser tomada en serio esta nueva tentativa de traducción del enigmático verso dantesco? No más que las otras. Ni el Dante sabía árabe, ni le hacía falta saberlo, como quie-

re Aleppo para escribir su opúsculo *De vulgari eloquentia*, ni en todo caso se le habría ocurrido poner en boca de Plutón, que no era árabe, dirigiéndose al diablo, que tampoco es árabe, ó á Virgilio, que tampoco era árabe, términos árabes que dijeran lo que pretende. Ya hubiera discurrido, si tal hubiera sido su propósito, algo mejor. Déjese en paz el *Pape Satán aleppe*, y no se empeñe nadie en descifrar lo indescifrado.

FERNANDO ARAUJO

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Los Sitios de Zaragoza*, según la narración del oficial sitiador Barón Lejeune.—Versión, prólogo y notas de Carlos Riba, Catedrático de la Universidad de Valencia.—Zaragoza, 1908.—Un volumen de xvi-368 páginas. Precio: 2,50 pesetas.

No es ya sólo un testigo, sino un actor verdadero de la tragedia desarrollada en 1808 en Zaragoza, el mismo oficial que llevó á Napoleón la noticia de que la tragedia estaba consumada, quien nos cuenta en este libro todas sus emocionantes escenas.

«El general Lejeune—nos dice Carlos Riba, su traductor y crítico, en el prólogo de este libro,—siendo oficial del cuerpo de ingenieros zapadores, formó parte de las tropas imperiales que pusieron sitio á Zaragoza y se enseñorearon de sus ruinas. Los esfuerzos titánicos que aquellos ingenieros, acostumbrados á rendir con la zapa y con la mina todas las plazas fuertes de Europa, necesitaron poner en juego para destruir á Zaragoza, y la intervención personal y activa de Lejeune en estos trabajos, dan á sus palabras y á sus juicios un interés excepcional. Lejeune sirvió á las inmediatas órdenes de Lacoste, general en jefe del Estado Mayor, quien murió en Zaragoza dirigiendo una mina, y el mismo Lejeune fué herido en dos asaltos diferentes. Grandmaison, autor afortunado de un estudio conciso y magistral acerca de nuestros Sitios, dice que sólo un hombre del oficio como Lejeune, actor y testigo á la vez de aquellos titánicos esfuerzos de los ingenieros franceses, ha podido apreciar y referir todo su mérito.

El relato de lo que hizo y de lo que vió hacer se ajusta esencialmente al Diario oficial de operaciones del ejército sitiador, igual que otros relatos franceses y españoles contemporáneos de los Sitios, pero se distingue entre todos ellos por estar salpicado de escenas y de episodios dramáticos que hacen más sugestiva é interesante su lectura y más completa la apreciación del conjunto.

Durante el segundo Sitio, recogió Lejeune, en los mismos lugares de los sucesos, los materiales para su trabajo, el cual contrastó con las noticias escuchadas de los sitiados, y completó después con los documentos oficiales reunidos en la obra de Belmás.»

Tenia, por estas circunstancias, sobrados títulos el relato de Lejeune, para que su versión por vez primera á nuestro idioma fuese una tarea útil, interesante, substantiva. Pero Carlos Riba ha hecho una labor más fecunda y de mayor relieve. Dedicado por vocación y por deber á los estudios de investigación histórica de la edad moderna y contemporánea—es catedrático de ellos en la Universidad de Valencia,—y cultivador especial de los referentes á los Sitios de Zaragoza, teniendo á la vista cuanto se ha escrito acerca de esta materia, ha incorporado á la traducción, en forma de abundantes notas críticas, una copiosísima serie de investigaciones, de materiales, algunos inéditos, de datos y noticias interesantes para la labor de aclarar, rectificar y robustecer la historia de los Sitios de Zaragoza.

En esta época en la que la forma poética, lejos de desaparecer, como auguraban los espíritus mal avenidos con las musas, parece revivir con lozanía avasalladora, la presentación de un nuevo poeta lleva al ánimo del lector la sospecha de si el presentado pertenecerá á la categoría de los llamados ó de los escogidos.

Sólo el tiempo es juez competente para fallar tan grave

---

pleito; pero nosotros sí podemos afirmar, sin temor á equivocarnos, que D. Cristóbal Pellegero, autor de *Soñación*, libro que recientemente ha llegado á nuestras manos, es uno de los jóvenes que puede aspirar, si sigue trabajando con constancia y sin desmayos, á que su nombre ocupe, con el tiempo, puesto preferente en el Parnaso español.

Las poesías que contiene *Soñación*, si no están exentas de las vacilaciones que se observan en todo principiante, tienen cualidades que las hacen muy recomendables para los aficionados á esta clase de lecturas, y en todas ellas campea la moralidad y la delicadeza más exquisitas.

(Comunicado.)

# ÍNDICE

---

	Págs.
<i>Los jardines de Granada</i> , por Havelock Ellis.....	5
<i>La literatura moderna en Francia: Transición</i> , por la Condesa de Pardo Bazán.....	16
<i>De la huerta de Murcia</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	27
<i>España fuera de España.—Un problema de Moral y de Historia: Los Borgia</i> , por Emilio Gebhart.....	62
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	107
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....	118
<i>Parnaso español.—Aldebarán</i> , por Miguel Unamuno.....	148
<i>Parnaso internacional.—El alma última</i> , por Teodoro Llorente..	153
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	155
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	168
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	197



# CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, núm. 6. — Madrid.

## ANTROPOLOGIA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas. — Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas. — Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas. — Últimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas. — En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas. — Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.** — El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.** — Estética, 8 pesetas.
- Taine.** — Filosofía del Arte, 3 pesetas. — La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas. — El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas. — Nápoles, 3 pesetas. — Roma, 2 tomos, 6 pesetas. — Florencia, 3 pesetas. — Venecia, 3 pesetas. — Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.** — Goya, 3 pesetas.
- Asensio.** — Pinzón, 3 pesetas. — Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.** — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.** — Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.** — Mouton (Merinos), 1 peseta.
- Boissier.** — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.** — Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.** — Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.** — Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.** — Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.** — Zorrilla, 1 peseta. — Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.** — Nerval y Baudelaire, 3 pesetas. — Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.
- Goncourt.** — María Antonieta, 7 pesetas. — La Pompadour, 6 pesetas. — Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. — La Du-Barry, 4 pesetas.
- Gladstone.** — Los Grandes Nombres, 5 pesetas. — Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.** — Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.** — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.** — Memorias, 3 pesetas.
- Lange.** — Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.** — Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas. — La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.
- Maupassant.** — Zola, 1 peseta.

**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.

**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.

**Picón.**—Ayala, 1 peseta.

**Renán.**—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.

**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.

**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardon, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

### CRÍTICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

### DERECHO

**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.<sup>a</sup> parte de La génesis), 4 pesetas.

**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.

**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.

**González.**—Derecho usual, 5 ptas.

**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

**Gumplowicz.**— Derecho político filosófico, 10 pesetas.  
**Hunter.**— Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.  
**Ihering.**— Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.  
**Krüger.**— Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.  
**Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.**— La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.  
**Macaulay.**— Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Manduca.**— El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.  
**Martens.**— Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.  
**Meyer.**— La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.— Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.  
**Miraglia.**— Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Mommsen.**— Derecho público romano, 12 pesetas.  
**Neumann.**— Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.  
**Posada.**— La Administración política y la Administración social, 5 ptas.  
**Ricci.**— Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.  
**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.  
**Sighele.**— El delito de dos, 4 pesetas.— La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.— La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.  
**Sohm.**— Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.  
**Spencer.**— La Justicia, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—

De las leyes en general, 8 pesetas.  
 —Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Stahl.**— Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Sumner-Maine.**— El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.— La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.— Historia del Derecho, 8 pesetas.— Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Supino.**— Derecho mercantil, 12 pesetas.  
**Tarde.**— Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.— El duelo y el delito político, 3 pesetas.— La criminalidad comparada, 3 pesetas.— Estudios penales y sociales, 3 ptas.  
**Todd.**— El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.  
**Varios autores.**— (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)— La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Idem.**— (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)— El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.  
**Vivante.**— Derecho mercantil, 10 pesetas.

### ECONOMÍA

**Antoine.**— Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.  
**Buylla, Neumann, Kleinwhac.**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.  
**Virgili.**—Manual de Estadística, 4 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zarathustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

### HIGIENE

**Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

## HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.— Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Renán.**—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas.—Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad Clásica, 6 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wolf.**—Historia de las Literaturas

Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

## MISCELÁNEA

- Alcofurado.**—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

## NOVELA

- Balzac.**—Eugenio Gaudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.  
**Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.  
 La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.  
 Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.  
**Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.  
**Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.  
 —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.  
**Dostoyuski.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.  
**Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.  
**Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.  
**Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.  
**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.  
**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.  
**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.  
**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.  
**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.  
**Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3

pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.  
**Turguenev.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.  
**Varios autores.**—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.  
**Zola.**—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

## PEDAGOGÍA

**Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.  
**Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.  
**Huxley.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.  
**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.  
**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.  
**Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

## POESÍAS

**Campoamor.**—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 ptas.

## SOCIOLOGÍA

**Antoine.**—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

**Caro.**—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garofalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 ptas.

**Gumplowicz.**—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

**Janet.**—La familia, 5 pesetas.

**Kid.**—La Evolución social, 7 pesetas.

**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

**Spencer.**—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.

—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

**Spencer.**—*Principios de moral*. Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas.—La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

**Varios autores.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

## TEATRO

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.

—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

**Zola.**—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

## VIAJES

- Darwin.**--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Taine.**—La Inglaterra, 7 pesetas. —  
 Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.  
**Tcheng-Ki-Tong.**—La China contemporánea, 3 pesetas.

## LOS GRANDES AUTORES

## CONTEMPORANEOS

- Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.  
**Sudermann.**—El deseo, 3,50 ptas.  
**Korolenko.**—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Turguenef.**—Tierras vírgenes, 5 pts.  
**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.